

— papeles de formación continua —

FORUM.COM



*Caminar juntos
en esperanza*

 **salesianos** | Delegación
SANTIAGO EL MAYOR de Formación



Número 219 - 24 de marzo de 2025

ÍNDICE

<u>Este número</u>	3
Caminar juntos en esperanza	
<u>Retiro</u>	4
La mística de la vida cristiana	
<u>Formación</u>	13
Abusos en la Iglesia: ‘sarx’ y ‘logos’ al servicio del ‘agape’	
<u>Comunicación</u>	24
Compartid con mansedumbre la esperanza que hay en vuestros corazones	
<u>Carisma</u>	28
Primer anuncio y pastoral juvenil salesiana	
<u>Pastoral</u>	38
Iconos bíblicos de los jóvenes en la Vida Consagrada	
<u>Jubileo</u>	57
El año jubilar, una invitación a la esperanza	
<u>La Solana</u>	64
Cuidar en situaciones de adversidad	
<u>Por tu Palabra</u>	66
El proceso de transformación e Jacob	
<u>El anaquel</u>	73
El contraste paciente	
<u>Una estrella en mi ventana</u>	87
Soy un hombre con suerte	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Caminar juntos en esperanza

En su mensaje para la Cuaresma de este Año jubilar, el papa Francisco invita a “caminar juntos en la esperanza y descubrir las llamadas a la conversión que la misericordia de Dios nos dirige a todos, de manera personal y comunitaria”. Y es que, añade el pontífice recordando el camino por el desierto, “no podemos recordar el éxodo bíblico sin pensar en tantos hermanos y hermanas que hoy huyen de situaciones de miseria y de violencia, buscando una vida mejor para ellos y sus seres queridos”.

Por eso, Francisco invita a que saquemos este tiempo litúrgico del intimismo que solemos darle a este periodo de conversión. “La vocación de la Iglesia es caminar juntos, ser sinodales”, insiste acudiendo a la homilía de la canonización de san Artémides Zatti. “Los cristianos están llamados a hacer camino juntos, nunca como viajeros solitarios. El Espíritu Santo nos impulsa a salir de nosotros mismos para ir hacia Dios y hacia los hermanos, y nunca a encerrarnos en nosotros mismos”, subraya el pontífice en este mensaje tan evocador. Pero aún hay más: “En esta cuaresma, Dios nos pide que comprobemos si en nuestras comunidades religiosas somos capaces de caminar con los demás, de escuchar, de vencer la tentación de encerrarnos en nuestra autorreferencialidad, ocupándonos solamente de nuestras necesidades”.

Ojalá que este nuevo número de la revista forum.com nos ayude a entrar en los problemas del mundo, conocerlos y sentirlos como propios y huir de las tentaciones que nos alejan de los compromisos de nuestra consagración religiosa.

¡Feliz 24! ¡Buena Cuaresma! y ¡buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

La mística de la vida cristiana

Pascual Chávez, SDB

Calendas 15 pt. 2. Negrita y sin cursiva¹

Calendas regular. 12 pt. Párrafo a 12. Con el curso educativo-pastoral llegando a su término, guardamos un momento de nuestra jornada para pasar, , el cansancio o la pérdida de perspectiva, que pueden provocar decisiones desacertadas o actitudes que anestesien nuestra capacidad para acoger el don de Dios, que se ofrece en todo y en todos.

I. Oración inicial

Guía: En el nombre del Padre...

Todos: Padre bueno,
te rogamos preparar nuestros corazones
para recibir al Señor Jesús
en nuestra vida salesiana.

Haz que el Capitulo General 29
sea un momento favorable
para hacer crecer nuestra pasión por tu Hijo Jesús.

Dejemos que el espíritu de Don Bosco
viva en nosotros mientras construimos
Comunidades Educativas Pastorales que guían a los jóvenes
al encuentro con Jesús Eucaristía.

¹ Calendas Regulas 10 pt. Justificado

Enséñanos a ver a los jóvenes pobres con los ojos de Jesús
y responder a sus aspiraciones más profundas.

Concédenos el coraje de soñar con una Congregación
que sea la realización de lo que don Bosco deseaba,
ser levadura en la Iglesia y en el mundo.

María Auxiliadora,
Madre, Maestra y Guía,
intercede por nosotros.

Amén

II. Reflexión²

Motivación

Volviendo al tema capitular «Apasionados por Jesucristo», vemos que este ser apasionados no se puede lograr sin una experiencia de Dios que llene nuestra vida de entusiasmo y alegría. Por eso todos los restantes temas de las reflexiones de nuestros retiros girarán en torno a una *perspectiva*, desde la cual intentaremos contemplar algunas de las principales dimensiones de nuestra vida cristiana y religiosa/salesiana: es la perspectiva de la **mística**.

Es una palabra muy rica y fascinante, pero por eso mismo puede entenderse de formas muy diferentes, entre el *maximalismo* de la experiencia mística en sentido estricto, y el *minimalismo* de la «mística deportiva», o la «mística del trabajo», etc. En un libro publicado hace diez años (2014) en nuestra Universidad Salesiana de Roma, encontramos intervenciones con títulos como estos: «Místicos en la educación», «Misticismo y corporalidad», «Místicos en la política hoy», «Misticismo e Internet». ... Es innegable no solo la diversidad, sino también la confusión.

Tratando de centrarme en lo que queremos indicar con esta palabra, más que «definirla», me gustaría subrayar dos elementos esenciales: en primer lugar, se refiere de alguna manera a nuestra **experiencia de Dios**; más concretamente, **el Dios de Jesucristo, el Dios que es Amor, Padre, Hijo y Espíritu Santo**. En segundo lugar, acentúa el carácter «**entusiasmante**» de esta experiencia, que llena el corazón de gozo y de *sentido*; más aún: nos llena de *Dios mismo*, que es el sentido etimológico de la palabra «entusiasmo». Por otra parte, está el correspondiente al aspecto *ascético* de la vida.

La motivación de esta perspectiva teológica y antropológica es muy sencilla: con demasiada frecuencia vivimos nuestro ser cristiano y religioso con una radicalidad ejemplar e innegable, pero no siempre *irradiamos* la felicidad que debe surgir de esta forma de vida. La famosa crítica de Friedrich Nietzsche sigue siendo para nosotros

² Vídeo: <https://youtu.be/2ErNNfZ1ds8> (4m. 14s.)

un desafío pungente: «**¡más redimidos tendrían que parecerme los discípulos de ese redentor!**». ¿Tenemos realmente los cristianos «cara de redimidos»?

El papa Francisco, desde el inicio de su Pontificado, particularmente en sus primeras exhortaciones apostólicas, utiliza significativamente palabras casi sinónimas en sus respectivos títulos: «*Evangelii gaudium*», «*Veritatis gaudium*» y «*Amoris laetitia*»: siempre en esta línea, como si quisiera responder al desafío de Nietzsche. El artículo 17 de nuestras Constituciones lo dice claramente: «El Salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre: «*Nada te turbe*», solía repetir Don Bosco. Inspirándose en el humanismo de san Francisco de Sales, cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad. Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive; aprovecha todo lo que hay de bueno, especialmente si gusta a los jóvenes. Está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia. Difunde esa alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: «*Sirvamos al Señor con santa alegría*».

Sin embargo, no podemos reducir esto a una alegría que solo fuese elemento secundario de nuestra vida cristiana como algo «añadido», o como característica de nuestro temperamento más o menos «optimista», o como consecuencia de una situación humana «gratificante», y menos aún, una imagen «propagandística» para ganar adeptos. Debe surgir de lo más profundo de nuestra experiencia cristiana.

Perspectiva fundamental

Con demasiada frecuencia entendemos el ser cristiano como algo que, habiendo sido aceptado (normalmente sin darnos cuenta, desde el bautismo que recibimos nada más nacer), tenemos que soportar a lo largo de nuestra vida; obligación que se traduce en la aceptación de unas verdades, la observancia de unas normas morales y el cumplimiento de unos ritos y celebraciones. En definitiva, algo que **nosotros debemos hacer** (y que no siempre resulta agradable).

El Catecismo tradicional, que muchos de nosotros hemos estudiado (e incluso aprendido de memoria), nos enseñaba:

Pregunta. - ¿Para qué ha creado Dios al hombre?

Respuesta. - Para amar y servir a Dios en esta vida, y luego, verlo y disfrutarlo en la otra vida, para siempre.

En cambio, la Palabra de Dios dice:

«En esto hemos conocido el amor: en que Él dio su vida por nosotros» (1 Jn 3,16a).

«En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de Él» (1 Jn 4,9).

«**En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados**» (1 Jn 4,10).

«**Nosotros amamos a Dios, porque Él nos amó primero**» (1 Jn 4,19).

Evidentemente, no se trata solo de la «teología joánica» (y menos aún, sólo de su primera carta): todo el testimonio del Nuevo Testamento se orienta en esta dirección: **saberse y sentirse amados por Dios**, de modo incondicional y *personal*: éste es el fundamento de la «mística» de la vida cristiana. Sería inconcebible que quien tuviera realmente esta convicción pudiera vivir sin alegría; de hecho, es una alegría que nada nos podrá quitar... Como dice San Pablo: «*Estoy convencido de que ni muerte, ni vida (...) podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor*» (Rom 8, 38-39).

Esta experiencia fontal cristiana está en una relación estrechísima con la experiencia humana fundamental: en la vida no empezamos *amando*, sino **siendo amados**. Y esto es tan importante que quien no se ha sentido amado, aceptado, acogido desde el principio de su existencia, difícilmente aprenderá a amar auténticamente. Muchas veces, y con demasiada facilidad, juzgamos a las personas como «egoístas», incapaces de amar y salir de sí mismas, sin preguntarnos si fueron bien queridas, y, sobre todo, ¡si se han sentido así!

Desde esta perspectiva, podemos afirmar que la educación cristiana elemental no comienza por aprender a hacer el signo de la cruz, o a rezar, etc., sino por lograr que, desde el nacimiento (o mejor dicho: antes, desde el vientre materno) cada ser humano se sienta acogido, bien-venido y bien-querido. En el maravilloso plan de Dios, el ambiente humano que acoge a cada recién nacido debe ser óptimo, incluso desde el punto de vista más profundo: es acogido por otros que participan de *su propia carne y sangre*... Pero también debemos decir: si falta esta experiencia básica, es muy difícil que pueda ser sustituida: la persona lleva consigo, en ocasiones a lo largo de su vida, una *carencia estructural* que también se manifestará de forma consciente, pero sobre todo de forma inconsciente e implícita, y por ello, paradójicamente, más incisiva. Sería muy enriquecedor preguntarnos: ¿Cuál ha sido mi experiencia básica? ¿Con qué consecuencias en mi vida?

Iluminación: la relación entre fe y amor

En definitiva, os invito a preguntarnos: ¿cómo concibo mi vida cristiana (y religiosa/salesiana): como algo que **debo hacer**», o ante todo como algo que el Dios Trino **ha hecho y seguirá haciendo** por mí y en mí? ¿Tengo la obligación de «ganarme» el amor de Dios, o mejor dicho debo (y quiero) corresponder al Amor de Dios «con todo mi corazón, con toda mi mente, con todas mis fuerzas, con todo mi ser»? Son dos caminos diferentes, que traen consigo muchas consecuencias, también desde el punto de vista psicológico; y lamentablemente muchos hermanos y hermanas cristianos viven su fe con la angustia de tener que «merecer» el Amor de Dios y la salvación eterna (incluso, a veces, considerándolas dos cosas separadas)...

El Papa emérito, Benedicto XVI, en su último Mensaje de Cuaresma (2013), verdadero testamento espiritual, nos ilumina esta realidad de manera extraordinaria, a través de una expresión que puede parecer, superficialmente, un simple juego de palabras, pero no lo es. Afirma que, en nuestra experiencia cristiana, **la primacía pertenece a la caridad, pero la fe tiene prioridad.**

Partiendo de la afirmación fundamental del apóstol Juan: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4,16), recordaba que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva... Y puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4,10), ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino la respuesta al don del amor, con el cual Dios viene a nuestro encuentro» (*Deus Caritas est*, 1). La fe constituye la adhesión personal —que incluye todas nuestras facultades— a la revelación del amor gratuito y «apasionado» que Dios tiene por nosotros y que se manifiesta plenamente en Jesucristo. El encuentro con Dios Amor no sólo comprende el corazón, sino también el entendimiento: «El reconocimiento del Dios vivo es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. Sin embargo, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por “concluido” y completado» (*ibíd.*, 17).

De aquí deriva para todos los cristianos y, en particular, para los «agentes de la caridad», la necesidad de la fe, del «encuentro con Dios en Cristo que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad» (*ibíd.*, 31a). **El cristiano es una persona conquistada por el amor de Cristo y movido por este amor — «caritas Christi urget nos» (2 Cor 5,14)—, está abierto de modo profundo y concreto al amor al prójimo (cf. *ibíd.*, 33).** Esta actitud nace ante todo de la conciencia de que el Señor nos ama, nos perdona, incluso nos sirve, se inclina a lavar los pies de los apóstoles y se entrega a sí mismo en la cruz para atraer a la humanidad al amor de Dios.

(...) Todo esto nos lleva a comprender que la principal actitud característica de los cristianos es precisamente «el amor fundado en la fe y plasmado por ella» (*ibíd.*, 7).

Toda la vida cristiana consiste en responder al amor de Dios. La primera respuesta es precisamente la fe, acoger llenos de estupor y gratitud una inaudita iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el «sí» de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor, que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido. Sin embargo, Dios no se contenta con que nosotros aceptemos su amor gratuito. No se limita a amarnos, quiere atraernos hacia sí, transformarnos de un modo tan profundo que podamos decir con san Pablo: ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (cf. Gál 2,20).

Cuando dejamos espacio al amor de Dios, nos hace semejantes a él, partícipes de su misma caridad. Abrirnos a su amor significa dejar que él viva en nosotros y nos lleve a amar con él, en él y como él; sólo entonces nuestra fe llega verdaderamente «a actuar por la caridad» (Gál 5,6) y él mora en nosotros (cf. 1 Jn 4,12).

La existencia cristiana consiste en un continuo subir al monte del encuentro con Dios para después volver a bajar, trayendo el amor y la fuerza que derivan de éste, a fin de servir a nuestros hermanos y hermanas con el mismo amor de Dios. En la Sagrada Escritura vemos que el celo de los apóstoles en el anuncio del Evangelio que suscita la fe está estrechamente vinculado a la solicitud caritativa respecto al servicio de los pobres (cf. Hch 6,1-4). En la Iglesia, contemplación y acción, simbolizadas de alguna manera por las figuras evangélicas de las hermanas Marta y María, deben coexistir e integrarse (cf. Lc 10,38-42).

(...) En definitiva, todo parte del amor y tiende al amor. Conocemos el amor gratuito de Dios mediante el anuncio del Evangelio. Si lo acogemos con fe, recibimos el primer contacto —indispensable— con lo divino, capaz de hacernos «enamorar del Amor», para después vivir y crecer en este Amor y comunicarlo con alegría a los demás.

(...) La fe, don y respuesta, nos da a conocer la verdad de Cristo como Amor encarnado y crucificado, adhesión plena y perfecta a la voluntad del Padre e infinita misericordia divina para con el prójimo; la fe graba en el corazón y la mente la firme convicción de que precisamente este Amor es la única realidad que vence el mal y la muerte. La fe nos invita a mirar hacia el futuro con la virtud de la esperanza, esperando confiadamente que la victoria del amor de Cristo alcance su plenitud. Por su parte, la caridad nos hace entrar en el amor de Dios que se manifiesta en Cristo, nos hace adherir de modo personal y existencial a la entrega total y sin reservas de Jesús al Padre y a sus hermanos. Infundiendo en nosotros la caridad, el Espíritu Santo nos hace partícipes de la abnegación propia de Jesús: filial para con Dios y fraterna para con todo hombre (cf. Rom 5,5).

La relación entre estas dos virtudes es análoga a la que existe entre dos sacramentos fundamentales de la Iglesia: el bautismo y la Eucaristía. El bautismo (*sacramentum fidei*) precede a la Eucaristía (*sacramentum caritatis*), pero está orientado a ella, que constituye la plenitud del camino cristiano. Análogamente, la fe precede a la caridad, pero se revela genuina sólo si culmina en ella. Todo parte de la humilde aceptación de la fe («saberse amados por Dios»), pero debe llegar a la verdad de la caridad («saber amar a Dios y al prójimo»), que permanece para siempre, como cumplimiento de todas las virtudes (cf. 1 Cor 13,13).

Queridos hermanos y hermanas, ... os deseo a todos que viváis este tiempo precioso reavivando la fe en Jesucristo, para entrar en su mismo torrente de amor por el Padre y por cada hermano y hermana que encontramos en nuestra vida».

Conclusión

Tenemos aquí elementos preciosos para nuestra reflexión personal, y para nuestra oración y diálogo de amor con el Señor. No he querido desarrollar aquí un tema que surge espontáneamente: *nuestra vida consagrada*, como expresión de este encuentro de amor entre Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo con cada uno de nosotros. Sin duda encontraremos, si lo miramos desde esta perspectiva, muchísimos elementos en las Constituciones que pueden ayudarnos a concretar esta experiencia de *saberse/sentirse amados por Dios*. Bastaría recordar – aunque sea de forma explícita – los textos de nuestra Regla de Vida donde aparece la palabra «respuesta» (o similar) en este contexto, en particular en la oración de Profesión: «Dios Padre, Tú me consagraste a Ti el día de mi Bautismo. **Como respuesta al amor de Jesús, tu Hijo**» (C 24).

III. Para prolongar la reflexión personal

Para vuestra meditación personal os ofrezco un texto también muy bello de un documento de la Iglesia sobre la formación de los religiosos:

“En la base de toda consagración religiosa, hay un llamamiento de Dios, **sólo se explica por el amor** que Él tiene a la persona llamada. Este amor es absolutamente **gratuito, personal y único**. Abarca toda la persona hasta tal punto que esta ya no se pertenece, sino que pertenece a Cristo.⁴ Reviste también el carácter de una alianza. La mirada que Jesús dirigió al joven rico expresa este carácter: «poniendo en él los ojos le amó» (Mc 10, 21) (*Potissimum Institutioni*, 8).

La llamada de Cristo, que es la expresión de un amor redentor, « abarca a toda la persona, espíritu y cuerpo, sea hombre o mujer, en su único e irrepetible 'yo' personal ».⁷ « En el corazón del llamado asume la forma concreta de la profesión de los consejos evangélicos ».⁸ De esta forma, aquellos a quienes Dios llama, dan a Cristo Redentor una respuesta de amor; un amor que se entrega totalmente y sin reserva y que se concreta en ofrenda de todo el ser « como hostia viva, santa y agradable a Dios» (Rom 12, 1). Únicamente este amor de carácter nupcial y que implica toda la afectividad de la persona, permitirá motivar y sostener las renunciaciones y las cruces que necesariamente encuentra quien quiere «perder su vida» por Cristo y por el Evangelio (cf. Mc 8, 35).⁹ Esta respuesta personal es parte integrante de la consagración religiosa” (*Ibíd.*, 9).

Quisiera invitaros a haceros una pregunta que os pueda ayudar a aplicar personalmente lo que hemos dicho, leyendo toda tu vida a la luz de la fe; una pregunta muy sencilla, pero decisiva: **¿Me siento personalmente amado por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, como si fuera la única persona en el mundo? ¿Puedo «descubrir» este Amor de Dios a lo largo de mi vida? Y como consecuencia de esto: ¿Estoy convencido de que el Dios/Amor Trino dice a mi corazón: “Te necesito para ser feliz”?**

Si la expresión nos parece exagerada, bastaría releer la parábola por excelencia de la misericordia que nos presenta Lc 15, 11-32, en la que leemos:

«Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. **21** Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. **22** Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponéle un anillo en la mano y sandalias en los pies; **23** traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, **24** porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. **25** Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, **26** y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. **27** Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. **28** Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. **29** Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; **30** en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. **31** Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; **32** pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Así aparece también en el escudo salesiano, junto a la estrella que simboliza la fe, y el corazón ardiente el amor. El ancla en los barcos, por su peso y por su forma, es capaz de llegar a los más profundo del mar y “arraigarse” en el fondo, permitiendo que el barco quede sujeto y no a merced de las tormentas. Recordemos también el sueño de Don Bosco de las dos columnas, los dos fundamentos en los que la nave de la Iglesia se “ancla” para aguantar la tempestad y esquivar a los enemigos.

IV. Oración final

Guía: Padre misericordioso,

Todos: danos un espíritu de sabiduría y de percepción para ver y responder a las necesidades de los jóvenes de hoy, especialmente a los más necesitados.

Señor Jesús, Pastor de nuestros corazones, renueva en nosotros el mismo espíritu de entrega que encendió el corazón de San Juan Bosco, apóstol de los jóvenes.

Espíritu de amor, cúbrenos con tu sombra.

Enciende nuestros corazones con tu amor

y llénalos de nuevo con la fuerza y el celo de Pentecostés.

María, Esposa del Espíritu Santo,

obtén para nosotros la gracia de hacer la voluntad de Dios y de ser otra humanidad para Jesús,

*donde él pueda renovar todo su misterio.
Danos a Jesús.
para que pueda vivir en nosotros,
trabajar con nosotros y amar a través de nosotros,
para que podamos ser signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes.
Que el Padre sea glorificado en la obra que nos ha llamado a hacer
con la fuerza de su Espíritu y en el nombre de su Hijo, Jesús.
Amén.*

▶ FORMACIÓN

Abusos en la Iglesia: 'sarx' y 'logos' al servicio del 'agape'³

Ianire Angulo Ordorika⁴

Introducción

La literatura en torno a los abusos en la Iglesia se ha multiplicado exponencialmente en las últimas décadas, abordándose desde muy distintas perspectivas. A pesar de esta amplitud bibliográfica, no siempre se ha percibido como una oportunidad para la purificación de la Iglesia ni para el despliegue de la reflexión teológica. Esta es la perspectiva hacia la que apuntamos en este artículo. Para ello, comenzaremos planteando por qué afirmamos que nos encontramos ante una crisis de dimensiones globales que afecta a la Iglesia de manera estructural y cómo esta problemática ha puesto en evidencia la distancia que separa la reflexión teológica de aquella teología que se desprende de la praxis.

A partir de esta mirada panorámica a la problemática de los abusos y hacia el modo en que ha ido evolucionando cómo se aborda, sugerimos dos sendas a recorrer. A ellas somos invitados en cuanto comunidad eclesial para superar ese abismo que se constata entre la teoría y la práctica, entre las palabras y su encarnación en hechos. Así, avanzar hacia una conversión del cuerpo eclesial tanto a la *sarx* como al *logos*, tal y como los entiende el cuarto evangelio, nos permitiría aprovechar la oportunidad que se esconde tras esta situación crítica. A estas dos sendas de conversión dedicamos la segunda y tercera parte del artículo para, en la cuarta, concluir apuntando a la finalidad última de estas dinámicas de transformación: estar al servicio del *agape*, entendido este también desde las claves joánicas.

1. Una crisis global en el seno de la Iglesia

La negación es uno de los sistemas de defensa más recurrentes de la psicología humana. Este mecanismo tan habitual consiste en no aceptar la existencia de aquello

³ Revista "Carthaginensia" XLI/79, enero-junio (2025), págs. 417-434.

⁴ Facultad de Teología Universidad Loyola Andalucía

que nos genera conflicto, que no nos gusta o que no debería suceder. A pesar de ello, hoy en día resulta insostenible negar que la Iglesia se encuentra sumergida en una situación de crisis global a causa de los abusos en su seno⁵. No se trata de una mera acumulación de casos en diversos lugares geográficos, sino de un problema estructural que atañe al conjunto de la institución eclesial. Siguiendo la terminología empleada por el Papa Francisco⁶, vivimos en una *cultura de abuso* que está llamada a ser transformada en una *cultura del cuidado*.

El modo en que esta temática ha sido abordada ha cambiado con el tiempo, por más que esta evolución no se haya producido de manera lineal, uniforme ni generalizada en el conjunto de la Iglesia. Sumergirnos con seriedad en la problemática de los abusos nos ha permitido pasar, por una parte, de considerarlos hechos puntuales a reconocer su carácter sistémico y, por otra parte, de atender solo a aquellos de carácter sexual a advertir que estos van precedidos de otros muchos más frecuentes y escurridizos. Se trata de las múltiples dinámicas abusivas que podemos amparar bajo el amplio paraguas del término *abuso de poder*⁷.

Desde nuestro punto de vista, hay una tercera evolución hacia la que hemos de avanzar con mayor decisión y que pretendemos apuntar en estas páginas. Se trata de pasar de los protocolos de actuación y de las medidas preventivas, por más necesarios que sean, a un abordaje teológico más profundo de esta problemática. La cuestión de los abusos afecta a elementos estructurales de la comunidad creyente y cuestiona el mundo relacional, de ahí que abordar con decisión y seriedad esta cuestión va a implicar, necesariamente, consecuencias teológicas.

El término *crisis* en japonés se expresa a través de la unión de dos ideogramas distintos, uno que expresa *peligro* y otro que significa *oportunidad*. A partir de la intuición que late tras esta curiosidad lingüística, podemos decir que también la crisis de los abusos en el entorno eclesial puede ser vivida como un *peligro oportuno* o como una *oportunidad peligrosa*. Esta actitud, reforzada por la fe pascual, es la que sugiere el Santo Padre en su respuesta al cardenal Marx:

Toda la Iglesia está en crisis a causa del asunto de los abusos; más aún, la Iglesia hoy no puede dar un paso adelante sin asumir esta crisis. La política del avestruz no lleva a nada, y la crisis tiene que ser asumida desde nuestra fe pascual. Los sociologismos, los psicologismos, no sirven. Asumir la crisis, personal y comunitariamente, es el único camino fecundo porque de una crisis no se sale solo sino en comunidad y además debemos tener en cuenta que de una crisis se sale o mejor o peor, pero nunca igual⁸.

⁵ Este artículo se enmarca en el Proyecto Jordán de Investigación de las Universidades Jesuitas de España (UNIJES), en torno a la dimensión estructural del abuso en la Iglesia desde una perspectiva teológica.

⁶ Habla de esta *cultura* abusiva en la Iglesia en, Francisco, «Carta del Papa Francisco al Pueblo de Dios», 20 de agosto de 2018.

⁷ En este caso no entramos a diferenciar entre los diversos rostros que puede adquirir este término global, como el abuso de autoridad, conciencia, laboral, espiritual... Sobre la estrecha relación entre sexualidad y poder, Carlos Domínguez Morano, *Experiencia cristiana y psicoanálisis*, Presencia Teológica 147 (Santander: Sal Terrae, 2006), 140-148.

⁸ Francisco, «Carta del Santo Padre enviada con fecha de hoy a Su Eminencia el cardenal Reinhard

El Concilio Vaticano II otorgó una nueva entidad teológica a la historia al considerar la importancia de los *signos de los tiempos*⁹. Como afirmaba Congar, “quien dice ‘signo de los tiempos’ confiesa que tiene alguna cosa que aprender del tiempo mismo”¹⁰. ¿No cabría referirnos a la crisis de los abusos desde esta clave? De manera similar a otras situaciones críticas a lo largo de la historia de la Iglesia, también esta puede convertirse en oportunidad de aprendizaje, cambio y renovación. Eso sí, siempre que nos atrevamos a enfrentarla con decisión y sin miedo.

Estas páginas están atravesadas por la convicción profunda de que hay mucho que aprender de los abusos en la esfera eclesial. Abordada con seriedad teológica, esta crisis global puede convertirse en la ocasión que impulse una conversión eclesial que ha de afectar al cuerpo y al discurso. Uno de los abismos que los abusos en la Iglesia han puesto en evidencia es la que separa, a veces de manera insalvable, la teología proclamada y la no verbalizada que destilan nuestras acciones¹¹. Se trata de la invitación a reorientar la *sarx* y el *logos*, la carne y la narrativa, para que sirvan mejor a ese *agape* que es Dios mismo y que configura la misión a la que todo bautizado es enviado. Sin pretensión de exhaustividad, en los próximos apartados pretendemos apuntar algunas consecuencias concretas de esta doble invitación a la conversión: del cuerpo eclesial a la *sarx* y de las palabras al *logos*.

2. Conversión del cuerpo eclesial a la *sarx*

El cristianismo no sigue un sistema ideológico ni a una divinidad abstracta. La piedra angular de nuestra fe es la confesión de que Jesucristo es el Hijo encarnado, verdadero Dios y verdadero ser humano. Juan es el evangelista que expresa con más crudeza esta certeza creyente, afirmando sin pudor que la Palabra se hizo *sarx* (Jn 1,14). En el cuarto evangelio este término griego remite a la condición débil y caduca de la condición humana, pero esta naturaleza queda redimensionada cuando el Hijo la asume¹². De ahí que, por una parte, la carne de Jesucristo sea alimento y fuente de vida (cf. Jn 6,53-57) y, por otra parte, la debilidad y caducidad de la carne humana quede superada por el Espíritu, del que hemos de volver a nacer (cf. Jn 3,5-7).

Marx, arzobispo metropolitano de München und Freising (Alemania)», 10 de junio de 2021

⁹ Sobre esta cuestión, más compleja de lo que parece, Carlos Schickendantz, «Autoridad teológica de los acontecimientos históricos. Perplejidades sobre un lugar teológico», *Teología* 51, n.º 115 (2018): 157-83.

¹⁰ Lo cita Schickendantz en, Carlos Schickendantz, «Una elipse con dos focos. Hacia un nuevo método teológico a partir de *Gaudium et spes*», en *Teología de los signos de los tiempos Latinoamericanos. Horizontes, criterios y métodos*, ed. Virginia R. Azcuy, Carlos Schickendantz, y Eduardo Silva, Colección Teología de los tiempos 11 (Santiago de Chile: Ed. Univ. Alberto Hurtado, 2013), 71.

¹¹ A modo de ejemplo de aquello a lo que nos referimos, Conway, hablando de consecuencias formativas de los abusos sexuales, distingue las teologías explícitas sobre el sacerdocio y aquellas operativas. Eamonn Conway, «Operative Theologies of Priesthood: Have they Contributed to Child Sexual Abuse?», en *The Structural Betrayal of Trust*, ed. Regina Ammicht-Quinn, Hille Haker, y Maureen Junker-Kenny (London: SCM Press, 2004), 72-86.

¹² Juan Mateos y Juan Barreto, *Vocabulario teológico del Evangelio de Juan*, El libro de bolsillo Cristiandad 50 (Madrid: Cristiandad, 1980), 40-41.

La crisis de los abusos golpea a la totalidad de una comunidad que se sabe en permanente estado de purificación¹³. Los comportamientos abusivos delatan que la institución eclesial no siempre es una *sarx* alentada por el Espíritu, de ahí que esté invitada a un proceso de conversión. La conversión del cuerpo eclesial a la *sarx* tendría que suponer, desde nuestro punto de vista, tres dimensiones. La primera de ellas, quizá la más evidente, tiene que ver con su aspecto más corporal. Tomarnos en serio la inalienable centralidad del misterio de la Encarnación conlleva reconocer que en Jesucristo interaccionan perfectamente el amar al modo divino y hacerlo al modo humano, y que, en ello, su corporeidad ocupa un papel esencial¹⁴. Quienes le seguimos somos invitados a una vivencia del cuerpo que reconozca su relevancia y le libere de los prejuicios volcados contra él a lo largo de los siglos. Si bien la *cultura del abuso* no se reduce a ellos, nos hemos ido haciendo conscientes de esta problemática a partir de los casos de violencia sexual. Muchas personas, siempre demasiadas, han sufrido estas agresiones precisamente en un contexto en el que tendrían que haber sido cuidados y protegidos. Los cuerpos violentados, con todo su potencial simbólico y relacional, denuncian un modo eclesial de vivir la corporalidad que está llamado a ser transformado. De hecho, estas situaciones nos han permitido tomar conciencia de las carencias formativas en materia afectivo-sexual que abundan en el ámbito eclesial, de manera especial entre quienes, por su ministerio o vocación, hacen una opción de vida célibe¹⁵. Conviene, además, que cuestionemos nuestra reflexión teológica al hilo de estas vivencias no sanas de la sexualidad.

La vivencia de la corporalidad sigue siendo un tema espinoso en el ámbito creyente, a pesar del auge de cierta *teología del cuerpo* a partir del pontificado de Juan Pablo II y su doctrina. Con frecuencia, la reflexión teológica y moral no ha integrado los conocimientos que se han alcanzado desde otras disciplinas, como la biología o la psicología¹⁶. Así, el modo de pensar el cuerpo desde la fe parece determinado por prejuicios ideológicos, desencarnados y propios de otras épocas, así como por una concepción muy masculina de este¹⁷.

¹³ La expresión luterana *Ecclesia semper reformanda* se recoge en el Concilio Vaticano II cuando se afirma de la Iglesia que es “santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación” (LG 8). Sobre este tema, Salvador Pié-Ninot, «Ecclesia semper reformanda». La recepción del Vaticano II: Balance y perspectivas», en *Ecclesia semper reformanda: teología y reforma de la Iglesia en el IV centenario de la muerte de San Juan de Ribera; actas del XV Simposio de Teología Histórica (14-16 noviembre 2011)*, Series Valentina 59 (Simposio de Teología Histórica, Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 2012), 175-201.

¹⁴ Sobre esta cuestión, Vincenzo Battaglia, «Umanità/corporeità e sensibilità affettiva di Gesù di Nazaret. Prospettive di ricerca per “ri-dire” l’evento dell’Incarnazione», *Carthaginensia* 35, n.º 67 (2019): 53-79.

¹⁵ Amedeo Cencini, *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos sexuales?: análisis y propuestas para la formación*, Nueva alianza 233 (Salamanca: Sígueme, 2016).

¹⁶ A modo de ejemplo de una reflexión ajena a estas disciplinas científicas, Federico Altbach Núñez, «Consideraciones filosófico-teológicas sobre la corporalidad y el abuso de menores», en *Teología y prevención: estudio sobre los abusos sexuales en la Iglesia*, ed. Daniel Portillo Trevizo, Presencia Teológica 282 (Maliaño: Sal Terrae, 2020), 205-32. Introducir el conocimiento biológico que se tiene del ciclo femenino y su proceso hormonal cuestionaría, por ejemplo, el imaginario clásico de que las mujeres carecen del deseo sexual que sí tienen los varones.

¹⁷ La teología no es el único contexto en el que las peculiaridades del cuerpo femenino parecen quedar silenciadas. Llama la atención, por ejemplo, lo próximo en el tiempo que han sido los avances en la anatomía del clítoris de la australiana Helen O’Connell. Sobre este tema, Helen E. O’Connell,

Una reflexión sobre la corporalidad que solo tenga en cuenta los presupuestos doctrinales habituales, considerándolos inamovibles y sin permitir que estos sean interpelados por los conocimientos de otras disciplinas científicas, propiciará un tipo de discurso moral que no facilita una sana integración y vivencia del cuerpo ni de la sexualidad. Tomarnos en serio la Encarnación implica avanzar hacia una percepción del cuerpo que, no solo se despoje del lastre platónico que, de manera inevitable, arrastra la tradición cristiana, sino que incorpore el femenino de una forma distinta a como se ha hecho hasta ahora. De hecho, el déficit teológico en la consideración de la mujer y sus consecuencias prácticas comienza por aquí, aunque, por supuesto, no se reduzca a ello.

Una segunda dimensión de esa *sarx* a la que el cuerpo eclesial está llamado a convertirse está vinculada con esa fragilidad esencial que constituye la condición humana y hacia la que apunta el término griego en el cuarto evangelio. El ser humano, además de ser *carne* en el sentido más corporal, es también vulnerabilidad y proceso. Desde esta perspectiva, la experiencia de los abusos en el ámbito eclesial lanza desafíos a la antropología teológica¹⁸. A modo de ejemplo, uno de los conceptos que exige ser replanteado a la luz de esta crisis global es el de la libertad¹⁹, clave para poder hablar de la existencia o no de consentimiento.

La comprensión clásica considera la libertad plena más como un punto de partida de la condición humana que como un punto de llegada. No existe una consideración procesual de esta, que solo se supone limitada en la medida en que la persona no se encuentra en plenas facultades físicas o psicológicas o si sufre violencia externa. Tal cuestión teológica se encuentra a la raíz del *limbo* en el que los abusos cometidos contra adultos han sorprendido a la Iglesia. En los últimos años se ha respondido canónicamente, pero de un modo que no acaba de resultar satisfactorio²⁰. La

Kalavanpara V. Sanjeevan, y John M. Hutson, «Anatomy of the clitoris», *The Journal of Urology*, Part 1 of 2, 174, n.º 4, Part 1 (1 de octubre de 2005): 1189-95, <https://doi.org/10.1097/01.ju.0000173639.38898.cd>; Alessandra Cencin, «Les différentes versions de la “découverte” du clitoris par Helen O’Connell (1998-2005)», *Genre, sexualité & société*, n.º Hors-série n.º 3 (17 de octubre de 2018), <https://doi.org/10.4000/gss.4403>. Cabe preguntarse en qué medida afectaría a la moral sexual introducir el dato biológico de que el órgano femenino donde se concentra el placer sexual no tiene ninguna función reproductiva.

¹⁸ Sobre esta necesidad de que la Antropología Teológica se deje interpelar, ya se han alzado algunas voces. A modo de ejemplo, Román Guridi, «La dimensión teológica de la crisis de los abusos. Reflexiones desde la antropología teológica», *Teología y Vida* 63, n.º 3 (7 de noviembre de 2022): 317-44, <https://doi.org/10.7764/TyV/633/2/317-344>.

¹⁹ Emilio-José Justo Domínguez, «El Concepto de libertad en el debate teológico actual», *Carthaginensia* 40, n.º 77 (15 de enero de 2024): 177-97, <https://doi.org/10.62217/carth.531>.

²⁰ El Papa Francisco ha introducido el concepto de “adulto vulnerable”, pero este sigue siendo problemático. Francisco, «Carta apostólica en forma de Motu proprio “Vos estis lux mundi”», 25 de marzo de 2023, https://www.vatican.va/content/francesco/es/motu_proprio/documents/20230325-motu-proprio-vos-estis-lux-mundi-aggiornato.html. Carolina Montero, «Vulnerabilidad humana y el uso del término “adultos vulnerables” ante los abusos eclesiales a mayores de edad», *Teología y Vida* 63, n.º 3 (7 de noviembre de 2022): 345-66, <https://doi.org/10.7764/TyV/633/3/345-366>. «The use of the expression vulnerable adults to describe them is ambiguous, and if analyzed from the perspective of theological anthropology, incorrect. Redefining the ethical-anthropological category of vulnerability as an inherent human characteristic, all people are potential subjects of abuse, hence the inadequacy of the term used to describe adult victims of ecclesial abuse».

psicología pone en evidencia la variedad y complejidad de procesos, tanto a nivel personal como grupal, que entran en juego en las dinámicas abusivas. Convendría que estos fueran incorporados a la reflexión teológica, reformulando la postura habitual e incorporando estos aprendizajes.

Es probable que, de tanto señalar la meta, hayamos perdido de vista el camino por el que nos acercamos a ella. En la Iglesia solemos apuntar tanto a la finalidad y a la vocación última del ser humano que no gestionamos tan bien su carácter procesual. El Misterio de la Encarnación delata que esta vulnerabilidad esencial de la condición humana, que el Logos asume como propia y a la que remite el término *sarx* en Juan, no se identifica sin más con el pecado (cf. Heb 4,15), como parecen sugerir algunas espiritualidades. La conversión del cuerpo eclesial a la *sarx* pasa por acoger e integrar la fragilidad y el límite como una posibilidad que nos abre a los otros y al Otro, que nos reconcilia con la humanidad y que nos capacita para un modo de relación más humilde²¹.

Esta dinámica de conversión a la *sarx* implica un tercer aspecto. Este se encuentra en estrecha relación con los anteriores y responde a la esencia de la comunidad eclesial, en coherencia con ese permanente estado de purificación al que invitaba el Concilio. La crisis de los abusos golpea a la totalidad de la Iglesia, no solo porque esta sufre en el dolor de sus miembros²², sino también por la pérdida de credibilidad que implica²³. El mensaje se identifica con el mensajero y con su comportamiento, de ahí que los abusos y la manera en que la institución eclesial reacciona ante ellos empañan gravemente la misión evangelizadora de la Iglesia. Además, esta situación cuestiona de raíz la forma de relación que se establece entre los miembros del cuerpo eclesial, evidenciando que este ha de seguir convirtiéndose a aquello que es: el Cuerpo de Cristo.

La salvación nos llega a través del cuerpo del Hijo encarnado, hasta el punto de que la mediación salvífica de la comunidad se comprende a sí misma desde sus inicios como *Cuerpo de Cristo* (cf. 1Cor 12,12-30). Esta consideración, recuperada con fuerza en el Concilio Vaticano II, pone el acento más en su unidad que en su diversidad, sostenida sobre la común dignidad, vocación y misión de todos los bautizados. La manera de relacionarnos *ad intra* y *ad extra* de la Iglesia, si bien está

²¹ Carolina Montero Orphanopoulos, *Vulnerabilidad. Hacia una ética más humana*, Filosofía y teología pública (Madrid: Dykinson, 2022).

²² No resulta anodino que la carta del Papa al Pueblo de Dios comience diciendo: “«Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Co 12,26). Estas palabras de san Pablo resuenan con fuerza en mi corazón al constatar una vez más el sufrimiento vivido por muchos menores a causa de abusos sexuales, de poder y de conciencia cometidos por un notable número de clérigos y personas consagradas”. Francisco, «Carta del Papa Francisco al Pueblo de Dios».

²³ García Casas presenta algunas de las heridas de credibilidad en la Iglesia que presentan las víctimas de abuso. Por el interés que tiene para este artículo, rescatamos la consideración discutible de este autor de cierta tendencia a una espiritualidad desencarnada por parte de las víctimas. En palabras de García Casas: «El que Dios tome un “cuerpo”, se hace difícil de entender y vivir para aquellos que por motivos de abusos viven enajenados con su propia corporalidad. Quizá por ello se produce un rechazo inconsciente a la corporalidad, a la carne (*sarx*) del Logos y resulta más fácil tener una fe más “espiritualizada”, menos concreta». Pedro García Casas, «Esperanza contra toda esperanza. El desafío que plantean las víctimas de abusos sexuales a la Iglesia y al ministerio sacerdotal», *Carthaginensia* 38, n.º 74 (2022): 312-13.

llamada a configurarse según la fisionomía afectiva y relacional propias de la corporeidad de Jesucristo, queda profundamente malherida por las dinámicas abusivas que se producen en su seno y que arraigan en una vivencia no adecuada del poder y de la diferencia.

Las dinámicas abusivas han puesto en evidencia algunas *eclesiopatías*²⁴, es decir, abismos que separan la eclesiología teórica de aquella que destila las prácticas eclesiales. Reconocer el clericalismo existente, buscar el modo de sanear la organización eclesial o la urgencia por recuperar la sinodalidad como característica esencial de la Iglesia son algunos de los esfuerzos, que ya se están haciendo, por avanzar en esta senda de conversión desde el cuerpo eclesial a la *sarx* del *Cuerpo de Cristo*, pero que no pueden ser los únicos. Recogiendo lo dicho hasta ahora, la crisis global de los abusos puede ser vivida como una ocasión privilegiada para impulsar una teología renovada de la corporalidad y de la sexualidad, de la percepción del ser humano y de la propia comunidad eclesial. Esta reflexión tendrá que partir, no tanto de los altos ideales hacia los que se apunta, como de la realidad humana que evidencian tanto las dinámicas abusivas como los aprendizajes y enseñanzas procedentes de otras disciplinas científicas. Pero esta senda de conversión no es la única hacia la que nos impulsa la problemática de los abusos cuando esta es percibida como oportunidad.

3. Conversión de las palabras al Logos

Resulta inevitable que nuestra percepción de las palabras no sea semejante a la que ostenta una cultura marcada por la oralidad. La densidad que tienen en la tradición bíblica las palabras y, en especial, la Palabra divina queda bien retratada en el modo en que Juan recurre al término *logos*. Si bien a lo largo del relato evangélico el vocablo remite a la oralidad y al mensaje de Jesús, en su prólogo se concentra, como en un poso, las resonancias judías del vocablo griego²⁵. En los primeros versículos del cuarto evangelio la palabra *logos* remite al proyecto divino en su sentido más amplio. Dios, que se caracteriza por su capacidad de decirse a sí mismo y de entrar en relación (cf. Sal 115,5a), crea la realidad a través de su Palabra por el mero hecho de nombrarla (cf. Gn 1,1-31).

En el prólogo joánico también se vislumbra el carácter normativo del *logos*. La Palabra divina no solo ordena el caos que precede a la creación, sino que la tradición judía lo identificó con la Ley. Desde la lógica interpretativa judía, es fácil identificar con los mandamientos las diez veces en que aparece el verbo *dijo* referido a Dios en el primer capítulo del Génesis (cf. Gn 1,3.6.9.11.14.20.24.26.28-29). La estrecha

²⁴ Portillo Trevizo es el que habla de *eclesiopatías* en, Daniel Portillo Trevizo, «Iglesia y prevención. Hacia una teología de la prevención», en *Teología y prevención: estudio sobre los abusos sexuales en la Iglesia*, ed. Daniel Portillo Trevizo, Presencia Teológica 282 (Maliaño: Sal Terrae, 2020), 9-35.

²⁵ Sobre el término *logos*, Raymond E. Brown, *El Evangelio según Juan. XIII XXI*, Biblioteca Bíblica Cristiandad (Madrid: Cristiandad, 1979), 1635-44. Mateos y Barreto, *Vocabulario teológico del Evangelio de Juan*, 236-40. Para abordar el prólogo joánico, Josep Oriol Tuñí Vancells, *El don de la verdad (Jn 1,17). El evangelio según Juan como revelación de Jesús*, Presencia Teológica 194 (Maliaño: Sal Terrae, 2012), 19-56.

relación entre la sabiduría y la acción creadora, que es habitual en los libros sapienciales, justifica la identificación entre la Ley y la sabiduría que explicitará Eclesiástico (Eclo 24,23-27). En torno a esta conexión sabiduría-Palabra gira también la vinculación entre *logos* y *verdad*²⁶. Este último concepto, con el que se identifica Jesús en Juan (Jn 14,6), se utiliza en su percepción hebrea, es decir, con cierto carácter relacional y resonancias de estabilidad, fiabilidad y firmeza.

La crisis de los abusos en el ámbito eclesial nos lanza el desafío de iniciar un proceso de conversión que afecte también a nuestras palabras. Al hilo de la amplitud de sentidos que encierra el término *logos* en el cuarto evangelio, esta senda de purificación afecta a tres perspectivas que quisiéramos sugerir a continuación. En primer lugar, se hace necesario que la comunidad eclesial, no solo tome la palabra, sino que haga posible que las víctimas recuperen la suya. Toda dinámica abusiva se produce bajo el manto de una *ley del silencio* que adquiere muy diversos rostros²⁷. De distintas maneras, el silencio se impone por el victimario, por la comunidad en cuyo seno se producen los abusos y por la misma víctima, debido a que la complejidad de procesos psicológicos y secuelas de esta vivencia suelen afectar gravemente a su capacidad de revelar lo vivido.

Si Dios nombra para hacer existir, para nosotros nombrar es reconocer una existencia que, de hecho, ya es. De ahí que poner palabra a las dinámicas abusivas que se producen en la Iglesia será un paso necesario para otorgar carta de ciudadanía a las víctimas y para asumir la responsabilidad que tenemos en cuanto institución. Comprender lo sucedido y afrontarlo pasa por poder contárnoslo a nosotros mismos y al resto. De ahí que, abandonar el silencio y recuperar la palabra tenga un poder terapéutico, no solo en quienes han sufrido prácticas abusivas, sino también en los miembros del grupo donde estas se han producido. Narrar nos capacita tanto para acoger lo acontecido y resignificarlo como para iniciar caminos de sanación y vías de prevención, de ahí que se haga urgente hablar en las comunidades eclesiales de estas situaciones, sin mecanismos de defensa ni paños calientes.

Pero tan importante como nombrar es que nuestros discursos sean veraces. El *logos* bíblico está en estrecha relación con la verdad, lo que la convierte en fiable y lo suficientemente estable como para edificar sobre ella la propia existencia. La problemática de los abusos en el ámbito eclesial cuestiona muchas de las narrativas que proliferan. La Unidad de la Iglesia no queda cuestionada por la pluralidad de comunidades y carismas que se multiplican en su seno. Cada uno de ellos está sostenido por un relato colectivo que otorga identidad grupal, que ofrece claves de interpretación de cuanto acontece y que subraya y potencia ciertos elementos de la amplia tradición eclesial compartida por todos, mientras que acalla y silencia otros²⁸.

²⁶ Mateos y Barreto, *Vocabulario teológico del Evangelio de Juan*, 290-96.

²⁷ Sobre esta cuestión, Ianire Angulo Ordorika, «Palabras y silencios. El papel de la narrativa en dinámicas abusivas», *Estudios Eclesiásticos* 99, n.º 388 (2024): (47-48), <https://doi.org/10.14422/ee.v99.i388.y2024.002>.

²⁸ En esta clave, resulta interesante abordar los llamados *abusos de memoria* de Paul Ricoeur, que él clasifica en tres grupos: memoria natural-artificial, manipulada y obligada. Sobre esta cuestión, Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, 2. ed (Madrid: Trotta, 2010), 81-124; Susana de Sousa Vilas Boas, *Le pardon entre memoire et esperance: pour une lecture théologique de Paul Ricoeur* (Braga:

La problemática de los abusos nos invita a prestar atención a la veracidad, en su sentido más bíblico, de las narrativas espirituales que se han mostrado más propensas a generar dinámicas abusivas y prácticas sectarias en el interior de aquellos grupos humanos que las ostentaban como propias. Es probable que no se trate de graves errores doctrinales, pero sí de verdades sesgadas que se han tomado como absolutas al no permitir que se cuestionen, corrijan o equilibren a través de otros elementos presentes en la Revelación. La experiencia nos ha mostrado, por ejemplo, que la insistencia en una antropología negativa, en la que se subraya más la condición pecadora del ser humano que su capacidad para acoger la Gracia, facilita que se anule la capacidad de discernir del individuo. La sospecha persistente y continua sobre uno mismo y sus intuiciones dificulta escuchar la voz de Dios en el sagrario de la propia conciencia (GS 16) y propicia la manipulación por parte de otros.

Ninguna narración es aséptica. La conversión al *logos* pasa por reavivar el espíritu crítico ante los diversos discursos religiosos que abundan en la Iglesia, cuestionando que estos tengan validez, por ejemplo, por el mero hecho de que se justifiquen con frases de santos o citas bíblicas sacadas de contexto. Así, la crisis de los abusos se convierte en una oportunidad para que la espiritualidad y la teología acompañen el ritmo, permitiendo, no solo que la segunda sea vivificada por la primera, sino que la primera sea purificada por el tamiz de la segunda. Se trata, en realidad, del eterno reto de diferenciar la Tradición eclesial de las tradiciones espirituales.

La conversión al *logos* no solo consiste en dar palabra y velar por que esta sea veraz. También se hace necesario atender al carácter normativo que este término griego ostenta en la tradición joánica. La problemática de los abusos delata la urgencia de encontrar sistemas de control *ad intra* de las instituciones que resulten eficaces para detener y prevenir las dinámicas abusivas²⁹. De hecho, en relación con las medidas tomadas desde la Iglesia ante esta crisis, es probable que los cambios más grandes y los que más consecuencias prácticas han tenido son aquellos que se han producido en el Derecho Canónico³⁰. Por más que la respuesta canónica a esta crisis no sea la única necesaria, hay que reconocer que, dentro de la complejidad del tema, los cambios en la legislación son menos difíciles que las transformaciones más profundas a las que venimos apuntando en estas páginas.

A pesar de todo ello, conviene seguir reflexionando, por ejemplo, sobre cómo avanzar hacia cierta separación de poderes que garantizara la imparcialidad en los procesos canónicos. Nos referimos a medidas para que los tribunales eclesiásticos, en cuanto representantes de la institución eclesial, no se percibieran por las víctimas como juez y parte en los delitos de abusos. De manera similar, sería deseable que las prácticas canónicas ganaran en delicadeza y transparencia, de manera que se evitara lo más posible la revictimización. A modo de ejemplo, si bien los denunciados suelen

Axioma, 2022), 81-130.

²⁹ De modo similar, se ha puesto en evidencia qué sistemas de control existen, pero no están siendo eficaces. A modo de ejemplo, sirva este estudio sobre el derecho propio de los Institutos de Vida Consagrada y sus grietas en cuanto sistemas de control, Ianire Angulo Ordorika, «¿Abusos legislados en la Vida Consagrada?», en *Prevenir y acompañar los abusos en la vida religiosa*, ed. Daniel Portillo Trevizo (Madrid: PPC, 2022), 139-58.

³⁰ Carmen Peña y Miguel Campo Ibáñez, eds., *El Derecho Canónico ante los abusos sexuales* (Madrid: Dykinson, 2023).

contar con una institución eclesial que les respalda y garantiza el derecho a la defensa, lo habitual es que no sea así en el caso de los denunciadores. Un sistema de “canonistas de oficio” aliviaría la sensación de indefensión, evitaría los errores de quienes desconocen el sistema y garantizaría la igualdad de condiciones, al menos jurídicas, entre denunciadores y denunciados.

Como hemos visto en este apartado, la crisis de los abusos se convierte en una oportunidad para avanzar hacia esa necesaria transformación que acompase nuestras palabras eclesiales a la Palabra. Como el *logos* joánico, hemos de devolverles la palabra a las víctimas, narrar las situaciones abusivas, velar por la veracidad de esos relatos y de los discursos religiosos y seguir repensando la manera de otorgar autoridad y generar sistemas de control *ad intra* de la comunidad creyente. La conversión a la *sarx* y al *logos* a la que somos urgidos desde esta situación crítica tiene una única finalidad: servir mejor al Agape, con mayúscula.

Conclusión: Conversión al servicio del Agape

La teología joánica, que atraviesa tanto el cuarto evangelio como las tres cartas católicas atribuidas a Juan, es muy explícita a la hora de identificar a Dios con el *agape* (1Jn 4,8). Esto, que es coherente con la tradición judía, también se hace patente en la manera en que el *amor* se presenta en estrecha relación con la *verdad* y el *logos*³¹. A lo largo de este artículo hemos propuesto cómo la crisis de los abusos en el ámbito eclesial nos anima a recorrer un camino de purificación que apunta hacia dos direcciones, la *sarx* y el *logos*. Este doble movimiento confluye, en realidad, hacia esa conversión mucho más honda que se prolonga y configura toda la existencia del creyente y que nos pone al servicio del *agape*, lo que también encierra distintas dimensiones.

En primer lugar, estas dinámicas de conversión nos ponen al servicio del Amor, que es Dios mismo. Dejarnos cuestionar por esta problemática, responder a ella reconociendo su carácter de *signo de los tiempos*, implica acercarnos al modo divino de actuar con nosotros. Aquel de quien confesamos que es *Logos* hecho *sarx* decía de sí mismo que no había venido “a llamar a justos sino a pecadores” (Mt 9,13). La fragilidad, el pecado y las heridas son, desde esta perspectiva, la condición de posibilidad tanto para ser llamados como para acoger su invitación. De manera análoga, la fragilidad, el pecado y las heridas abiertas por esta crisis global es oportunidad para adecuarnos algo más a esta peculiar forma en la que el Señor actúa en nuestra historia personal y colectiva.

Convertirnos al servicio del *Agape* es, además, convertirnos a la misión a la que la comunidad creyente es enviada, que no es otra que acercar a todos al Amor y hacerlo amando. La profunda relación entre la fe y la caridad que caracteriza la teología joánica conlleva, a su vez, una manera de percibir el envío misionero. Si las dinámicas

³¹ Cf. Mateos y Barreto, *Vocabulario teológico del Evangelio de Juan*, 26-34; Ianire Angulo Ordorika, «Una fe que ama, un amor que cree. El amor en la primera carta de Juan», *Ciudad de Dios: Revista agustiniana* 233, n.º 2 (2020): 339-63.

abusivas y el modo en que estas se gestionan afectan y ensombrecen la labor evangelizadora de la Iglesia, de igual manera, la transformación a la que nos invitan implica también una manera de vivir el envío misionero que haga patente la estrecha vinculación entre lo que creemos y la caridad con la que nos relacionamos. Supone, por tanto, un modo de relación caracterizado tanto por el cuidado desinteresado hacia los otros como por un firme compromiso en favor de la verdad y la justicia.

Este envío adquiere las mismas connotaciones de gratuidad y lealtad que tiene el término *agape*. Frente a las palabras *eros* o *fileo*, que ponen el acento en otras dimensiones del amor, como su carácter pasional y sexual o el afecto que une a los amigos, *agape* subraya su carácter de incondicionalidad y gratuidad. Este vocablo griego apunta a un amor que se caracteriza por salir de sí con el único empeño e interés de buscar el bien del otro. De ahí que no se trate de un sentimiento natural o espontáneo ni nace de la propia voluntad, sino que solo puede brotar de nosotros por ósmosis, por contagio y por contacto con Quien se define como el *Agape*. La invitación a convertirnos al amor que nos hace la crisis de los abusos nos impulsa a renunciar a buscar el propio interés, personal e institucional, para poner, por encima de todo, el bien de las personas vulneradas, mostrando así que hemos experimentado cómo Dios nos ama (cf. 1Jn 4,19-21).

En la teología joánica, el amor es condición necesaria para conocer la verdad. Convertirnos y servir al *Agape* exige un compromiso firme y leal por la verdad, conscientes de la capacidad innata que esta tiene de liberar (cf. Jn 8,32). Desde esta perspectiva, uno de los criterios que nos permitirá verificar si hemos vuelto nuestras existencias a Dios será en qué medida vamos adquiriendo un compromiso firme con la verdad y con las víctimas. Se trata de mirar sin miedo a la realidad, aunque duela y se nos haga difícil, pues “no hay temor en el amor” (1Jn 4,18). No existe conversión al amor que no se ponga del lado de los más frágiles y que no apueste por reparar el daño causado, al menos en la medida en que esto sea posible, pues no se ama “de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad” (1Jn 3,18).

Como hemos pretendido plantear en estas páginas, la crisis que estamos viviendo en la Iglesia en torno a los comportamientos abusivos tiene mucho más de oportunidad que de peligro. Si dejamos las actitudes defensivas y nos acercamos a esta situación abiertos a escuchar y a acoger sus propuestas, nos veremos impelidos a avanzar por sendas de purificación. Toda transformación genera resistencias, también la conversión a la *sarx* y al *logos*, por más que este proceso nos acerque y nos lance al *agape*.

¿Seremos capaces de aceptar el reto que nos lanza el Señor en estas circunstancias?

COMUNICACIÓN

Compartid con mansedumbre la esperanza que hay en vuestros corazones (cf. 1P 3,15-16)

Mensaje de la 59ª Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestro tiempo, marcado por la desinformación y la polarización, donde pocos centros de poder controlan un volumen de datos e informaciones sin precedentes, me dirijo a ustedes convencido de cuán necesario –hoy más que nunca– sea su trabajo como periodistas y comunicadores. Su valiente compromiso es indispensable para poner en el centro de la comunicación la responsabilidad personal y colectiva hacia el prójimo.

Pensando en el Jubileo que celebramos este año como un período de gracia en un tiempo tan turbulento, quisiera con este Mensaje invitarlos a ser comunicadores de esperanza, comenzando por una renovación de su trabajo y misión según el espíritu del Evangelio.

Desarmar la comunicación

Hoy en día, con mucha frecuencia la comunicación no genera esperanza, sino miedo y desesperación, prejuicio y rencor, fanatismo e incluso odio. Muchas veces se simplifica la realidad para suscitar reacciones instintivas; se usa la palabra como un puñal; se utiliza incluso informaciones falsas o deformadas hábilmente para lanzar mensajes destinados a incitar los ánimos, a provocar, a herir. Ya he afirmado en varias ocasiones la necesidad de “desarmar” la comunicación, de purificarla de la agresividad. Reducir la realidad a un slogan nunca produce buenos frutos. Todos vemos cómo –desde los programas de entrevistas hasta las guerras verbales en las redes sociales– amenaza con prevalecer el paradigma de la competencia, de la contraposición, de la voluntad de dominio y posesión, de manipulación de la opinión pública.

Existe también otro fenómeno preocupante, que podríamos definir como la “dispersión programada de la atención” a través de los sistemas digitales, que, al perfilarnos según las lógicas del mercado, modifican nuestra percepción de la realidad. De esa manera asistimos, a menudo impotentes, a una especie de atomización de los intereses, y esto termina minando las bases de nuestro ser comunidad, la capacidad de trabajar juntos por el bien común, de escucharnos, de comprender las razones del otro. Parece entonces que identificar un “enemigo” contra el cual lanzarse verbalmente sea indispensable para autoafirmarse. Y cuando el otro se convierte en “enemigo”, cuando su rostro y su dignidad se oscurecen para humillarlo y burlarse de él, también se pierde la posibilidad de generar esperanza. Como nos ha enseñado don Tonino Bello, todos los conflictos “encuentran su raíz en la disolución de los rostros”³². No podemos rendirnos ante esta lógica.

Esperar, en realidad, no es fácil en absoluto. Decía Georges Bernanos que «sólo esperan los que han tenido el valor de desesperar de las ilusiones y de las mentiras en las que encontraban una seguridad que tomaban falsamente por esperanza. [...] La esperanza es un riesgo que correr. Incluso es el riesgo de los riesgos»³³. La esperanza es una virtud escondida, constante y paciente. Sin embargo, para los cristianos la esperanza no es una elección opcional, sino una condición imprescindible. Como recordaba Benedicto XVI en la Encíclica *Spe salvi*, la esperanza no es optimismo pasivo sino, por el contrario, una virtud “performativa”, es decir, capaz de cambiar la vida: «Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva» (n. 2).

Dar razón con mansedumbre de la esperanza que hay en nosotros

En la Primera carta de Pedro (cf. 3,15-16) encontramos una síntesis admirable donde la esperanza se pone en relación con el testimonio y con la comunicación cristiana: «Glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. Estén siempre dispuestos a defenderse delante de cualquiera que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen. Pero háganlo con delicadeza y respeto». Quisiera detenerme en tres mensajes que podemos deducir de estas palabras.

«Glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor»: la esperanza de los cristianos tiene un rostro, el rostro del Señor resucitado. Su promesa de estar siempre con nosotros a través del don del Espíritu Santo nos permite esperar contra toda esperanza y ver los rastros del bien escondidos, incluso cuando todo parece perdido.

El segundo mensaje nos pide que estemos preparados para dar razón de la esperanza que hay en nosotros. Es interesante observar que el Apóstol invita a dar cuenta de la esperanza a «cualquiera que les pida razón». Los cristianos, ante todo, no son aquellos que “hablan” de Dios, sino aquellos que reflejan la belleza de su amor, una

³² Cf. «*La pace come ricerca del volto*», en *Omellie e scritti quaresimali*, Molfetta 1994, 317.

³³ Georges Bernanos, *La libertad, ¿para qué?*, Madrid 1989, 91-92.

forma nueva de vivir todas las cosas. Es el amor vivido el que suscita la pregunta y exige la respuesta: ¿por qué viven así?, ¿por qué son así?

En la expresión de san Pedro encontramos, finalmente, un tercer mensaje: que la respuesta a esta pregunta sea dada «con delicadeza y respeto». La comunicación de los cristianos —pero también diría que la comunicación en general— debería estar entretejida de mansedumbre, de proximidad, al estilo de los compañeros de camino, siguiendo al mayor Comunicador de todos los tiempos, Jesús de Nazaret, que a lo largo del trayecto dialogaba con los dos discípulos de Emaús haciendo arder sus corazones por el modo en el que interpretaba los acontecimientos a la luz de las Escrituras.

Por eso, sueño con una comunicación que sepa hacernos compañeros de camino de tantos hermanos y hermanas nuestros, para reavivar en ellos la esperanza en un tiempo tan atribulado. Una comunicación que sea capaz de hablar al corazón, no de suscitar reacciones pasionales de aislamiento y de rabia, sino actitudes de apertura y amistad; capaz de apostar por la belleza y la esperanza aun en las situaciones aparentemente más desesperadas; capaz de generar compromiso, empatía, interés por los demás. Una comunicación que nos ayude a «reconocer la dignidad de cada ser humano y [a] cuidar juntos nuestra casa común» (Carta enc. *Dilexit nos*, 217).

Sueño con una comunicación que no venda ilusiones o temores, sino que sea capaz de dar razones para esperar. Martin Luther King dijo: «Si puedo ayudar a alguien al pasar, si puedo alegrar a alguien con una palabra o una canción, [...] entonces mi vida no habrá sido en vano»³⁴. Para hacer esto debemos sanar de las “enfermedades” del protagonismo y de la autorreferencialidad, evitar el riesgo de discursos inútiles. Lo que logra el buen comunicador es que quien escucha, lee o mira pueda participar, pueda sentirse incluido, pueda encontrar la mejor parte de sí mismo y entrar con estas actitudes en las historias narradas. Comunicar de esa manera ayuda a convertirse en “peregrinos de esperanza”, como dice el lema del Jubileo.

Esperar juntos

La esperanza es siempre un proyecto comunitario. Pensemos por un momento en la grandeza del mensaje de este año de gracia: todos estamos —¡realmente todos!— a recomenzar, a permitirle a Dios que nos levante, a dejar que nos abrace y nos inunde de misericordia. En todo esto se entrelazan la dimensión personal y la comunitaria: emprendemos un viaje juntos, peregrinamos junto con muchos hermanos y hermanas, cruzamos juntos la Puerta Santa.

El Jubileo tiene muchas implicaciones sociales. Pensemos, por ejemplo, en el mensaje de misericordia y esperanza para los que viven en las cárceles, o en la llamada a la cercanía y a la ternura hacia los que sufren y están marginados. El Jubileo nos recuerda que cuantos trabajan por la paz «serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). Así nos abre a la esperanza, nos indica la exigencia de una comunicación atenta,

³⁴ Sermón “*The Drum Major Instinct*” (4 febrero 1968).

tranquila, reflexiva, capaz de indicar caminos de diálogo. Los animo, por tanto, a descubrir y a contar las numerosas historias de bien escondidas entre los pliegues de la crónica; a imitar a los buscadores de oro, que tamizan incansablemente la arena en busca de la minúscula pepita. Es hermoso encontrar estas semillas de esperanza y darlas a conocer. Ayuda al mundo a ser un poco menos sordo al grito de los últimos, un poco menos indiferente, un poco menos cerrado. Sepan encontrar siempre los destellos de bien que nos permiten esperar. Esta comunicación puede contribuir a entretejer la comunión, a hacernos sentir menos solos, a descubrir la importancia de caminar juntos.

No olvidar el corazón

Queridos hermanos y hermanas, ante las vertiginosas conquistas de la técnica, los invito a cuidar sus corazones, es decir, la vida interior. ¿Qué significa esto? Les dejo algunas pistas.

Ser mansos y no olvidar nunca el rostro del otro; hablar al corazón de las mujeres y los hombres a cuyo servicio está dirigido su trabajo.

No permitir que las reacciones instintivas guíen la comunicación. Sembrar esperanza siempre, aun cuando sea difícil, aun cuando cueste, aun cuando parezca no dar fruto.

Intentar practicar una comunicación que sepa sanar las heridas de nuestra humanidad.

Dar espacio a la confianza del corazón que, como una flor frágil pero resistente, no sucumbe ante las inclemencias de la vida sino que florece y crece en los lugares más impensados: en la esperanza de las madres que rezan cada día para ver a sus hijos regresar de las trincheras de un conflicto; en la esperanza de los padres que migran entre mil riesgos y peripecias en busca de un futuro mejor; en la esperanza de los niños que logran jugar, sonreír y creer en la vida incluso entre los escombros de las guerras y en las calles pobres de las favelas.

Ser testigos y promotores de una comunicación no hostil, que difunda una cultura del cuidado, que construya puentes y atraviese los muros visibles e invisibles de nuestro tiempo.

Contar historias llenas de esperanza, teniendo en cuenta nuestro destino común y escribiendo juntos la historia de nuestro futuro.

Todo esto pueden y podemos hacerlo con la gracia de Dios, que el Jubileo nos ayuda a recibir en abundancia. Rezo por esto y los bendigo a cada uno de ustedes y a su trabajo.

Roma, San Juan de Letrán, 24 de enero de 2025, memoria de san Francisco de Sales.



Primer anuncio y pastoral juvenil salesiana³⁵

Miguel Ángel García Morcuende, SDB³⁶

1. Algunos esfuerzos parecen terminar sin fruto

Desde hace años vivimos, de manera progresivamente acelerada, cambios sociales de profundo calado. Muchos aspectos estructurales de algunas sociedades experimentan una auténtica revolución. Los modelos de socialización, los roles, la jerarquía de valores dominantes, las fórmulas de interacción, las expectativas de los jóvenes, las estructuras familiares..., están en proceso evolutivo. En el epicentro de estas transformaciones, a veces sufriendolas y más frecuentemente representándolas, están los adolescentes/jóvenes.

En todo lo que se refiere a la vida de fe, probamos muchos sentimientos encontrados. **Algunos de nuestros esfuerzos educativo-pastorales parecen terminar sin fruto y los jóvenes no siempre reaccionan a las iniciativas pastorales.** Es cierto que la experiencia cristiana de fondo los caminos del amor y la salvación trazados por Dios sigue siendo la misma; pero ha cambiado radicalmente el panorama en que se expresaba.

Nuestras miradas adultas no son miradas despreocupadas sino miradas donde a veces predomina la incertidumbre: “¿Qué más podemos hacer?”. La mirada desde la dificultad de ‘no llegar a todos’ puede pasar con facilidad a la consideración de los adolescentes/jóvenes como sujetos problemáticos. En alguna ocasión, esta visión puede ser una mirada irritada, al tener delante destinatarios que no responden a nuestras propuestas.

El punto clave está en repensar nuestra PJS para recuperar el sentido originario, el punto de partida y la meta de los nuevos caminos de la fe. A tal propósito, las palabras que comienzan con prefijos como “re”, “con”, “in” o “inter” son signo de vitalidad, de movimiento, de adaptación. Palabras como reconversión,

³⁵ Hoja “Flash. Animación Pastoral Juvenil Salesiana” del Sector de la Pastoral Juvenil, núm. 5, diciembre de 2023.

³⁶ Consejero General Pastoral Juvenil.

reorganización, redimensionamiento o revitalización están entrando en las reflexiones pastorales de los Institutos Religiosos y Sociedades de Vida Apostólica, así como entre los Movimientos y Asociaciones laicales.

2. Las preguntas que llevamos dentro

[a] A partir de esta lectura, nos preguntarnos: ¿cómo programar y a llevar a cabo procesos e iniciativas educativo-pastorales para **proponer el mensaje nuclear del Evangelio a los jóvenes que no conocen a Jesucristo, a quienes habiéndole conocido se alejaron de él, y a quienes creyendo que ya le conocen suficientemente viven una fe rutinaria?**

Son las preguntas que todos nos hacemos, incluso pensando en los adolescentes y jóvenes de nuestra casa salesiana: ¿Cómo suscitar un interés por Jesucristo en aquellos que frecuentan nuestros espacios educativos formales e informales? ¿Cómo acompañar a tantos cientos de ellos para que pueda dar un paso en una primera adhesión en él? ¿Cómo despertar un “primer acto de fe”, una “primera conversión”, sobre la cual pueda ir creciendo el ser cristiano? Estamos hablando del primer anuncio.

Pero ¿en qué sentido este anuncio es *el primero*?³⁷ En un sentido cualitativo, “**es el anuncio principal, ese que siempre hay que volver a escuchar de diversas maneras y ese que siempre hay que volver a anunciar de una forma o de otra**” (*Evangelii Gaudium* 164).

Es necesario recordar que nuestras casas están llenas de jóvenes no conversos (incluido los “bautizados y no evangelizados”), pero bendecidos por la bondad de la presencia de Dios que desea la salvación de todos ellos. Para el Salesiano, el joven, siempre es un signo de esperanza, no principalmente por tener biológicamente toda la vida por delante, sino porque cada uno debe tener la oportunidad de explorar la fe donde sea que se encuentre. *Estamos convencidos que el encuentro vital con el Señor no es solo el «principio», sino que es el «centro» y el «corazón» de nuestra PJS.*

[b] Quizás deberíamos repensar **la presencia del primer anuncio como un elemento esencial de la evangelización**, y nos obligaría a **revisar su mutua relación con los otros elementos que conforman el proceso global de la evangelización de los jóvenes**. Nos ayudaría a tomar de conciencia de la especificidad de cada uno de ellos y de la interacción existente entre todos.

Evangelii Nuntiandi (1975), uno de los primeros documentos del magisterio que habla de la necesidad de promover el primer anuncio, expresaba en el número 24

³⁷ La expresión “primer anuncio” es bastante reciente. Se usa manera decisiva solo en 1979 con *Catechesi tradendae* (nn. 18-20) A partir de los años 60 y a lo largo de los 70 y 80 la expresión más utilizada fue evangelización, que reemplazó a la anterior predicación misionera o pre-evangelización. También se denomina precatequesis, pre-catecumenado, catequesis kerigmática, kerigma o anuncio kerigmático, o incluso primera evangelización.

una serie de estos elementos de la evangelización siempre compleja. Una relectura actualizada nos habla de:

- El compromiso al servicio de la humanidad para transformar mentalidades, ambientes, culturas y estructuras.
- El testimonio con obras (tan necesario para la credibilidad de las palabras) y el testimonio con palabras explícitas, esto es, el primer anuncio y todo tipo de intervenciones orales.
- El itinerario de iniciación cristiana de niños, jóvenes y adultos en el que se integran: la oración personal, a partir de la Palabra de Dios; la adaptación de los catecumenados y/o itinerarios de educación o las catequesis; la experiencia de comunidad desde la celebración y la oración en sus diferentes formas; la formación y los ministerios y/o servicios; las exigencias concretas del seguimiento de Jesucristo (cambio de vida en cuanto a actitudes, sentimientos y hábitos).
- La personalización de la experiencia mediante la apertura-adhesión del corazón a Jesucristo por parte del joven, esto es, la fe y conversión inicial. Una apertura que no se pueden forzar ni presuponer porque es una decisión existencial que, a veces, inicia con la simple curiosidad, el interés y llega hasta la primera adhesión de fe.
- La recepción de los sacramentos de la iniciación (Bautismo, Confirmación y Eucaristía) y todas aquellas iniciativas variadas de pastoral planificada a la luz de la espiritualidad de los procesos (Proyecto Educativo-Pastoral).

[c] De entrada, esta lista nos hace caer en la cuenta de que hay elementos específicos que nos hablan de **iniciación cristiana a la fe** (el testimonio y el primer anuncio); por otra, elementos específicos que **alimentan y forman permanentemente la fe** (la catequesis y los itinerarios de educación a la fe, la celebración, etc.). Ambos elementos, si bien están íntimamente relacionados, no son lo mismo.

Dicho de otra manera, **la PJS debe prestar atención a la complementariedad y la íntima relación entre todas estas acciones pastorales**. Este conjunto articulado de elementos (esto es, pastoral orgánica) no pueden estar desarticulados si queremos que la evangelización de frutos diversos. En la PJS, de hecho, ningún ámbito es completamente autónomo, ninguno se entiende aislado, pero cada uno tiene su tiempo. *Hay diferencia entre plantar y cuidar la fe*: dos momentos distintos que necesitan espacios y metodologías diferentes.

¿Se puede generar la primera fe en Jesucristo en un adolescente a través de una catequesis sobre la teología de las virtudes?, o bien, ¿a través de la solemne Vigilia Pascual, sin una iniciación al Misterio Pascual del Señor? Difícilmente. Lo que no es pertinente como propuesta pastoral en la iniciación, quizás no ayuda (tal cual), incluso sea en ese momento contraproducente.

Por eso, **¿qué sucedería si pensáramos en una acción educativo-pastoral específica y decidida, destinada precisamente a crear posibilidades reales para encontrarse con Cristo y fomentar una conversión operativa?** Pues de tal mediación práctica se trata, cuando hablamos del primer anuncio.

[d] La praxis salesiana se asienta en un principio muy importante en la evangelización: **el principio de integralidad**. Dado que el carácter procesual o gradual de madurez humana y cristiana se rige por el principio del crecimiento-maduración de todas las dimensiones de la persona, al mismo modo, la puesta en acto de cada uno de los elementos de la evangelización debe tener la misma dinámica. *Un error es reducir la pastoral juvenil solo a uno de los elementos*, promocionando apenas algún aspecto, por ejemplo: en una parroquia se tiene la convicción de que la catequesis que se ofrece es «evangelizadora», pero en realidad se trata de una catequesis memorística sin lo celebrativo y sin más compromiso que la vida de los locales parroquiales. O bien, cuando el itinerario de iniciación en la fe se reduce a un itinerario sacramental (recepción del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía).

Por otra parte, el primer anuncio, siendo necesario, no puede ocupar el lugar de toda la PJS. *Hay otras áreas de interés que hacen referencia a otras dimensiones de la acción educativo pastoral salesiana* (aspectos que tienen que ver con la formación de personas sanas, equilibradas y solidarias; la formación en actitudes y estructuras estables que les permitan actuar como personas libres y críticas; la experiencia comunitaria-asociativa como una concreta 'iniciación' al compromiso comunitario, civil y eclesial; el acompañamiento de cada joven en la búsqueda concreta de su propia vocación, etc.). La PJS ayuda a configurar gradualmente la identidad y la personalidad que un joven vive, desde su experiencia inicial de Dios hasta su inserción en una comunidad cristiana adulta.

3. Preconceptos, tal vez queridos, pero que hoy se revelan ineficaces

No estará mal recordar algunas resistencias al primer anuncio, etapa que propone la Iglesia para despertar la fe y la conversión primera:

[a] Por una parte, algunos afirman que proponer una adhesión a la persona de Jesucristo «es lo he hemos hecho toda la vida». «La mayoría de nosotros hemos dado catequesis y hablado de Jesucristo con naturalidad». En realidad se trata de “enseñar las verdades de fe”, sin abrir un espacio de fraternidad, de mutua acogida y de hospitalidad del joven. Además, el primer anuncio no es asimilable ni reductible a la catequesis sistemática. Y bien pensado, a veces podemos estar sometidos a la inercia pastoral, a repetir lo de siempre (porque lo de antes funcionaba). En verdad, cuando la complejidad pastoral, por cualquier motivo, no se digiere, la reacción más normal es la de reducir, simplificar.

[b] Al mismo modo, se dice que solo y exclusivamente los procesos pastorales de tiempo largo y reflexivo pueden articular y desarrollar una fe más madura, más crítica y más comprometida.

[c] Por último, otros dicen que la pastoral ha de procurar por encima de todo que «nadie se moleste». Vivimos en un escenario policromático y nuestras casas son abiertas e inclusivas. «Hay que tener cuidado de no imponer la fe. Suavicemos la propuesta pastoral, propongamos unos mínimos». En todo caso, «que lo hagan los que

tengan ese carisma del primer anuncio».

Pero ¿puede descartarse sinceramente esta primera llamada vocacional cristiana (esto es, el primer anuncio)?

4. Una pedagogía para recrear el vínculo afectivo con Jesús

Si queremos desplegar una evangelización efectiva, vivencial y arraigada en la persona del joven, hemos de entender que el primer anuncio no es solo una etapa en un recorrido de acompañamiento, sino el **«valor fundante» (Jesucristo) que debe estar presente en todos los procesos de evangelización: en la PJS como su espina dorsal, y en nuestros proyectos como su principal motivación.**

Si el imperativo de ser evangelizador es para todos, el primer anuncio como tal no es un carisma de unos pocos. Considerarlo como una actividad opcional es, por tanto, una actitud contraria a la naturaleza misma de la acción misionera y evangelizadora. El primer anuncio es el elemento nuclear y, por definición, *lo puede y debe hacer todo bautizado, nos incumbe a todos*

Pero, además, es una opción propositiva, respetuosa e interpelante que debe impregnar a también nuestra PJS. Por eso **¿qué condiciones generales pueden servir a este propósito**, esto es, la conversión y acto de fe o adhesión a Jesús? Abogamos en principio por dos de ellas:

4.1. Si queremos conectar de nuevo de manera atractiva y creíble con los jóvenes de hoy, **se necesita un dispositivo amplio de propuestas diversificadas** para entrar en contacto con aquellos que participan fugazmente en la vida eclesial (reducida en muchos casos a mera asistencia) y con aquellos no creyentes que habitualmente no frecuentan ámbitos de Iglesia. Se abre así un campo inmenso de posibilidades a la acción educativo-pastoral.

El primer anuncio como acción pastoral tiene una pedagogía específica y necesita unos tiempos donde cada fase implica a las otras; separadas pierden su vigor y, sólo juntas se sostienen mutuamente y sostienen la misión evangelizadora. Cada una puede ser caracterizada con un verbo de «persona a persona»: suscitar, testimoniar y presentar.

[I] El concepto de evangelización, estrechamente ligado a la humanización, fue profusamente subrayado por *Evangelii Nuntiandi*. En esta línea, el PRIMER TIEMPO y PUNTO DE PARTIDA es **crear posibilidades reales de contacto con aquellas experiencias auténticamente humanas, las más íntimas de la persona**. La propuesta cristiana debe conectar con las preguntas centrales de la vida de los jóvenes y, siendo un punto de contacto perceptible por ellos, les abre a otras posibilidades. El primer ámbito del anuncio es el interpersonal, las relaciones humanas. Sin esto, el tiempo posterior no tendría continuidad.

En este sentido, el primer diálogo de primer anuncio consiste en conectar con las preguntas, los deseos, los límites y las posibilidades del joven. Se trata de partir de

sus propias búsquedas - o exigencias antropológicas particularmente abiertas o dispuestas a Algo más. Este punto de contacto recibe diversos nombres: en francés, 'pierres d'attente' (la piedra de espera) referido a las piedras que en un edificio se dejan al aire libre en las paredes laterales para poder ensamblarse con el futuro edificio que se edifique a continuación; en inglés, 'stepping stones', en alusión a las grandes piedras puestas en el torrente que permiten atravesarlo sin empaparse; en los teólogos de los primeros siglos (época patristica), las 'semina Verbi', que se encontrarían en todas las culturas y en todos los pueblos.

Este terreno de la experiencia humana, bien acompañado, desarrolla la capacidad de hacerse preguntas sobre el universo interior; estimula la automotivación y la pregunta por el sentido de la vida; abre a 'un más allá' de uno mismo; permite distanciarse de las cosas para mirarlas en profundidad; ayuda a vivir desde la lógica del don y el amor al prójimo; capacita a percibir los valores espirituales presentes en la cultura en general. Y esa apertura trascendente se irá haciendo cada vez más operante en tanto en cuanto empiece a vislumbrar en el horizonte a Dios.

Este punto de partida se puede **acompañar gracias a varias propuestas concretas de nuestra PJS**: el acompañamiento ambiental; la potente dinámica solidaria de la pastoral que hace que nuestros jóvenes salgan sus zonas de confort; el trabajo en torno a los valores carismáticos/ salesianos como la familiaridad, la confianza, el realismo o el optimismo; la continua oferta formativa, propuestas, iniciativas y experiencias de vida profundas, verdaderas, perdurables (p.e., los buenos días/buenas tardes salesianos). Tiene más que ver con unas acciones comunicativas de tiempo corto como el diálogo, el encuentro fortuito, el patio salesiano, el testimonio que surge en una conversación, etc.

Estamos hablando de un Evangelio en construcción, que debe acoger la carne de la historia y la de nuestros jóvenes. Y por tanto que intenta redescubrir lo cotidiano (el valor de lo pequeño y la cultura del "detallismo"), la presencia en medio de los jóvenes y la cercanía y la atención personal ("conversación más que cátedra"). Es un acompañamiento afectivo y efectivo. Por ello, ¡hemos de ser hondos conocedores de los misterios de la vida de los jóvenes!

[III] Después del enraizamiento en lo humano viene un SEGUNDO TIEMPO: **testimoniar la propia experiencia cristiana**. Se trata de que el joven oiga y vea, si quiere, el relato directo por si despierta interés en él. Hablar desde la propia experiencia: "Quiero compartir contigo lo que se me ha regalado, me da sentido y me hace feliz". No es "contar mi vida" sino lo que la presencia de Jesús me está enseñando, lo que ha aportado a mi vida.

Es la lógica de alguien que presenta un amigo a otro amigo. No venimos a traer algo ajeno, que suena raro, sino que forma parte de la propia historia de las personas que lo cuentan. Hablamos de lo que ocupa el centro de la persona, lo más propio, íntimo y auténtico, lo más personal de cada uno, y a su vez lo más valioso. Responde, en definitiva, al carácter auditivo del origen de la transmisión de la fe, que fue la práctica pionera de la Iglesia: estamos hablando de algo que se proclama, que se pregona. La fe viene, en clásica expresión de Pablo, de «oír el anuncio» (Rom 10,17). No se

evangeliza dando un testimonio de amor sin palabras, sin propuesta e invitación concreta.

Este segundo paso se inicia con **acciones de PJS de signo cristiano abiertas**, a veces no vinculadas a largos procesos. Empiezan y terminan en tiempos definidos, pero la clave es la invitación desde el testimonio: las celebraciones de Pascuas con Jóvenes; los encuentros, las campañas y mesas redonda de reflexión, de convivencia y de oración; la experiencia de Taizé; las acciones solidarias, en especial en sectores más pobres y necesitados; los grupos formativos y las tutorías en las escuelas. Es, en otras palabras, la puesta en práctica del principio mistagógico. Se vive una experiencia y la experiencia de convierte en el punto de apoyo para una reflexión, un aprendizaje, o también un nuevo cambio de rumbo en la vida.

Necesitamos compartir la propia experiencia vital, destrabar la lengua, hablar de nuestra fe a los jóvenes y lo que supone para nosotros. No sólo estamos urgidos a “hablar” de Cristo y hablar bien, sino a hacerlo presente en nuestra vida. Creo que hemos perdido la costumbre y se nos ha olvidado hablar de forma natural de lo que es algo esencial en nuestra vida. Hemos introyectado miedos que nos paralizan. Y si no sabemos hablar de la fe entre nosotros, creyentes, todo discurso a los que no lo son sonará artificial. En este sentido la pregunta que marca nuestra capacidad o incapacidad para evangelizar es: *¿He hablado con algún joven de mi vida de relación con Cristo o con Dios últimamente?*

Dicho de otra manera, **el anuncio queda envuelto por el testimonio y la palabra**. Hay que reconocer que preferimos descansar sobre discursos y propuestas demasiado hechos, doctrinal, moral o espiritualmente, desarrollando una “enseñanza lineal” de tipo catequético. En realidad, *en la práctica real del primer anuncio, el testigo verdaderamente fiable solo cuenta con sus convicciones vitales (no solo certezas intelectuales), la transmisión de una vida vivida con sentido, y, eso sí, la fuerza de la Palabra*. Así pues, el anuncio debe constituirse hoy como una provocación también para el apóstol: “quien quiera predicar, primero debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia” (*Evangelii Gaudium* 150)

«El primer objetivo no es tanto hacer que los otros crean ‘como nosotros’, sino que crean *que nosotros creemos de verdad en algo*, en Alguien que hace posible nuestra alegría de vivir y el gusto de ponernos en contacto con quienes buscan a tientas esa alegría y ese placer» (Pareydt, Luc, *Testigos para nuestro tiempo. Cristianos atractivos*). **El encuentro con Jesús para el evangelizador no es sólo la explicación de la primera decisión, es también la razón de la fidelidad.**

[III] El TERCER PASO es **presentar el Cristo vivo y presente**. No se trata de transmitir un recuerdo, ni la noticia acerca de alguien de quien se nos narra que existió *in illo tempore* y se apareció a determinadas personas, sino Jesús, Señor y Salvador. Su presencia no puede terminar siendo solo un holograma tridimensional, sino una presencia real. Cuestiona y pone en movimiento: “¿Y tú qué dices de él?” (Jn 9,17). “Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mc 8,29).

En este tercer paso, se trata de acompañar al joven a reconocer que la humanidad de Cristo es semejante a su humanidad, pero con la diferencia de que es portadora de una vida nueva -vida divina-; y le ha de invitar a entrar en comunión con ella para que le alcance esa misma vida, le plenifique y le haga partícipe de la vida de Dios. Gracias a Él, se realiza su deseo más radical de absoluto, en una palabra, la felicidad más auténtica.

Existe en los relatos evangélicos el referente de los personajes que se acercan a Jesús y obtienen de él una curación física y el perdón de sus pecados: el ciego de Jericó, el jefe de la sinagoga de Cafarnaúm, el centurión romano, la hemorroisa, los leprosos... Ninguno de ellos tenía una conciencia clara de la identidad divina de Jesús y mucho menos del Dios trinitario y, sin embargo, *sienten la inquietud de ser solicitado por Alguien, Jesús, y se abren a él.*

También hoy algunos de nuestros jóvenes que no tienen una clara la identidad de Jesús, se abren a Él y prestan oído con detenimiento, atención, y sincero interés. Por eso, para una primera adhesión a Jesús no es necesario una propuesta teológica bien articulada.

En la práctica de la PJS este anuncio se juega sobre todo en **la presencia de una Comunidad Educativo-Pastoral** que ofrezca verdaderos espacios de acompañamiento personal, de aproximación y vivencia de la fe a los que incorporarse (Ejercicios Espirituales para jóvenes, encuentros vocacionales, "CampoBoscos", Jornada Mundial de la Juventud, Escuelas de Oración, Voluntariado Misionero). Una CEP que se deja interpelar por el Evangelio y que acoga a los jóvenes iniciados para fortalecerlos y sostenerlos en la fe, una comunidad en la que ellos puedan celebrar, anunciar, vivir y compartir la fe.

4.2. Si el primer anuncio no es una presentación amplia y detallada de los contenidos de la fe cristiana, sino que, como aparece en los escritos neotestamentarios, tiene carácter narrativo para dirigirse a lo más profundo de la persona del joven, hay que prestar atención **al lenguaje que usamos en el sentido antropológico y cultural.** El lenguaje narrativo, poético e incluso metafórico genera el encuentro con los movimientos interiores del deseo humano, crea espacios a la imaginación. Por eso, aunque la evangelización no es una cuestión de estrategias comunicativas, sino de espiritualidad, también aquellas son importantes.

Por eso, hemos de superar actualmente las metodologías argumentativas y discursivas. *Esta transformación desde la experiencia, la narración, la pregunta, la noticia... golpea la imaginación de los jóvenes oyentes.* Y esta propuesta no es nueva porque el propio lenguaje de la fe siempre ha pasado por lo simbólico: la luz, la túnica blanca, el cirio pascual, los colores litúrgicos, etc.

El grado de implicación personal que ofrece un enfoque narrativo es mayor porque no pretende convencer al oyente sino implicarlo; ofrece, además, un acceso más sencillo a conceptos abstractos y complejos; contiene emociones y, por tanto, favorece la memorización de la historia a nivel cognitivo; crea un mundo nuevo en la mente del oyente, una historia puede generar otras historias. En definitiva, se trata de *pasar de la pastoral de las ideas a la pastoral de la narración.*

5. Educar la respuesta de fe: avances y retrocesos

En realidad, la adhesión a Cristo es siempre una decisión personal, nunca “automática” ni “heredada” o recibida, al que quizá estábamos acostumbrados. **Hoy día no se puede dar por supuesta una fe viva básica**, no se puede presuponer en el destinatario ninguna convicción cristiana firme. Han cambiado los hábitos mentales, los usos lingüísticos, las prácticas de piedad, un buen número de los conceptos y de las expresiones de la fe.

La mayoría de las veces nos encontramos *jóvenes que no comprenden la importancia de la fe en su camino personal hacia la edad adulta*. Es un desafío, pero también una oportunidad, para que podamos salir de un cristianismo “obligatorio”. Se abre la posibilidad de un anuncio bajo el signo de la gracia, de la sorpresa, del descubrimiento gratuito del tesoro de la fe y de la perla del evangelio.

Por eso, se habla de primer anuncio como nuevo nombre del *kerigma* anunciado por Pedro y Pablo, tal como queda recogido en los textos del Nuevo Testamento. Pero no consiste sólo en una proclamación oral explícita de dicho *kerigma*, unas palabras o fórmulas exactas, sino un ministerio, dinámico, en crecimiento, bajo la acción y guía del Espíritu; un acompañamiento a la libertad y la responsabilidad de la persona. Por ello, **cada momento o paso avanza en espiral, con idas y vueltas, y no en línea recta**. La vida cristiana posee un componente de aventura que hay que liberar en el corazón de la vida creyente.

Una aventura que se asienta en el impulso de la llamada de Cristo, y que se realiza según las intuiciones, esperanzas y talentos de cada joven, y que está atravesada por muchas mediaciones y mucha paciencia pues debe vivir de continuo en un desierto que sabe a tierra prometida. Las vivencias se profundizan cada vez más: suponen avances y retrocesos en un espíritu de continua conversión: “El cristiano no nace, se hace”. Esta fórmula de Tertuliano encuentra hoy su plena actualidad.

Es necesario **un anuncio no esté bajo presión por presentar “resultados”** (cifras, números, cantidades de personas) ni tampoco marcado por la necesidad de un sí o un no inmediato, que esté marcado, por el contrario, por la sensibilidad a los tiempos de cada uno, a los posibles caminos no coincidentes con los propios, incluso a los errores. El tiempo que pueda tomar no es determinable, no puede ser circunscrito ni rigurosamente estandarizado, pues se trata de personas, cada una con una historia y un ser particulares.

6. La puerta de entrada a la experiencia cristiana y a la respuesta vocacional

[a] Los tres tiempos señalados anteriormente se relacionan entre sí. Cuando se avanza en la recepción positiva del primer anuncio por parte del joven, estamos en **la puerta de entrada a la experiencia cristiana**. Se abre posteriormente una acción

más catequético-iniciatoria para que los jóvenes opten por el Evangelio y completen o reestructuren su iniciación. Por tanto, no es posible ‘crecer’ sin antes ‘haber nacido’; mucho menos será posible convertirse en adulto y madurar, sin las etapas anteriores.

La *primera* fe no es *toda* la fe, y es cierto. Por eso, el primer anuncio es «un estadio de inicio y ciertamente incompleto» (*Evangelii Nuntiandi* 51) pero claramente una *invitación personal* a realizar un acto de aproximación, de confianza y de adhesión existencial a Jesucristo. El primer anuncio es un acto de confianza en la persona de Jesucristo, un paso esencial para encontrar la propia vocación.

Germinalmente, la aceptación de Jesús en el corazón del joven es el embrión de un cambio de vida que llevará a la fe práctica: el itinerario de educación a la fe se sostiene sobre esta vivencia de recepción viva del primer anuncio, los sacramentos la presuponen y alimentan, el testimonio y el compromiso por el Reino son su consecuencia y manifestación exterior. El proyecto de vida es su vocación.

Si queremos evitar una catequesis efímera, que no echa raíces en quien la recibe (catecúmeno), hemos de estar atentos a que la iniciación tenga dónde arraigarse. **Un “anuncio” que preceda a la “iniciación cristiana” para no dejar a ésta sin un suelo sobre el que enraizarse y desde el que desarrollarse permanentemente, llegando a dar fruto.** La iniciación cristiana es, dicho de otro modo, el campo de acción y consecuencia del primer anuncio. En otras palabras, sobre el ‘ven y verás’ (primer anuncio) descansa todo el edificio de la vida cristiana ‘mira y quédate’ (comunidad cristiana).

[b] Por eso, en la comprensión y la práctica de este primer anuncio, **se juega en cierta manera una renovación de la PJS.** Nuestra PJS es, en su raíz, una práctica de la confianza en una persona: Jesucristo, aceptado como el Salvador de la humanidad y de mi vida. Todo lo demás –absolutamente necesario y constitutivo de la evangelización– será una consecuencia que se sostendrá, siempre desde el punto de vista de la persona del joven, en su relación de amistad con Jesucristo.

La salvación ofrecida por Dios Padre a través de su Hijo Jesucristo es el restablecimiento de nuestro vínculo afectivo y existencial con Él. Jesucristo nos ofrece su amor personal. Toda posible pauta de primer anuncio es una propuesta de amor, una oferta de la recreación inicial del vínculo afectivo de Dios con cada ser humano. La aceptación de dicho vínculo no puede ser sino una respuesta libre y personal de cada uno.

Ni nuestro testimonio con obras – necesario, pero no suficiente– puede encender la fe cristiana porque necesita la palabra que le refiera a Jesucristo; ni la sola fuerza de los sacramentos puede encender la fe si todo aquel que participa en la liturgia no ha abierto su corazón, su intimidad, de manera libre, consciente y permanente a Jesucristo.

PASTORAL

“Joven, a ti te digo: ¡Levántate!” (Lc 7,14)

Iconos bíblicos de los jóvenes en la Vida

Consagrada³⁸

Ianire Angulo Ordorika

Según la Real Academia de la Lengua *gerontocracia* es el “gobierno o dominio ejercido por los ancianos”. No creo que desvariemos demasiado al plantear que la Iglesia y las comunidades que la configuran son, en su mayoría, gerontocracias. Aun así, el último Sínodo giró en torno a los jóvenes. Un grupo nutrido de obispos y colaboradores se reunieron con la intención de acercarse a las búsquedas, las inquietudes y las dificultades de un sector de la población a la que la Iglesia no siempre presta demasiada atención. Así se afirma en el número siete del documento final:

“Los jóvenes están llamados continuamente a tomar decisiones que orientan su existencia; expresan el deseo de ser escuchados, reconocidos y acompañados. Muchos sienten que su voz no es considerada interesante ni útil en el contexto social y eclesial”.

Las Congregaciones e Institutos de Vida Consagrada no suelen ser una excepción. En su seno también prevalece la voz de sus miembros más veteranos. A la dificultad que implica la reducción del número de jóvenes que conforman estas instituciones, se le suman las características propias de la formación inicial, bajo cuyo régimen se encuentran muchos de ellos. En las líneas de este artículo pretendemos reconocer personajes bíblicos que iluminen la situación existencial de quienes tienen votos o compromisos temporales en estas Congregaciones. De la mano de algunos jóvenes neotestamentarios, buscamos encontrar claves que capaciten para vivir evangélicamente a quienes viven la etapa de juniorado.

³⁸ Artículo publicado en la revista *Proyección* LXVI (2019), págs. 149-166.

1. Juventud en la Escritura... o cómo no ser nadie sin morir en el intento

Obviar la distancia cultural y temporal que nos separa del mundo bíblico es siempre un craso error que conviene evitar. Nuestra sociedad y la Escritura transitan por sendas paralelas en el modo en que se considera a los jóvenes. Con todo, las instituciones de Vida Consagrada mantienen una situación intermedia que convierte en peculiar la forma en que se perciben a sus miembros con menos edad.

1.1. Juventud en la Biblia... y juventud en la Vida Consagrada

Dolores Aleixandre ya auguró hace muchos años que El Corte Inglés se estaba perdiendo un gran número de clientes potenciales al no contar con una planta dedicada a la tercera edad³⁹. Eso sí, también alertaba de que se trataba de una estrategia de mercado, pues mientras aumentaba el número de clientes potenciales para comprar en ese departamento, muy pocas personas querían ser vistas entre sus compradores. Vivimos en un contexto social en el que nadie quiere ser mayor. La ancianidad se desprecia en favor de una juventud que se busca extender *in aeternum*.

La batalla social contra las canas y las arrugas se ha ampliado a cualquier mella que la edad pueda hacer en la persona. Este pánico generalizado a cumplir años se alía con las circunstancias sociales que han llevado a prolongar en el tiempo la adquisición de compromisos vitales, tales como el matrimonio o la paternidad – maternidad. Así, expresiones como “*los cuarenta son los nuevos treinta*” sirven para ilustrar este retraso generalizado de actividades que eran propias no hace tanto tiempo de una edad anterior a aquella con la que ahora se abordan.

Nadie se libra de esta pandemia, ni siquiera la Vida Consagrada⁴⁰. Las llamadas “CONFER Joven” de las distintas diócesis albergan en su seno a personas a las que ningún banco ofrecería una hipoteca joven. Las reticencias para jubilarse se adornan bajo capa de celo apostólico. Así, abandonar ciertas actividades para rendirse a las más propias de la edad avanzada se interpreta como una traición a la misión pastoral. El descenso de vocaciones hace que escaseen la variedad de edades dentro de las

³⁹ Así lo expresaba en el discurso que proclamó ante su jubilación en la Universidad Pontificia Comillas. Accesible en internet: <http://www.redescristianas.net/el-valor-de-la-excelencia-dolores-aleixandre/> (última consulta 8 de abril 2019). En estos tiempos sobreabunda la literatura que pretende servir de ayuda para abordar esta etapa final de la vida de modo creyente. Sirvan de ejemplo, D. Aleixandre, *Las puertas de la tarde. Envejecer con esplendor*, Sal Terrae, Santander 2007; J. GARRIDO, *Hacerse mayor y ser cristiano. Sabiduría*, Verbo Divino, Estella 2016.

⁴⁰ Aunque pueda parecer una broma dada la media de edad habitual en los Institutos de Vida Consagrada, el responsable de una casa de espiritualidad confesaba que los únicos Ejercicios Espirituales en los que siempre tenían plazas libres eran aquellos dirigidos a personas de la tercera edad. Como esos clientes ficticios de El Corte Inglés que imaginaba Dolores Aleixandre, tampoco los ejercitantes querían verse rezando entre personas curtidas en años.

comunidades, de modo que la etiqueta de “joven de la casa” queda en manos de personas bien afincadas en la cincuentena, si no es en una década mayor.

A la dificultad que todo ser humano tiene para acoger la fragilidad que los años hacen patentes, se le unen las peculiaridades de la subcultura que constituye esta vocación en la Iglesia⁴¹. El voto de castidad y la consecuente falta de descendencia convierten en más compleja la toma de conciencia de la propia edad. No existen hijos o nietos que nos tomen la medida de nuestros años con objetividad y desde fuera. Por otra parte, la tendencia de los consagrados a vivir volcados hacia la actividad convierte en aún más dramático cualquier destello de jubilación laboral. El destino a comunidades asistenciales es interpretado por muchas personas como un “castigo” o una “retirada forzosa”, pues nunca se es lo suficientemente mayor para formar parte de estas. A la hora de aceptar los años y la nueva situación existencial que viene con ellos, no ayuda tampoco el modo en que se aplaude institucionalmente el empeño por llevar adelante tareas que no son propias de la edad.

Quien suscribe tiene serias dudas de que en los Institutos de Vida Consagrada estemos invirtiendo el tiempo y el esfuerzo necesario para vivenciar de modo creyente la etapa final de nuestra existencia. Con frecuencia, y a pesar de haber vivido años entregando la vida con pasión en la tarea pastoral, nos resistimos con uñas y dientes cuando lo que se nos pide es ofrecerla del modo más habitual, que no es otro que aquel que marca la naturaleza. Lo normal es que nos resulte mucho más fácil hacer que dejar hacer, decidir que consentir con aquello que nos viene dado. Se requiere mucha sabiduría humana y creyente para vivir la ancianidad desde la confianza de estar en las Buenas Manos de Dios, desde la esperanza de saber que la muerte no tiene la última palabra y desde el amor que da sentido al sufrimiento y lo convierte en fructuoso. Ojalá esta sea la experiencia de quienes aún no estamos en ese momento vital y ahora solo lo oteamos desde la distancia.

En cambio, esta mentalidad en la que estamos insertos es todo lo contrario a lo que rezuman los textos bíblicos. El contexto cultural donde nace la experiencia creyente de Israel y la Escritura valora a las personas mayores del mismo modo que aún hoy se hace en otras coordenadas geográficas⁴². Para el mundo de la Biblia la ancianidad es sinónimo de sabiduría. Sirvan de ejemplo estas afirmaciones: “¿No es cosa de ancianos la sabiduría, la perspicacia asunto de viejos?” (Job 12,12). “Las canas son corona de gloria que se obtiene en el camino de la justicia” (Prov 16,31).

Tal y como evidencian estos versículos, los años se perciben como el camino que hay que recorrer para alcanzar la sabiduría. En la Escritura la sabiduría no se corresponde con la adquisición de conocimientos, sino que es el arte de saborear la existencia, de acertar con lo esencial y dirigirse según el sueño que Dios tiene para cada uno. Las

⁴¹ Con el término “subcultura” me refiero a una cultura minoritaria, no inferior. Llamamos cultura a “aquella parte o dimensión de la experiencia acumulada de un grupo humano que se origina en su interacción creativa con el entorno vital y es compartida por todos sus miembros”. Se trata de la definición de Berger y Luckmann citada y considerada por Esher Miquel en, E. Miquel Pericás, *Jesús y los espíritus. Aproximación antropológica a la práctica exorcista de Jesús* (BEBm 13), Ediciones Sígueme, Salamanca 2009, 29-33.

⁴² Entre comunidades de África o Asia, la valoración social que tienen los ancianos es muy semejante a la que se descubre en la Biblia.

canas y arrugas no son, por tanto, algo a esconder o evitar, sino la prueba más evidente de que se ha hecho experiencia tanto de la vida como de Dios en ella.

Detrás de esta percepción de la ancianidad se esconde la certeza de que conocer los entresijos de la realidad y saborear Quién es ese Dios que nos salva y nos convierte en su propiedad personal es cuestión de tiempo. No se niega la posibilidad divina de saltarse los procesos y los ritmos naturales, pues Él puede mostrar su infinita sabiduría a cualquiera, pero la vivencia creyente de Israel es que el Señor suele respetar hasta el extremo los tiempos humanos. La experiencia adquirida a lo largo de los años suele ser lo que va enseñando al ser humano Quién es Él y quiénes somos nosotros respecto a Él.

Desde estas claves culturales y religiosas, ser joven en la Biblia es carecer de la autoridad moral que otorgan los años. Por eso, cuando no se tiene la edad suficiente para ser reconocido socialmente como alguien con una palabra válida y autorizada, se requiere justificar la osadía de hablar en público. Para ello se afirma que está sostenida sobre una peculiar acción de Dios que capacita para ello. Así lo hace Elihu en el libro de Job:

“Soy un hombre joven, vosotros, ancianos; por eso evité, intimidado, deciros todo lo que sé. Pensaba: “Que hable la edad, que enseñen sabiduría los ancianos”. Pero hay un espíritu en el hombre, el sopro de Shaddai, que lo hace inteligente” (Job 32,6b-8).

Lo mismo sucede con Jeremías en su vocación. Los relatos vocacionales, más que testimonios creyentes por parte de los profetas, son, en realidad, el recurso con el que se pretende legitimar el actuar profético frente a los demás⁴³. La pega principal que Jeremías alega en contra de aceptar la llamada divina resulta ser precisamente su juventud.

“Yo respondí: “¡Ah, Señor YHWH! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho”. Pero YHWH me dijo: “No digas que eres un muchacho, pues irás donde yo te envíe y dirás todo lo que te mande” (Jr 1,6-7).

Jeremías recurre a la condición de *muchacho* para justificar su incapacidad para llevar adelante la misión profética. El término hebreo remite no solo a la corta edad, sino también a la dependencia de alguien y a la falta de autoridad propia⁴⁴. Esto explica que la réplica de YHWH apunte a que será Él quien le envíe para ir y decir su Palabra. Es el Señor el que le concede el peso social del que está privado por edad. De este modo se expresa una verdad esencial del profetismo: lo que otorga autoridad al profeta ante el pueblo es el hecho de que sus palabras no sean tuyas sino de Dios (cf. Dt 18,18-20)⁴⁵. Una vez más se confirma así que es una especial asistencia del

⁴³ Según parece el origen de los relatos vocacionales se encuentra en contextos conflictivos. Cf. P. Bovati, *“Così parla il Signore”*. *Studi sul profetismo biblico*, Edizioni Dehoniane Bologna, Bologna 2008, 81-83.

⁴⁴ Para esta referencia a la juventud de Jeremías, P. Bovati, o.c., 60-62. Sobre el término hebreo, H.F. Fush, “r[n]”, en G.J. Botterweck - H. Ringgren - H.J. Fabry (ed.), *Theologisches Wörterbuch zum Alten Testament*, vol. V, Kohlhammer, Stuttgart 1986, 507-518.

⁴⁵ Sobre la relevancia de esta legislación deuteronomica para comprender el profetismo de Israel, F.

Señor lo que justifica que alguien de poca edad pueda dirigir una palabra autorizada al pueblo.

La ancianidad en la Biblia es motivo de respeto porque se supone una palabra de peso existencial. Aunque en la práctica sepamos que no siempre la vejez y la sabiduría caminan de la mano, lo más normal es que, junto a la experiencia que otorgan los años, se vaya adquiriendo también una mirada más honda a la existencia. Paradójicamente, en la Vida Consagrada mientras, por un lado, se nos contagia el empeño de nuestra sociedad por no traspasar nunca la barrera de la tercera edad, por otro resulta difícil que se reconozca una palabra autorizada a sus miembros más jóvenes. En estas instituciones, junto al empeño por demorar la jubilación al máximo también se dificulta el paso a las nuevas generaciones para asumir ciertas responsabilidades.

Todo esto sucede mientras, por motivos sociológicos, quienes se encuentran en la etapa de formación inicial en las Congregaciones tienen más edad de la que se tenía hace unas décadas al ingresar en la Vida consagrada. No es extraño que se produzca cierto “cortocircuito” interior entre la experiencia de autonomía y de “mayoría de edad” que se ha vivido antes de incorporarse en un Instituto y el modo en que se viven comunitariamente como “menores de edad”. Quizá en demasiadas ocasiones nos tenemos que decir dentro de esta vocación las mismas palabras con las que el Papa Francisco clausuraba la última Jornada Mundial de la Juventud. Hemos de decirnos a modo de paráfrasis: “Vosotros, religiosos y religiosas de votos temporales, no sois el futuro, sois el ahora de Dios de nuestras Congregaciones”.

Algunos personajes que el Nuevo Testamento (NT) califica como *jóvenes* pueden iluminar este momento vital al que se ven abocados quienes, encontrándose en etapas de formación inicial, viven como “jóvenes” en nuestros Institutos sin que necesariamente esa juventud corresponda a su edad cronológica.

1.2. Rastreado la juventud en el Nuevo Testamento: νεανίσκος – παιδάριον

En nuestro imaginario colectivo hay una serie de personajes bíblicos que consideramos jóvenes de manera casi natural. Es lo que nos sucede con frecuencia ante Juan, Samuel o la misma María. Pero estos, ni son descritos siempre de modo explícito como jóvenes, ni los testimonios bíblicos se restringen a ese momento de sus vidas. Aunque Samuel es llamado cuando es joven y “aún no conocía a YHWH” (cf. 1Sam 3,7), la Escritura nos seguirá hablando de él en otros momentos de su existencia. Sirva este ejemplo para explicar el motivo por el que hemos preferido rastrear términos griegos que explicitan la juventud y quedarnos con aquellos actores bíblicos que solo se hacen presentes en esta etapa vital.

García López, “Un profeta como Moisés. Estudio crítico de Dt 18,9-22”, en N. Fernández Marcos – J. Trebolle Barrena – J. Fernández Vallina (ed.), *Simposio Bíblico Español (Salamanca 1982)*, Universidad Complutense, Madrid 1984, 289-308; P. Bovati, o.c., 17-35.

Nuestra opción a la hora de determinar qué iconos bíblicos vamos a presentar en este artículo ha sido indagar a quiénes se les aplican ciertos términos griegos que aluden a la juventud de manera explícita en el NT. Algunos de los sustantivos con los que se denomina a las personas con menos edad son παιδίον, κοράσιον ο παρθένος. Con todo, nos hemos decantado por prestar atención a dos sustantivos que, aunque siempre aparecen en masculino, apuntan a unos personajes que nos pueden servir como iconos evangélicos para hablar de la juventud en esta vocación cristiana específica: νεανίσκος γ παιδάριον.

El primer vocablo, νεανίσκος, aparece en una ocasión en Mateo y en Lucas y dos en Marcos, mientras que παιδάριον solo se utiliza en Juan en todo el NT. Así, seguir la ruta que nos ofrecen estos dos sustantivos griegos nos permite, además, hacer una cata en cada uno de los evangelios para saborear las invitaciones que cada uno de ellos nos ofrece. Estos pasajes nos permitirán ilustrar la condición de “jóvenes”, por momento formativo y no tanto por edad, en los Institutos de Vida Consagrada.

2. “¿Qué más me falta?” (Mt 19,20): Buscando lo importante

En los tres sinópticos se nos presenta a este personaje cuestionándole a Jesús por aquello que le falta. Con todo, y a pesar de que le denominemos siempre “el joven rico”, solo Mateo lo califica así. Ni Marcos ni Lucas hacen ninguna referencia a su juventud.

“En esto se le acercó uno y le dijo: “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir vida eterna?” Él le dijo: “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” “¿Cuáles?” – le dice él. Y Jesús dijo: “No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Le dice el joven (νεανίσκος): “Todo esto lo he guardado; ¿qué más me falta?” Jesús le dijo: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme”. Al oír estas palabras, el joven (νεανίσκος) se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes” (Mt 19,16-22).

Como vemos, en dos ocasiones el evangelista habla del protagonista como joven (νεανίσκος). El pasaje es conocido, pero no siempre resaltamos lo más relevante e iluminador para los jóvenes consagrados.

2.1. Una actitud básica: en búsqueda

Lo más normal es que nos quedemos con el final de la historia, con la reacción del joven ante la propuesta de Jesús. En realidad, esto muestra la habitual tendencia a que cualquier aspecto negativo de una persona sea capaz de oscurecer todas o muchas de sus virtudes. Aunque estas sean muchas y brillantes, un vicio o un pecado hacen que volquemos sobre todas ellas un halo de sombra. No es raro que seamos

nosotros mismos lo peores jueces sobre nuestras propias causas, lo que explica que recordemos con mucha más vehemencia un error que decenas de aciertos o una decisión fallida frente a otras muchas acertadas. Esta predisposición se convierte también en el prisma desde el que recordamos a este personaje anónimo, al que hemos convertido en el paradigma de la negativa a la voluntad divina.

Con todo, igual conviene reivindicar a este joven. Su respuesta al final del relato no debería ocultar una actitud existencial importante de la que hace alarde en el texto bíblico y que se convierte en motor que le impulsa. Estamos ante alguien con inquietud, que vive en actitud de búsqueda, que no se queda conforme con lo que tiene, sino que ansía más. Él rompe las barreras sociales y se lanza a preguntar al Maestro. Una persona inquieta que no se queda satisfecha con lo alcanzado, lo sabido ni lo que ha vivido hasta entonces.

Sabemos el motivo de su negativa a la invitación de Jesús. El peso de sus bienes se convierte en asfixiante y le incapacita para caminar con agilidad tras las huellas del Galileo. Pero, del mismo modo, también conocemos cómo se aleja de ahí. Su marcha está teñida por la tristeza. A veces no se es tan consciente como este personaje de las ataduras que incapacitan para avanzar. Nombrar con honestidad los “pesos” que no permiten caminar es un gesto de autenticidad que capacita a quien lo hace para dar los siguientes pasos. Liberarse de lo que asfixia vitalmente solo es posible cuando se tiene ubicado.

No solo quienes se encuentran en formación inicial en la Vida Consagrada, sino todos sus miembros podemos aprender de este joven anónimo a reconocer todo aquello que nos ata “por dentro”. Se trata de ataduras internas porque, por muy negativas y difíciles que sean las circunstancias en las que nos veamos imbuidos, aquello que realmente nos limita es nuestro modo de situarnos ante ellas. Resulta fundamental evitar tirar “balones fuera”, buscando culpables que nos declaren inocentes a nosotros, y nombrar las heridas personales en las que meten el dedo bien la situación o bien quienes nos rodean. Esta es tarea siempre pendiente para todos, pero se convierte en urgente para quienes dan sus primeros pasos en esta vocación.

Este joven nos impulsa a buscar, a mantener siempre viva la inquietud y el deseo de ser más fiel a la llamada, de preguntar y de acoger respuestas, aunque estas nos descoloquen, nos inquieten o nos rompan los propios esquemas. Tal actitud tendría que ser cuidada, alentada y mantenida por quienes comienzan su andadura en la Vida Consagrada, pero constituye un reto permanente para cualquiera que intente seguir a Jesús.

Constatar las propias ataduras, que mantienen las alas plegadas e incapacitan para alzar el vuelo, y no dar un sí a la primera como hace este personaje bíblico ¿es suficiente para acallar el potencial que supone una actitud de búsqueda como la suya? Creemos que no, por eso nos aventuramos a imaginar un final distinto para este joven.

2.2. ¿Y si imaginamos un final abierto?

Solemos dar por zanjada la historia del joven rico, como si ese “no” a la propuesta de Jesús hubiera concluido de modo definitivo su relación con el Maestro. En el relato evangélico no se vuelve a hacer referencia a él, pero esto no implica necesariamente que su vida quedara determinada por ese miedo que le paralizó una vez y le impidió lanzarse a acoger la invitación del Galileo.

Fue el filósofo Ortega y Gasset quién afirmó que el ser humano es siempre un gerundio y nunca un participio⁴⁶. Somos proceso. Nunca estamos acabados del todo, sino en camino. Ni siquiera las negativas a las llamadas de Dios castran nuestra capacidad de crecimiento, pues no nos definen ni nos terminan. Los “noes” que damos al Señor no le impiden que Él siga soñando nuestra existencia de modos siempre nuevos. Es lo que expresará a través del profeta Jeremías:

“El cacharro que estaba haciendo se estropeó como barro en manos del alfarero, y este volvió a empezar, transformándolo en otro cacharro diferente, como mejor le pareció al alfarero. Entonces me dirigió YHWH la palabra en estos términos: “¿No puedo hacer yo con vosotros, Casa de Israel, lo mismo que este alfarero? –oráculo de YHWH-. Lo mismo que el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, Casa de Israel” (Jr 18,4-6).

Nuestra libertad es muy capaz de obstaculizar el paso de Dios por nuestra existencia. Del mismo modo que el alfarero va adaptando su proyecto a las posibilidades que la materia prima le ofrece, también el Señor abre una ventana cuando nosotros le cerramos la puerta.

La actitud de búsqueda que muestra el joven de este pasaje nos hace sospechar que no se quedaría tranquilo con su negativa y la tristeza que supuso. La inquietud que el mismo Dios introduce en nuestro corazón no se aplaca con facilidad, sino que nos pone siempre en movimiento, incluso cuando este impulso nos dirige hacia lo incierto, lo que nos incomoda o rompe con nuestras expectativas. Por eso, quizá no sea demasiada “ciencia ficción bíblica” pensar que el mismo Jesús le estuviera dedicando una parábola también en el evangelio de Mateo:

“Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Llegándose al primero, le dijo: “Hijo, vete hoy a trabajar en la viña”. Y él respondió: “No quiero”, pero después se arrepintió y fue. Llegándose al segundo, le dijo lo mismo. Y él respondió: “Voy, Señor”, y no fue” (Mt 21,28-30).

Podemos permitirnos soñar que, como el hijo de la parábola, también el joven rico reaccionó tras volver a su casa entristecido. El “no quiero” primero, que brotó del peso de sus riquezas, pudo transformarse en un “voy Señor” posterior. La actitud de búsqueda es capaz de crear estos milagros. Con todo, no podemos apoyarnos solo en

⁴⁶ “Esto muestra que el modo de ser de la vida ni siquiera como simple existencia es *ser ya*, puesto que lo único que nos es dado y que *hay* cuando hay vida humana es tener que hacérsela, cada cual la suya. La vida es un gerundio y no un participio: un *faciendum* y no un *factum*. La vida es quehacer. La vida, en efecto, da mucho que hacer”. J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, vol. VI, Revista de Occidente, Madrid 1964, 32-33.

nosotros mismos y en ese “motor interno” que es la inquietud del corazón. Necesitamos de personas que, con honestidad, nos confronten y nos ayuden a mantenernos en esa tensión de querer ser cada vez más fieles a nosotros mismos y a lo que Dios sueña para nuestra existencia.

Quien suscribe está profundamente convencida de que no podemos seguir a Jesús sin la ayuda de un buen acompañamiento. Durante el noviciado este aspecto está mucho más cuidado y se convierte en un elemento fundamental de esta etapa de formación que la Institución propone, cuida y protege. No siempre sucede lo mismo tras los primeros votos. En el juniorado lo normal es que exista un o una responsable que la Congregación nombra, pero que no suele tener capacidad material para acompañar el proceso humano y creyente de todas las personas que se encuentran en ese momento formativo. Esto supone que, en la mayoría de los casos, la búsqueda de alguien que acompañe la propia existencia suele depender directamente de la persona afectada y, puesto que esta tarea resulta más complicada de lo que cabría suponer, no es difícil que se claudique y se abandonen a la idea, tentadora pero mentirosa, de que “ya no hace falta”.

Paradójicamente, en la Vida Consagrada se habla mucho del acompañamiento en la misión. Nos sentimos impulsados y urgidos a caminar junto a quienes se pone a nuestro cargo. Pero, por desgracia, no siempre tenemos tan claro que nadie puede emprender esta tarea con otras personas si no está siendo acompañado. Tomarnos en serio la propia vida y buscar quién puede confrontarnos en nuestro camino creyente es una responsabilidad de la que nadie está exento y que, a su vez, se convierte en urgente cuando se trata de los primeros años en esta vocación cristiana.

El joven rico nos anima a alentar la actitud de búsqueda, a no dar por perdido ninguna de nuestras negativas y a confrontarnos con alguien que nos ayude. Veamos a qué nos invita uno de los jóvenes que aparece en el cuarto evangelio.

3. “¿Qué es esto para tantos?” (Jn 6,9): Encontrando el propio lugar en la misión

La multiplicación de los panes es un pasaje que aparece en los cuatro evangelios. Marcos incluso ofrece dos versiones de este milagro (Mc 6,30-44; 8,1-10). Con todo, Juan es el único que presenta este signo mediado por un joven. De hecho, es la única vez en todo el NT que se utiliza el término griego παιδάριον. El texto dice así:

“Le dice uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: “Aquí hay un muchacho (παιδάριον) que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?” Dijo Jesús: “Haced que se recueste la gente”. Había en el lugar mucha hierba. Se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron” (Jn 6,8-11).

Veamos qué es lo que este personaje nos puede proponer.

3.1. En el anonimato de la muchedumbre y la necesidad...

Tras las decisiones formativas que toma una institución se hace patente cómo se percibe la propia vocación. En la Vida Consagrada masculina, especialmente la clerical, los primeros años de formación de sus miembros están determinados por los estudios teológicos. A ellos se dedica la mayoría del tiempo y de los esfuerzos. Esto no es, por desgracia, lo más habitual en el caso de los Institutos femeninos. Lo normal es que, después del noviciado, las junioras se vean abocadas a combinar sus estudios con el trabajo en las propias obras y diversas actividades pastorales. No pretendemos en este artículo cuestionar esta práctica, pero sí animarnos a explicitar qué valores y prioridades vocacionales se evidencian en este dato.

Así, uno de los primeros retos, que la mayoría de las religiosas de votos temporales han de abordar al salir del noviciado, es combinar de manera medianamente armónica el conjunto de actividades de las que se les responsabiliza y, además, proteger los tiempos necesarios para seguir arraigándose en el Único que da sentido a esta vocación. En medio de esta situación, no es extraño que suceda como al joven de este pasaje joánico, que se encuentra aturdido entre las necesidades desbordantes de una muchedumbre hambrienta y las fuerzas limitadas de quien tiene poco que ofrecer. Cierta “síndrome del superhéroe”, que provoca sentirse responsable directo de salvar a todo aquel que está cerca, se puede aliar con la constante tentación del activismo que tanto ronda a la Vida Consagrada. Esta mezcla explosiva convierte en muy difícil asumir que solo se cuenta con cinco panes y dos peces.

Poco a poco se va haciendo experiencia de que nuestro ámbito de influencia es mucho más reducido de lo que cabía pensar y, sobre todo, de lo que se desea. Aunque desde un punto de vista teórico se tenga sabido y dominado, no es fácil aceptar que no podemos transformar la realidad, que nuestra acción es muy limitada y que no podemos cambiar a los demás. Con el tiempo, tropezando con la realidad y su dureza, antes o después nos encontraremos con algún fracaso pastoral que será necesario acoger.

En la misión, no solo se hace necesario encajar los envites de la realidad y refrenar la megalomanía del deseo, sino también aprender a integrarse en unas acciones que ya están en marcha. Durante los primeros años de consagración, los juniors se incorporan en unas prácticas pastorales que no son “suyas”, pues resultan heredadas y ya están organizadas. Así, no siempre coinciden las formas ni los criterios que han de asumir a la hora de llevar adelante la tarea evangelizadora con los que ellos elegirían.

A esto se le puede añadir que la inercia tiende a acallar cualquier voz que se alce para cuestionar el modo, los destinatarios o las acciones pastorales en las que participan y que se llevan tiempo impulsando desde la institución. No es difícil que, ante cualquier propuesta o duda de los miembros más jóvenes de las Congregaciones, estos escuchen preguntas como la que recibió el joven del evangelio y se cuestione aquello que se está dispuesto a ofrecer: “¿Qué es eso para tantos?”, o mejor: “¿crees que eso no está ya pensado? ¿No te das cuenta que esto siempre se ha hecho así?”.

En el tema de la misión se abren varios retos durante las primeras andaduras de Vida Consagrada. El joven de este texto evangélico anima a atreverse, a hacer lo que esté en nuestra mano aun corriendo el riesgo de fracasar. Es posible que realmente los panes y los peces que se tienen en nuestro poder no sirvan para alimentar a tantos. No es difícil que las voces que interrogan tengan razón y que nuestras capacidades resulten insuficientes para dar respuesta a tanta necesidad, pero es lo único que se puede ofrecer por nuestra parte. Aceptar con paz la realidad, con sus límites y sus ambigüedades, no implica limitar nuestro vuelo. Al revés, cuando se acoge nuestra verdad y ponemos en juego cuanto somos y tenemos en favor del Reino, Jesús puede hacer su milagro.

3.2. ...poner lo propio en manos de Jesús

Encontrar el lugar propio dentro de la pastoral institucional no es algo que resulte automático ni sencillo. No basta con llevar adelante con solvencia la tarea que se pide desde la Congregación. Es necesario descubrir cuál es el ámbito en el que se puede desenvolver nuestra mejor versión dentro de los amplios márgenes que determina el carácter del Instituto. Entre estos límites que marcan la misión y el carisma, existe un espacio suficiente de movimiento en el que cada miembro ha de situarse. Además de estas fronteras que ofrece la institución, la búsqueda de este espacio propio encuadra también entre las necesidades externas y las expectativas personales, entre nuestros deseos y la cruda realidad. Esto supone, en realidad, el complicado aprendizaje existencial de algo que tenemos muy claro a nivel teórico: Lo importante en la pastoral no consiste en hacer, sino en darse.

Aún a riesgo de que parezca una perogrullada, nadie puede dar nada que no se haya tenido previamente. Para darse y entregar la vida, es necesario haberla tomado primero entre las manos. Sin esta condición previa es fácil que, de modo inconsciente y con muy buena intención, nuestras acciones pastorales no sean una búsqueda del bien del otro sino de nosotros mismos. Vivir volcados hacia fuera en la actividad resulta muy tentador y muy plausible de cara a la galería, pues en nuestros contextos se valora mucho el trabajo y el esfuerzo en pro de la misión. Si no nos hacemos muy conscientes de lo que cada uno vive por dentro, resulta sencillo que pretendamos sin saberlo rellenar los huecos de nuestro interior. En nombre del Reino podemos estar mendigando cosas que poco tienen que ver con el amor desinteresado, como recibir valoración, sentirse útiles, justificar la opción vital, creerse necesarios...

La decisión de convertirnos en protagonistas de nuestra existencia y abandonar los papeles secundarios tampoco es algo que nos brote de manera espontánea. Requiere determinación, autenticidad y el esfuerzo por hacerse responsables de cuanto nos acontece, pero es la condición de posibilidad para poder entregar nuestra verdad. Aunque a veces podría parecerlo, los consagrados en misión no somos ni funcionarios, ni "empresas", ni meros trabajadores de una ONG. Somos llamados a amar y no a "hacer cosas". Por eso se hace necesario tener bien plantadas las raíces de nuestra existencia en Aquel que nos sostiene y nos nutre por dentro, de manera que no necesitemos hambrear afectos a través de nuestra actividad.

Ya sabemos que Juan prescinde de la narración de la institución de la eucaristía porque esta queda sustituida por el lavatorio, que recoge el sentido profundo del gesto que el Galileo realizará con sus amigos en la última cena. Junto a esta diferencia con respecto a los sinópticos, también introduce un largo discurso del Pan de Vida en el capítulo sexto que comienza, precisamente, con este pasaje de la multiplicación de los panes. El gesto de este joven se convierte en la condición de posibilidad para que la multitud se alimente de un modo más profundo del que parece a simple vista.

Vamos viviendo la misión como somos invitados en la medida en que aprendemos a poner lo que tenemos y somos en manos de Jesús, para lo que primero tenemos que habernos hecho “dueños” de nuestra existencia. Entonces, cuando ofrecemos nuestra verdad y le dejamos al Señor que la tome entre sus manos, Él lo multiplica y nos convierte en eucaristía para otros, tal y como propone el cuarto evangelista.

Solo encontraremos nuestro sitio en la misión en la medida en que Jesús se convierta en el protagonista indiscutible de ella. Nuestra tarea no es otra que convertirnos en mediación de la vida que Él ofrece a quienes nos rodean. Como el joven de este pasaje, que ofrece cuanto tiene y después se pone en un segundo plano, hemos de buscar dar paso y evitar suplantar al Único capaz de nutrir desde dentro a todo ser humano de un modo que desborda con mucho nuestras capacidades y destrezas.

Si esta es la propuesta del joven de Juan, veamos a qué nos invitan los personajes del segundo evangelio.

4. “Dejando el lienzo, se escapó desnudo” (Mc 14,52): Reaprendiendo el seguimiento

Marcos recurre en dos ocasiones al término *νεανίσκος*, y lo hace en dos pasajes que tienen relaciones terminológicas. El motivo que justifica la vinculación entre el misterioso joven que huye desnudo en Getsemaní (Mc 14,50-52) y aquel que aparece sentado en el sepulcro vacío (Mc 16,5-7) es la repetición del término *joven* (*νεανίσκος*) y del verbo *llevar alrededor* (*περιβάλλω*) con el que se describe su modo de estar vestido⁴⁷. Marcos emplea estos dos términos solo en ambos textos. La palabra *lienzo* (*σινδών*), que define la vestimenta de aquel personaje anónimo que huye desnudo en Getsemaní, este evangelista la utiliza en dos ocasiones más para referirse a la sábana con la que Jesús será enterrado (cf. Mc 15,46). Este peculiar uso del vocabulario nos impulsa a conectar los dos pasajes.

⁴⁷ A pesar de las similitudes, el modo en que se describen las ropas de ambos es distinto. Si el joven de Getsemaní lleva un *lienzo* (*σινδών*), el del sepulcro vacío está vestido con una *túnica* (*στολή*).

4.1. Cuando la realidad nos “desnuda” y asusta...

No hay nada como unos versículos desconcertantes para despertar la curiosidad entre los biblistas. Esto es lo que sucede con la mención a un joven en Getsemaní.

“Y abandonándole huyeron todos. Un joven (νεανίσκος) le seguía cubierto (περιβάλλω) solo de un lienzo (σινδών); y le detienen. Pero él, dejando el lienzo (σινδών), se escapó desnudo” (Mc 14,50-52)⁴⁸.

Este personaje misterioso que se escapa desnudo ha dado pie a muchas teorías a lo largo de los siglos, desde considerar que se trata del evangelista que se describe a sí mismo, hasta quienes plantean que es el modo en que Marcos anticipa la resurrección de Jesús, presentando al Galileo como alguien que se escabulle de las garras de la muerte. Con todo, lo más probable es que nos encontremos ante la representación gráfica de la huida masiva de los compañeros del Maestro, tal y como se afirma justo antes de referirse al joven⁴⁹.

Este abandono masivo que se produce en Getsemaní es, en realidad, la culminación de un proceso que viven los discípulos a lo largo del evangelio según Marcos. Este evangelista no idealiza en absoluto la relación que el Galileo establece con sus seguidores. Estos van a pasar del ideal y la ilusión, que caracterizan la actividad de Jesús en Galilea (Mc 6,30-44), a un no entenderle que va creciendo y agravándose a medida que se acercan a Jerusalén (Mc 6,51-52; 7,17-18; 8,16-21; 10,32). Cuando en esta ciudad el cerco se cierra en torno al Maestro, aquellos que habían caminado junto a Él desde los orígenes acaban traicionándole, negándole y huyendo hasta dejarle solo (Mc 14,10-11; 50.66-72).

Nos encontramos, en realidad, con algo que narra de manera espléndida una escena de la película francesa “Las inocentes”⁵⁰. Su trama gira en torno al nutrido número de embarazos que se concentran entre las monjas de un convento polaco, causados por las violaciones que sufrieron por parte del ejército soviético tras la segunda guerra mundial. Ante esta situación dramática, el filme presenta las reacciones y

⁴⁸ Para estos versículos, además de los comentarios más generales sobre Marcos, H. Fleddermann, “The Flight of a Naked Young Man (Mark 14: 51-52)”: *The Catholic Biblical Quarterly* 41 (1979) 412-418; H.M. Jackson, “Why the Youth Shed his Cloak and Flew Naked: The Meaning and Purpose of Mark 14:51-52”: *Journal of Biblical Literature* 116 (1997) 273-289; A.E. Gardner, “Imperfect and Faithful Followers: The Young Man at Gethsemane and the Young Man at the Tomb in the Gospel of Mark”: *Encounter* 71 (2010) 33-43.

⁴⁹ Esta es la opinión, por ejemplo de, J. Gnllka, *El Evangelio según San Marcos. Mc 8, 27-16, 20* (BEB 56), vol. II, Ediciones Sígueme, Salamanca 1986, 318-320; R.E. Brown, *La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el Sepulcro. Comentario a los relatos de la pasión de los cuatro evangelios*, vol. I, Verbo Divino, Estella 2005, 371-382; J. Marcus, *El evangelio según Marcos (Mc 8-16)* (BEB 131), vol. II, Ediciones Sígueme, Salamanca 2011, 1150-1152. Lo excepcional es la postura de Mateos y Camacho, que defienden la necesidad de interpretar de manera simbólica la mención del joven que huye desnudo. Cf. J. Mateos - F. Camacho, *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético*, vol. III, Ediciones El Almendro, Córdoba 2008, 563-568.

⁵⁰ “Les innocentes” (Francia 2016). Dirigida por Anne Fontaine, nominada a cuatro premios César y premiada como mejor película en el Festival Internacional de Valladolid y Jerusalem Film Festival.

luchas internas de las víctimas, ofreciéndonos diferentes miradas hacia la pregunta que despierta siempre el sufrimiento del inocente.

Entre los enjundiosos diálogos que entablan dos de sus protagonistas, se encuentra uno que ilustra, de algún modo, lo que le sucede al joven de Getsemaní. La médico atea que les ayudaba con los partos le expresa asombrada a una de las monjas que, a pesar de todo, ninguna de las Hermanas había perdido la fe. Ella le responde que la fe, al principio, es como un niño que va de la mano de su padre y se siente seguro, pero siempre llega un momento, tarde o temprano, en el que te suelta la mano. Le dice que, en esa situación, te sientes perdido y solo, que siempre sorprende por mucho que se sepa y que golpea el corazón. Ante el asombro de la doctora, afirma que esa es su cruz, aquella que está detrás de todo gozo.

Cuando intentamos caminar tras las huellas de Jesús, hay que vivir ese sentirnos sin lugar al que agarrarnos para crecer en la fe. Al principio, también en los primeros años de Vida Consagrada, parece que todo está muy claro. La ilusión del ideal da alas a los pies, como sucedía con los discípulos en Galilea. Es fácil sentirse guiados y “de la mano” del Señor. Pero, antes o después, nos suelta sin que nunca se esté preparado para ello. La realidad, propia y ajena, cuestiona los ideales y aquellos grandes focos que daban luz a toda nuestra senda. Estos se convierten en el frágil destello de una pequeña llama, capaz solo de iluminar el paso siguiente. Las seguridades se reducen a débiles certezas y nos vemos abocados a aprender que la confianza se forja en medio de la oscuridad. Del mismo modo que un niño pequeño tiene que soltarse para avanzar por su propio pie, hemos de acoger que Dios “nos suelte” para avanzar como adultos en la fe.

Saborear y mascar la realidad en toda su crudeza, también con esas miserias que contiene y que habían quedado escondidas bajo los fuegos artificiales de los ideales, nos deja “desnudos”, vulnerables y llenos de miedo, como esos discípulos que estaban junto a Jesús en Getsemaní y le abandonaron, como aquel joven que sale corriendo. Ahondar en la verdad que nosotros mismos somos, en la ambigüedad de la existencia, de nuestras instituciones o de nuestra vocación, pone en jaque aquellos sueños que tuvieron un papel relevante en la juventud, oscurece las luces que el Señor nos regaló en otros momento, nos sentimos si lugar al que asirnos y estamos tentados de huir desnudos como el misterioso joven de Marcos. Pero ¿está el discipulado abocado al fracaso? ¿Se puede

vivir de otro modo este choque con la cruda realidad? El segundo y último texto en el que Marcos utiliza el término νεανίσκος nos abre a la esperanza y nos ofrece la clave para responder a estas preguntas.

4.2. ...hasta que encontramos al Resucitado en nuestras Galileas

La segunda ocasión en la que el segundo evangelio recurre al sustantivo griego joven (νεανίσκος) nos sitúa en contexto de resurrección. El pasaje dice así:

“Y entrando en el sepulcro vieron a un joven (νεανίσκος) sentado en el lado derecho, vestido (περιβάλλω) con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dice: “No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Ved el lugar donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo” (Mc 16,5-7).

El seguimiento a Jesús, como sucede con los discípulos que dibuja Marcos, tiene que resituarse y aprender que caminar tras sus huellas no es fruto del propio empeño y voluntad. Si se pretende seguir al Maestro “por puños”, estamos abocados al fracaso. Solo Dios y su Gracia nos capacitan para mantener la mirada en el horizonte de los ideales, pero con los pies bien plantados en la tierra de la cruda realidad. Solo después de la experiencia de la Resurrección se puede iniciar el camino desde Galilea tras el Señor de un modo totalmente nuevo. El encuentro con el Resucitado, que se escapa de nuestras lógicas y cálculos, permite saborear la vida nueva que brota de las situaciones de cruz y confiar en Aquel cuyo amor es más fuerte que la muerte.

Si para este evangelista era un joven la encarnación del pavor en Getsemaní, ahora es otro que, revestido con una túnica del color simbólico de la vida, anima a otros a no tener miedo. Las mujeres, que van al sepulcro la mañana del domingo en busca de un cadáver, se encuentran con alguien que les incita a no temer. La mentalidad bíblica no concibe la increencia. Para ella lo contrario a la fe no es otra cosa que dejarse llevar por el miedo, porque confiar que nuestra existencia está en las Buenas Manos de Dios resulta contradictorio con darle al temor el espacio suficiente como para que condicione nuestras decisiones. La exhortación de este personaje a no temer es, por tanto, la invitación a confiar más allá de la ambigüedad de la realidad. Tras el oscuro dato de un sepulcro vacío se encuentra el signo de la resurrección para quien mira desde la fe.

Las palabras del joven marcano apuntan hacia Galilea para ver al Resucitado. Ese es el lugar donde se había iniciado la aventura del seguimiento, pero es también el espacio de la vida ordinaria. Ahí habían sido llamados los discípulos mientras estaban embarrados en las tareas cotidianas, y ahí han de regresar quienes quieran reconocer al Señor caminando a su lado “todos los días de nuestra vida” (Mt 28,20).

Cuando el horizonte se oscurece y no se tienen las cosas claras es el momento propicio para acoger el regalo de seguir a Jesús desde la impotencia y la vulnerabilidad. Es en la debilidad cuando se aprende a crecer en confianza y nos disponemos por dentro a recibir el don de encontrarnos con Él de un modo nuevo: Resucitado y caminando junto a nosotros en nuestras “Galileas” cotidianas. Entonces podremos, como el joven de este texto, alentar a los hermanos a que no se dejen llevar por el miedo y emprendan el mismo viaje a Galilea, de modo que lo busquen en medio de esa misma ambigua realidad que pudo habernos hecho “huir desnudos”.

Volvamos ahora la mirada al último de los evangelios canónicos. Lucas también nos habla de un joven, pero, esta vez, difunto.

5. “Joven, a ti te digo: ¡Levántate!” (Lc 7,14): Con el empeño de vivir en pie

El tercer evangelista emplea el sustantivo *joven* (νεανίσκος) en una única ocasión. Se trata de un relato situado en la ciudad de Naín.

“Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; la acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla, el Señor tuvo compasión (σπλαγχνίζομαι) de ella y le dijo: “No llores”. Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: “Joven (νεανίσκος), a ti te digo: ¡Levántate!” El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre” (Lc 7,12-15).

5.1. Muchos modos de estar muertos en vida...

Si la muerte de un joven resulta siempre dramática, lo es aún más cuando se trata del hijo único de una viuda. En la cultura patriarcal donde arraiga la Escritura, la mujer tenía identidad solo en función del varón al que “pertenecía”. Así, pasaban de depender del padre a hacerlo del marido y, en caso de viudez, del hijo mayor de edad. De estos varones dependía la manutención de las mujeres que estaban bajo su cargo, lo que explica que las viudas formaran parte de la tríada de personas vulnerables que YHWH protege de modo especial (Dt 10,17-18). Según la legislación veterotestamentaria los huérfanos, viudas y extranjeros son los grupos sociales con los que se ha de ser especialmente cuidadosos, pues carecen de protección familiar (Cf. Dt 24,19).

Desde estas claves culturales, la subsistencia de la viuda de Naín pendía exclusivamente del hijo con cuyo cortejo fúnebre tropieza Jesús. Los escasos jóvenes que entran en la Vida Consagrada se asemejan a este descendiente único de una viuda. Las Congregaciones no se caracterizan actualmente por ser “familias numerosas” y no es difícil que estas instituciones vuelquen sus expectativas de continuidad sobre estos miembros más jóvenes.

Alguien podría decir que hay una diferencia notable entre el joven que presenta Lucas y quienes se encuentran en los primeros años en esta vocación dentro de la Iglesia, por el simple hecho de que el primero está muerto. Pero quizá este dato no resulte tan determinante. Nadie está inmune de que se le pueda lanzar la misma denuncia que a la iglesia de Sardes en el Apocalipsis:

“Al ángel de la iglesia de Sardes escribe: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tu conducta; tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado tus obras llenas a los ojos de mi Dios” (Ap 3,1-2).

Tal y como se afirma en este texto, se puede tener apariencia de vida sin que sea así. En toda vocación, también en la Vida Consagrada, existen diversos modos de

permanecer en esta situación de “muertos en vida”: aplastados por las estructuras institucionales y su rigidez, malviviendo al hacerse un hueco vital que no descoloque mucho, escondidos detrás del rol que se representa y sin dejar que la propia verdad salga a la luz, huyendo de nosotros mismos y de Dios bajo la bandera de la misión, sobreviviendo sin cuestionarnos nada...

Somos llamados a desarrollarnos en plenitud como personas y cristianos. En creyente, la vocación específica es el modo concreto en que se logra esa “mejor versión” que Dios anhela para cada uno. A pesar de eso, no son pocos los que se repliegan y se conforman con sobrevivir. Vivir o solo aparentarlo no es una opción que ataña en exclusiva a la persona afectada, pues hay muchos que, como la madre del pasaje lucano, se lamentan por quienes arrastran la existencia y no se mantienen erguidos mirándola a los ojos. Como la viuda, hay otros que, quizá sin saberlo, resultan perjudicados por quienes no dejan que el Señor y su sueño les impulsen a mirar de frente y con pasión a la vida. Si creemos en la comunión de los santos y tenemos la certeza creyente de que nos sostenemos y beneficiamos de la santidad de unos y otros, también deberíamos intuir una especie de “comunión de mediocridad”. Por ella las formas mezquinas de vivenciar la vocación de cada uno afectarían a los demás.

Como la madre del texto de Lucas, también las Congregaciones pierden mucho cada vez que uno de sus miembros no camina erguido sino tirando de la vida y de la vocación. Su llanto se agudiza cuando son los consagrados más jóvenes quienes se sitúan así, y no porque sean “reemplazos”, sino porque son la savia que nutre por dentro los Institutos, el “ahora de Dios” de las instituciones. Es verdad que a veces hay mucho de lamento interesado de viuda que necesita de ese hijo para sobrevivir, pero es también el llanto que nace del amor incondicional de una madre que se interesa por que seamos mujeres y varones “hechos y derechos”, dignos y en pie.

Nunca es mal momento para tomarse el pulso y reconocer cuánta vida corre por nuestras venas o cuanta “muerte en vida” escondemos tras el arrastrar la existencia.

5.2. ...hasta que escuchamos la voz de Jesús

La reacción que le brota al Galileo ante la escena que dibuja Lucas es *tener compasión* (σπλαγχνίζομαι). Excepto en alguna parábola (Mt 18,27; Lc 10,33; 15,20), este verbo aparece en el NT teniendo como sujeto siempre a Jesús⁵¹. Tal y como evidencia el término griego del que deriva, la sede de la compasión y la misericordia se encuentra en las *entrañas* (σπλάγγνον). Estas se conmueven ante el dolor de los demás, lo que tiene ciertas connotaciones maternas. Así, al dolerse por la situación, el Maestro se perfila como “madre” de la viuda y de su difunto hijo⁵². Él, que no sueña en pie, no puede evitar compadecerse aún más que nuestras Congregaciones ante

⁵¹ Sobre el uso de este verbo en el NT, E. Estévez, “Significado de σπλαγχνίζομαι en el NT”: *Estudios Bíblicos* 48 (1990) 511-541.

⁵² En torno a la misericordia y sus connotaciones maternas en relación a la Vida Consagrada, I. Angulo ORDORIKA, “Consagrados por la misericordia. Maternales, reconciliados y extraordinariamente normales”: *Proyección* 261 (2016) 173-191.

sus miembros muertos en vida. Estamos llamados a afinar el oído para escuchar ese susurro que nos levanta de nuestras postraciones y nos lanza a erguirnos sobre nuestros pies para avanzar por la existencia con paso firme.

Permanecer en pie implica liberarse de todo lo que nos impide respirar a pleno pulmón, decidimos a ser protagonistas de nuestra existencia, renunciar a depender de expectativas ajenas, comprometernos con nuestra verdad, aprender a aceptarnos y a mostrarnos frágiles y vulnerables... Pero todo esto solo es posible si acogemos en el corazón la voz de Jesús, que nos alza para vivirlo a su modo y no al nuestro.

Se trata, en realidad, de recuperar las resonancias que tiene la acción de *escuchar* en la mentalidad bíblica. De hecho, este verbo hebreo significa también *obedecer* (lmv). Así se expresa la certeza de que acoger en el corazón la Palabra de Dios implica necesariamente actuar conforme a ella y encarnar su voluntad con nuestra existencia. Él nos invita insistentemente a levantarnos. Al escuchar una vez más ese sueño divino dirigido al núcleo de nuestra vida, “a ti te lo digo”, nos eleva de nuestra postración y nos resucita. Mantenerse en situación de “muertos vivientes” está causado por no afinar suficientemente el oído del corazón para acoger esa constante llamada de Jesús: “¡levántate!”. Esta voz nos llega con frecuencia a través de mediaciones, de modo que distintas personas o circunstancias nos remueven por dentro, cuestionando el suelo sobre el que se arrastra la existencia y haciéndonos reaccionar. Ojalá ningún cristiano, pero especialmente quienes viven sus primeros años de consagración religiosa, deje nunca de escuchar esta invitación a vivir en pie. Entonces sí podrán “ser devueltos” al mundo y a sus Congregaciones, dispuestos a aportar y a ofrecer su mejor versión para enriquecimiento de toda la humanidad.

6. A modo de conclusión: “No temas, yo estoy contigo” (Is 41,10)

La senda que nos abren estos jóvenes presentes en el NT no resulta sencilla ni cómoda. Esos personajes nos muestran un camino en el que no existen recetas preestablecidas. Para recorrerlo se hace necesario convertirse en los únicos protagonistas de este viaje, por más que se vaya acompañado y se dejen confrontar por otros, aunque esto escueza o incomode. En este viaje no existen mapas trazados, pero es la actitud de búsqueda la que impulsa a mantenerse caminando más allá del cansancio. De modo especial quienes viven sus primeros años en la Vida Consagrada están urgidos a situarse de manera personal en la misión institucional, a seguir al Maestro en la oscuridad de lo cotidiano y a lidiar con la siempre tentadora opción de sobrevolar la existencia o hacerse un cálido hueco vital en el que protegerse y sobrevivir.

Ante el reto que nos lanzan estos personajes bíblicos todos nos sentimos bastante desbordados. Se trata de la misma de la misma sensación que atraviesa cualquier relato vocacional en la Escritura. La reacción del llamado suele ser de turbación e inquietud, de ahí que broten las dificultades ante el Dios que llama (cf. Jr 1,5-6). Lo habitual es que la respuesta de YHWH sea la denominada “fórmula de asistencia”

(cf. Jr 1,8). Ante las trabas por la misión encomendada, la promesa divina no es que todo vaya a ir bien, sino que Él caminará a su lado a pesar de todo.

Del mismo modo, también a nosotros se nos recuerda constantemente que, pase lo que nos pase, nos sucede con Él, en Su Presencia. Solo la confianza de sabernos en Buenas Manos puede despejar los nubarrones del miedo que despierta la aventura de la vocación hacia la que se nos lanza... y “si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?” (Rom 8,31).

JUBILEO

El año jubilar, una invitación a la esperanza⁵³

Giovanni Cucci⁵⁴

La Bula con la que el papa Francisco ha convocado el Año Jubilar 2025 está acertadamente dedicada al tema de la esperanza⁵⁵. En ella, dirigiéndose a todas las categorías de personas y situaciones en las que la vida está amenazada, el Papa resalta el valor perenne de esta virtud indispensable, presente en todos y en todas las circunstancias, pero que, al mismo tiempo, también es fuente de incertidumbre y sufrimiento, ya que está ligada a aquello que el ser humano no puede controlar:

«Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad» (SNC 1).

La convocatoria del Jubileo es, para el Papa, una invitación a renovar la esperanza, especialmente en los momentos de prueba, haciendo suyo el pasaje de san Pablo que da título al documento: «la esperanza no defrauda» (Rm 5,5). El llamado a esta dimensión fundamental de la vida cristiana constituye también una advertencia frente al clima cultural actual, marcado por una progresiva y preocupante ausencia de esperanza.

⁵³ Artículo publicado en 'La Civiltà Cattolica' (edición española), diciembre de 2024.

⁵⁴ Jesuita, se graduó en filosofía en la Universidad Católica de Milán. Tras estudiar Teología, se licenció en Psicología y se doctoró en Filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana, materias que actualmente imparte en la misma Universidad. Es miembro del Colegio de Escritores de "La Civiltà Cattolica".

⁵⁵ Francisco, «*Spes non confundit*». Bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025. En este artículo citaremos la Bula con las siglas SNC.

Una virtud incómoda

«La fe que amo más, dice Dios, es la esperanza. / La fe no me sorprende. / No me resulta sorprendente. / Resplandezco tanto en mi creación. / En el sol y en la luna y en las estrellas. / En todas mis criaturas [...] / La caridad marcha desgraciadamente sola. Para amar a su prójimo no hay sino que dejarse ir, no hay sino que mirar tanta miseria. [...] / Pero la esperanza, dice Dios, sí que me sorprende. / A mí mismo. / Sí que es sorprendente. / Que esos pobres niños vean cómo pasa todo eso y crean que mañana irá mejor. / Sí que es sorprendente y seguro la más grande maravilla de nuestra gracia. / Yo mismo me quedo sorprendido»⁵⁶. Es lo que escribía Charles Péguy el 22 de octubre de 1911 en el célebre pasaje de *El pórtico del misterio de la segunda virtud*.

En estas líneas impactantes, el autor francés expresa toda la grandeza y la dificultad de esta virtud, tanto que parece que el mismo Dios se asombra de su existencia. La esperanza nos habla, en efecto, de lo que no está, pero que al mismo tiempo está íntimamente presente en el tejido de cada proyecto y actividad: reclama su cumplimiento, está en la base de la posibilidad de cambiar las cosas y de luchar por aquello que nos importa. No se limita simplemente a señalar lo que falta, sino que también da la fuerza para afrontar las dificultades⁵⁷.

Péguy lo sabía muy bien. *El pórtico del misterio de la segunda virtud* fue escrito en uno de los momentos más arduos y dolorosos de su vida: el libro fue, editorialmente, un fracaso, al igual que la revista que había fundado (*Cahiers de la Quinzaine*), y un destino similar tuvo su intento previo de gestionar la librería Bellais. Incluso la obra dedicada a Juana de Arco – *El misterio de la caridad de Juana de Arco*, una verdadera obra maestra del siglo XX – solo vendió una copia al momento de su publicación.

Sin embargo, los problemas no fueron solo económicos: Péguy fue rechazado por los socialistas debido a su conversión al catolicismo, y por los propios católicos, a causa de su decisión de no bautizar a sus hijos, en un intento de respetar la voluntad de su esposa. Fue precisamente por todo ello que Péguy fue capaz de hablar de la esperanza de un modo tan auténtico y conmovedor: al haber experimentado la desesperación, sabía lo que significaba carecer de ella.

La esperanza es una virtud difícil, porque «tiene que ver con el bien arduo» (*Summa Theologiae*, I-II, q. 23, a. 2), un bien que no está inmediatamente a nuestro alcance y, sin embargo, es indispensable para una vida digna de ser vivida. La esperanza encierra en sí varias «provisiones» esenciales para emprender la aventura de vivir: coraje, deseo, espera, paciencia y, sobre todo, la confianza en que puede conseguirse incluso cuando todo parece ir en su contra, aquello que san Pablo llama «esperanza contra toda esperanza» (*Rm* 4,18).

Por estas razones, como notaba siempre Péguy, la esperanza es como una niña pequeña (porque lleva en sí el futuro) y debe ser acompañada por sus dos hermanas

⁵⁶ C. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Madrid, Encuentro, 1991, 13 s.

⁵⁷ Para profundizar en el tema, cf. G. Cucci, *La speranza. «La forza per affrontare le cose difficili»*, Milán, Ancora, 2024.

mayores: la fe en Aquel que es el único capaz de ofrecer el bien que necesitamos, y la caridad, el amor, que de alguna manera ya lo anticipa y nos impulsa a seguir adelante. Sin estas dos hermanas, la pequeña esperanza parece realmente incapaz de avanzar.

Sin embargo, cuando se le presta atención, se descubre que esta pequeña niña lleva consigo a numerosas parientes que, a su vez, sostienen el camino de las dos hermanas mayores. La esperanza abre, en efecto, múltiples perspectivas, exploradas por saberes diversos que no siempre son armonizables entre sí, como la sociología, la política, la filosofía, la literatura, la espiritualidad y la psicología. Cada una de estas disciplinas parece sentirse más cómoda al abordar ciertos aspectos en lugar de otros: por ejemplo, la agresividad, un tema siempre complejo en el ámbito espiritual; o la confianza, que desafía un enfoque meramente científico y programático de la existencia. A pesar de ello, todas son esenciales para comprender las características únicas de la esperanza.

La esperanza, ¿una niña huérfana?

Ya con estas breves notas se puede entender por qué la esperanza es una virtud paradójica, escurridiza y que debe tomarse en serio. Es difícil de concebir, aún más en nuestra época, que ha hecho del control y la planificación sus palabras clave. Tal vez sea este el motivo por el cual esta niña sigue siendo la gran huérfana en la reflexión contemporánea. Una mirada rápida a las publicaciones de las ciencias humanas sobre el tema resulta significativa: ausente en los diccionarios de psicología, la esperanza tampoco aparece en la colección dedicada a los principales temas de psicología que la revista *Mind* publicó (24 volúmenes entre 2018 y 2020). Tampoco figura entre los 50 libritos de *Meditaciones cotidianas*, publicados en 2023 por el *Corriere della Sera*, en los que sí se incluían sus «hermanas mayores» (aunque con nombres más laicos, como «confianza» y «amor»).

Sin embargo, la pequeña esperanza no es solo la Cenicienta de la reflexión en las ciencias humanas, sino también de la propia cultura cristiana. Ni siquiera la teología parece muy interesada en ella; al buscar publicaciones sobre el tema, se observa una preocupante escasez. La obra más conocida, *Teología de la esperanza* de Jürgen Moltmann, publicada en 1964 y considerada aún un clásico, surgió como respuesta al texto provocador de Ernst Bloch, *El principio esperanza*, que intentaba trazar una posible realización de la esperanza en el ámbito de la mera perspectiva terrenal. Incluso *La Civiltà Cattolica* le ha dedicado poco espacio: al revisar los índices de los últimos 50 años, solo se encuentran cuatro artículos, uno de los cuales, como era de esperarse, comenta la encíclica de Benedicto XVI *Spe salvi*.

Como consuelo – o acaso mayor preocupación –, la situación no era mejor ni siquiera en tiempos lejanos. La antigüedad y la Edad Media no ofrecen un panorama diferente. De los 122 capítulos que conforman el tratado *Enchiridion de fide, spe et caritate* de san Agustín, solo dos, y extremadamente breves (114 y 115), están dedicados a la esperanza. Las *Sentencias* de Pedro Lombardo (siglo XII), manual

clásico de referencia para todo docente de teología hasta el siglo XVI, dedican solo una «distinción» al tema (cf. *In 3 Sent.*, d. 26).

Hay una excepción, como siempre, en santo Tomás, «el teólogo que más se ocupó de la esperanza»⁵⁸. Él supo devolverle dignidad y valor, incluso en su dimensión psicológica. Después de él, salvo algunas loables excepciones (Alfaro, Durand, Mendoza-Álvarez, Appel, Theobald), la mayoría de las obras utilizan el término de manera indirecta, en relación con otras temáticas. Es el caso, por ejemplo, del conocido libro de Hans Urs von Balthasar, *Sperare per tutti*, dedicado a una cuestión específica: la posibilidad real de la condenación eterna. El catálogo en línea de libros en circulación menciona solo cuatro títulos explícitamente dedicados a la teología de la esperanza en italiano, publicados en los últimos cinco años. Sin embargo, ninguno aborda el tema desde una perspectiva interdisciplinaria que haga justicia a su dimensión compleja y transversal. Parece que la esperanza es realmente una niña difícil de criar, incluso en el ámbito eclesial.

¿A qué podría deberse esta carencia? Pueden plantearse algunas hipótesis. Una de ellas es que el cristianismo, especialmente en Occidente, se ha secularizado en gran medida y ya no tiene nada significativo que decir al hombre contemporáneo. Esto ya lo había señalado una gran santa como Teresa de Ávila: «Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas ¡así se enmiendan pocos! Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama» (*Libro de la vida*, c. 16, 7).

Incluso la predicación parece evitar este tema, prefiriendo concentrarse en cuestiones «políticamente correctas»: la ecología, la contaminación, la ayuda material, problemas ciertamente importantes, pero que ya son abordadas por otros, quizás de manera más competente y detallada. Aunque se trate de aspectos relevantes de la vida común, queda la impresión, como señala Teresa de Ávila, de que se busca a toda costa el consenso, perdiendo el fuego del Espíritu y, con ello, la capacidad de reavivar la esperanza, de hablar de la vida eterna, de la bienaventuranza, del vínculo con los seres queridos fallecidos, de la posibilidad de una justicia que pueda resistir las constantes desilusiones que presenta la vida ordinaria. En otras palabras, se pierde la capacidad de transmitir la fuerza profética y de contestación propia del cristianismo.

El cardenal Giacomo Biffi, en un encuentro el 29 de agosto de 1991, retomaba y hacía suyas las palabras de *El Anticristo* de Vladímir Soloviov: «“Llegarán días –dice Soloviov, y, es más, ya han llegado, decimos nosotros– en los que el cristianismo quedará reducido a pura acción humanitaria, en los distintos campos de la asistencia, la solidaridad, el filantropismo y la cultura. El mensaje evangélico será identificado con el compromiso por el diálogo entre los pueblos y las religiones, la búsqueda del bienestar y el progreso, y la exhortación a respetar la naturaleza”. Pero si el cristiano, por amor a la apertura al mundo y al buen entendimiento con todos, casi sin darse cuenta, diluye esencialmente el Hecho salvífico en la exaltación y consecución de

⁵⁸ C. A. Bernard, *Théologie de l'espérance selon saint Thomas d'Aquin*, París, Vrin, 1961, 7.

estas metas secundarias, entonces se priva de la conexión personal con el Hijo de Dios, crucificado y resucitado, comete poco a poco el pecado de apostasía y, al final, se encuentra del lado del Anticristo»⁵⁹. Así, desaparecen los temas propios de la esperanza, que caracterizan la diferencia cristiana y que marcan también la diferencia para una vida digna de ser vivida. Y si no es la Iglesia quien habla de ello, ¿quién lo hará?

Esta falta de interés puede observarse también en la pérdida de significado del tiempo litúrgico por excelencia relacionado con la esperanza: el Adviento. ¿Qué significa esperar? ¿Qué se espera? ¿A alguien que ya ha venido y hace inútiles las profecías? ¿Cómo se traduce el sentido de la espera cristiana? La dificultad para hablar, antes incluso de vivir la espera – y ambas cosas están indudablemente relacionadas entre sí –, muestra cuán cercanas están, en la vida ordinaria, las dos posturas: la de quien ha renunciado a esperar y la de quien no percibe ningún impacto de la espera en las dificultades cotidianas. La obra teatral *Esperando a Godot* (1952) de Samuel Beckett ilustra bien esta idea de una espera fútil, vacía, una mera pérdida de tiempo frente a algo o alguien de quien no se tiene ningún indicio en el presente⁶⁰.

¿La esperanza cumple sus promesas?

Este aspecto del «no aquí, no todavía» está quizá en la base de la mayoría de las objeciones que se dirigen contra la esperanza. En un relato jasídico, un discípulo pregunta al maestro si, en realidad, el Mesías no ha llegado ya. El maestro le lee un pasaje del profeta Isaías: «El lobo habitará con el cordero y el leopardo se recostará junto al cabrito; el ternero y el cachorro de león pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá, la vaca y la osa vivirán en compañía, sus crías se recostarán juntas, y el león comerá paja lo mismo que el buey. El niño de pecho jugará sobre el agujero de la cobra, y en la cueva de la víbora, meterá la mano el niño apenas destetado. No se hará daño ni estragos en toda mi Montaña santa, porque el conocimiento del Señor llenará la tierra como las aguas cubren el mar» (*Is* 11,6-9). Luego corre la cortina y mira hacia afuera. Ve a una anciana pobre y harapienta que pide limosna, a un hombre que camina envuelto en ricas vestiduras, y más allá, personas golpeadas, otras durmiendo en la calle. Cierra nuevamente la cortina y responde: «No, el Mesías no ha llegado aún. ¿Cómo podría haber llegado el Mesías a un mundo como este?»⁶¹. Sergio Quinzio se expresa de manera similar: «Después de dos mil años de evangelio, no es difícil darse cuenta de que las promesas no se han cumplido, que los mansos no han heredado la tierra, que Dios no ha hecho “justicia” a sus fieles»⁶².

⁵⁹ www.comunitasanluigiguanella.it/ammonimento-del-cardinal-biffi-sullanticristo

⁶⁰ Se pueden observar, por ejemplo, los siguientes diálogos: «ESTRAGÓN: Ya debería estar aquí. VLADIMIRO: No dijo que vendría con certeza. ESTRAGÓN: ¿Y si no viene? VLADIMIRO: Volveremos mañana. Y tal vez pasado mañana. Quizás. Y así sucesivamente. En fin... Hasta que venga. ESTRAGÓN: Eres despiadado. Ya vinimos ayer» (S. Beckett, *Esperando a Godot*, Acto I, 29-30).

⁶¹ M. Buber, *I racconti dei Chassidim*, Milán, Garzanti, 1979, 513.

⁶² S. Quinzio, *La sconfitta di Dio*, Milán, Adelphi, 1992, 37.

Otra razón que subyace al rechazo de la esperanza es que, no pocas veces, ha sido mal entendida y contrapuesta a la realidad presente, como una suerte de «opio del pueblo», según afirmaba Marx, para justificar la inacción, adormecer la conciencia y no enfrentar la miseria actual. Nietzsche, con su habitual mordacidad, considera la esperanza «el peor de los males, porque prolonga los sufrimientos del hombre» (*Humano, demasiado humano*, n. 71).

En este sentido, muchas de las críticas de los «maestros de la sospecha» (Marx, Nietzsche, Freud) captan, sin duda, algo de verdad, pero malinterpretan el auténtico significado de la esperanza. Esta no tiene nada que ver con la ilusión o la resignación ante la dureza de la vida. La esperanza, de hecho, antes que una virtud, es una pasión agresiva, y con ella se sostiene o cae. Y la agresividad, a su vez, para no sucumbir ante el mal y la injusticia, necesita de la esperanza⁶³.

Moltmann señala con fuerza esta peligrosa deformación de la esperanza cristiana, que no puede perder su carga utópica de cuestionamiento del presente: «Las palabras de esperanza de la promesa deben estar en contradicción con la presente realidad empírica [...]. Por eso, la escatología no puede vagar en las nubes, sino que debe formular sus afirmaciones de esperanza en contradicción con la experiencia presente del sufrimiento, el mal y la muerte [...]. Quien tiene esta esperanza nunca podrá adaptarse a las leyes y fatalidades inevitables de este mundo. En la vida cristiana, la prioridad pertenece a la fe, pero el primado a la esperanza. Sin el conocimiento de Cristo que se obtiene por la fe, la esperanza se convertiría en una utopía suspendida en el aire. Pero sin la esperanza, la fe se vuelve tibia y acaba muriendo. Por medio de la fe, el hombre encuentra el camino de la verdadera vida, pero solo la esperanza lo mantiene en él»⁶⁴.

Las premisas de la esperanza

La esperanza encuentra mucha resistencia para ser acogida en el contexto cultural actual porque remite a aquello que no está bajo nuestro control. Como se ha señalado, está esencialmente vinculada a la fe en Dios, en el sentido de la Carta a los Hebreos: «La fe es la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven» (cf. *Heb* 11,1). En consecuencia, la crisis de la vida de fe conlleva también la crisis de la esperanza, con repercusiones profundas a nivel existencial. El vacío que deja su ausencia pone de manifiesto aún más la necesidad de su presencia para continuar viviendo, ya que la esperanza otorga un significado por el que vale la pena esforzarse: «La fe es una catedral arraigada en el suelo de un país. La caridad es un hospital que acoge todas las miserias del mundo. Pero sin esperanza, todo esto no sería más que un cementerio»⁶⁵. Es imprescindible devolver el auténtico significado a la esperanza cristiana; transmitir su belleza a los hombres y mujeres de nuestro tiempo es una cuestión de vida o muerte.

⁶³ Cf. G. Cucci, *La speranza...*, cit., cap. 1.

⁶⁴ J. Moltmann, *Teologia della speranza*, Brescia, Queriniana, 1970, 11-14.

⁶⁵ G. Ravasi, «La speranza», en *Avvenire*, 4 de noviembre de 2005.

El papa Francisco, en la *Bula de convocación del Jubileo*, invita a redescubrir el fundamento indispensable de la esperanza, contenido en el bautismo: la entrada en la vida que no tiene fin. Menciona además un detalle artístico elocuente que muestra, de forma visible, su vínculo con la vida eterna: «Los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal, y todavía hoy podemos admirar muchos bautisterios antiguos que conservan dicha forma, como en San Juan de Letrán en Roma. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección, el día que va más allá del tiempo habitual, marcado por la sucesión de las semanas, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. Rm 6,22)» (SNC 20). Este es el destino donde, finalmente, puede encontrar cumplimiento ese deseo de plenitud presente en cada hombre y mujer que han amado.

LA SOLANA

Cuidar en situaciones de adversidad⁶⁶

Arantza Odriozola ODN

En situaciones de fragilidad, la esperanza parece un lujo. Pero, mantenerla en situaciones difíciles, es crucial para permanecer y aportar vida. El gran reto es **cómo cuidar y nutrir a las personas** que animan y acompañan vidas rotas.

Crece en autoconciencia y autoatención

Requiere cuidar la esencia de cada persona que entra en relación con personas y situaciones dolientes. Es necesario en primer lugar saber quién soy y saber qué tengo para cuidar. Muchas veces el cuidado se ha enfocado hacia fuera: herramientas de acompañamiento, características de grupos... Es necesario, pero previo a eso hay una pregunta: *¿Que tengo yo para dar?*

Necesitamos propiciar espacios de autoconocimiento para dar lo mejor que tenemos y descubrir qué es lo que necesitamos de los otros para sumar ¡y poder completarnos! Esto puede ayudar a construir **comunidades más fuertes y resilientes**, capaces de trabajar juntos para ofrecer espacios de cuidado a los demás.

Enfocar la mirada

Implica mirar a las personas en su totalidad, **más allá de su problemática**. Siempre hay dones escondidos y el arte de un buen acompañamiento debe consistir en descubrirlos. Pasa por acoger también lo que el otro nos puede dar. Hemos de situarnos **en igualdad** sin “robarle su dolor”. Mirar la totalidad aporta una perspectiva que motiva a permanecer y a seguir implicándose para cambiar la realidad o asentir a la misma descubriendo todo lo que puede hacerla más “amable”.

⁶⁶ Artículo publicado en la revista “Somos CONFER”, núm. 48 (febrero 2025).

Generar una red de apoyo

Es necesario trabajar en equipo y abiertos a la confrontación, mantener una red de apoyo social fuerte, a través de compañeros del equipo, grupos de apoyo... Esto es, establecer una **supervisión y retroalimentación** que proporcionen un espacio seguro para compartir experiencias y recibir retroalimentación constructiva. A la par, compartir buenas prácticas y estrategias.

Cultivar la Resiliencia

Apostemos por **cuidar la capacidad de adaptarse**, aprender de las experiencias difíciles para crecer y fortalecer nuestra capacidad de enfrentar el futuro. Esto puede implicar aprender habilidades, buscar oportunidades o aceptar que algunas cosas están fuera de nuestro control. Como creyentes sabemos que nuestra principal fortaleza para permanecer en la adversidad proviene de saber que **un Amor Mayor sostiene nuestras vidas** y la de las personas y realidades en las que trabajamos. Nuestra tarea es “trabajar como si todo dependiera de nosotras, sabiendo que nada depende de ello”, porque es Otro quien nos da la esperanza y la vitalidad.



POR TU PALABRA

Jacob, el hombre que luchó contra Dios (Gén 25-36) – Comentario 3

El proceso de transformación de Jacob (Gén 29-30)⁶⁷

Carlos Rey, SDB

Estimados amigos de la Biblia

En nuestro anterior comentario sobre Jacob nos centramos en la situación de ruina, amenaza y vulnerabilidad que vivió después de sus dos grandes jugadas, por las que arrebató a su hermano Esaú la primogenitura y le robó la bendición de su padre, con todo lo que ello implicaba. Vimos también cómo en este contexto Dios tomó la iniciativa provocando en él un proceso de transformación que le abrió a horizontes insospechados.



⁶⁷ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

En este vamos a considerar las tres experiencias transformadoras que dieron nuevo rumbo a su vida y sobre las que se constituyó su nueva personalidad: el SUFRIMIENTO, DIOS COMO ALGUIEN MÁS FUERTE QUE ÉL Y SU ENAMORAMIENTO POR RAQUEL.

Presta mucha atención, querido lector, a lo que aquí diré, pero, sobre todo, lee los textos bíblicos que te indico y en que los que me inspiro. Ojalá estas páginas te sean útiles para crecer en tu vida de fe. Comenzamos.

Texto bíblico: La fuerza transformante del amor

En cuanto oyó Labán hablar de Jacob, el hijo de su hermana, corrió a su encuentro, le abrazó, le besó y le llevó a su casa. Jacob se quedó con él un mes.

Labán dijo a Jacob: “¿Acaso porque seas pariente mío has de servirme de balde? Indícame cuál será tu salario.” Labán tenía dos hijas, la mayor llamada Lía y la pequeña Raquel. Los ojos de Lía eran tiernos. Raquel, en cambio, era de bella presencia y de buen ver. Jacob estaba enamorado de Raquel. Así pues, dijo: “Te serviré siete años por Raquel, tu hija pequeña.”

Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años, que se le antojaron como unos cuantos días, de tanto que la amaba. Entonces Jacob dijo a Labán: “Dame mi mujer, que se ha cumplido el plazo y quiero casarme con ella.” Labán dio un banquete. Luego a la tarde tomó a su hija Lía y la llevó a Jacob y este se unió a ella.

Se hizo de mañana y resultó que aquella era Lía. Jacob dijo a Labán: “¿Qué es lo que has hecho conmigo? ¿No te he servido por Raquel? ¿Pues por qué me has hecho trampa?” Labán le dijo: “Cumple esta semana y te daré también a la otra por el servicio que me prestarás todavía otros siete años.”

Así lo hizo Jacob; y habiendo cumplido aquella semana, le dio por mujer a su hija Raquel. Él se unió a Raquel, y amó a Raquel más que a Lía, y sirvió en casa de su tío otros siete años más.

Lía era despreciada pero fecunda, mientras que Raquel era estéril (Gen 29,13-31)

¿Qué es lo que transforma al ser humano?

1. Sentido de la intervención de Dios

Después del “SUEÑO DE LA ESCALERA” (Gen 28,10-22), el conocimiento y la relación de Jacob con Dios son aún iniciales. Dios ha conseguido abrir una brecha en su vida,

pero su desarrollo humano y espiritual tiene todavía mucho camino por delante. Dios seguirá protegiéndolo, aunque sin dispensarlo de vivir los avatares y congojas propios de la existencia humana. Su itinerario acaba de comenzar, pero le esperan todavía muchas horas difíciles que serán la escuela de su aprendizaje y de su desarrollo espiritual.

¿No caminaba Jacob antes demasiado seguro por la vida? ¿No es verdad, estimado lector, que cuando conseguimos todo lo que queremos no crecemos o crecemos poco? El ser humano madura, sobre todo, cuando se confronta con la realidad y se siente sobrepasado por acontecimientos que no controla.

2. Tres experiencias transformantes

Tres son, según el exégeta y psicólogo John A. Sanford, los factores o experiencias que llevan a Jacob a vivir un proceso de transformación, humana y espiritual:

1. EL SUFRIMIENTO: no va a faltar en la vida de Jacob, ni tampoco en la nuestra: amenazas, peligros, vulnerabilidad, miedo a lo desconocido, abusos, desconcierto psicológico, no poder controlar la realidad...

2. EL RECONOCIMIENTO DE UN PODER MÁS GRANDE QUE EL SUYO QUE OPERA EN SU VIDA: según vaya viviendo momentos de gran significatividad (Gen 28,10-22; 32,23-32; 46,1-7), Jacob irá percibiendo a Dios como Alguien que mueve los hilos de su historia y que es más fuerte que él. Puede que al hombre moderno esto le suene a dependencia, pero no lo es: es fuente de vida.

3. LA EXPERIENCIA DE AMAR A OTRA PERSONA. El enamoramiento de Jacob por Raquel le hará desvivirse por ella y por la familia de ambos. El amor, si es auténtico, educa, descentra de sí y concentra la vida, madurando al ser humano.

Los tres elementos están presentes en su vida y, del modo que sea, en la nuestra.

3. Jacob se enamora de Raquel - ¡Qué cambio!

Del sufrimiento de Jacob ya hemos hablado, al referirnos a su fuga de casa, y volveremos a hacerlo; también nos hemos referido a Dios, al comentar el sueño de la escala, tema que volverá. Centramos ahora nuestra atención en la relación de Jacob con Raquel (Gen 29-30). ¡Qué encantadoras y sugestivas son estas páginas! ¡Qué humanas las escenas que hablan del encuentro entre el hombre y la mujer! ¡Cuánta humanidad en la historia de Jacob!

Recordamos la conflictiva relación de Jacob con su hermano Esaú, fruto de los engaños de aquel. En Gen 29-30, por el contrario, el texto bíblico nos presenta la predilección afectiva de Jacob por Raquel, “guapa y de buen tipo”, en perjuicio de su hermana Lía, “de ojos tiernos pero apagados”.

¿Qué hace que un hombre se enamore de una mujer concreta (o una mujer de un hombre)? ¿Cómo explicar el conocido como flechazo?

Jacob se enamora de Raquel a primera vista, en cuanto la ve, y para toda la vida. El enamoramiento es una sintonía afectiva, misteriosa y única, entre dos personas, la experiencia de un encuentro hondo de un “yo” con un “tú” que aparece como un regalo inesperado, gratuito y sorprendente. Cuando una persona se enamora, alguien, que no es él, entra en lo profundo de su corazón y ya no puede ser desterrado del mismo. Para casarse con Raquel Jacob está dispuesto a todo, incluso a trabajar para Labán siete años, “que le parecieron cuatro días” (Gen 29,20). Para el enamorado el tiempo vuela.

Observa y admírate, querido lector, ante el profundo cambio de Jacob a partir de su encuentro con Raquel. El, que antes todo lo calculaba desde sí y sus intereses, pasa a pensar y a vivir en función de su amada. “Por amor, dice Nagore, se es capaz de muchas cosas”, “se es capaz de desvivirse” (Paula). De aprovecharse de los otros (de su hermano y de su padre) Jacob pasa a vivir en función de Raquel. ¡Admirable y conmovedor!

Jacob ya estaba tocado por las pruebas de la vida y por Dios; ahora se siente alcanzado por una mujer.

4. Todo por Raquel - El engaño de Labán

Pasados los siete años de trabajar para Labán, Jacob confía en poder casarse con Raquel, pero este le engaña y, en vez de darle a Raquel le entrega a Lía, con quien pasa la noche. Apercebido del engaño por la mañana, se enfrenta con Labán, quien solo le entrega a Raquel a cambio de otros siete años de trabajo con él. Tan grave engaño y abuso por parte de su tío le hiere, pero por Raquel no le importa trabajar como jornalero suyo otros siete años, completando los catorce: ¡todo por Raquel!

¡Lo que el amor a una mujer es capaz de hacer, incluso en un hombre astuto y sin principios como Jacob! ¡Cómo madura el ser humano cuando encuentra a otra persona por quien siente que vale la pena hacer cualquier cosa! Aunque no le dé hijos por muchos años, Raquel será siempre la mujer de su vida: preciosa y valiosa por sí misma, como mujer, antes que como madre. ¿Qué mujer (y qué hombre) no desea ser amada así?

Nos surge una pregunta: ¿le recordarían las trampas y los abusos de su desvergonzado tío-suegro para con él sus propias trampas y abusos del pasado para con su hermano y su padre? Se daría cuenta ahora Jacob cómo debieron dolerle a su hermano Esaú las faenas que le hizo. Al antes astuto sinvergüenza le toca ahora “servir” pacientemente, por años y años, a un tío suyo sin escrúpulos.

¡Largo aprendizaje de espera paciente por el que Dios prepara a su elegido para ser padre de todo un pueblo!, según su promesa que le hizo en el episodio de la escala (Gen 28,10-22).

5. Raquel y Lía: la lucha por complacer a Jacob – Dios en todo

Dentro de Gen 29-30, que estamos comentando, se encuentra un episodio de especial encanto que narra la intensa competencia entre las dos hermanas, Lía y Raquel, por contentar a su esposo Jacob (Gen 29,16-30,24) y autorrealizarse como mujeres y esposas.

Si Jacob busca su autorrealización personal casándose con Raquel, al punto de no importarle trabajar gratuitamente para Labán con tal de conseguirlo, también sus dos mujeres, Lía y Raquel, la buscan con denuedo por los caminos propios de la mujer de la época: buscar marido, lograr/recibir su intimidad y tener hijos. En condiciones de inferioridad, por ser mujeres, ambas recurren a sus “artes femeninas” para hacer valer sus derechos y salir a flote en la vida como sea.

¡Qué carrera entre ambas por conseguir la preferencia de Jacob del modo que podían: dándole hijos! ¡Cómo utilizan para ello todo tipo de estratagemas!: madres de alquiler, rivalidades, maniobras, envidias, plantas afrodisíacas y hasta chantajes emocionales.

El relato parece una telenovela con su secuencia de escenas llenas de enredos, luchas, inquietudes, anhelos y frustraciones... reflejo del interior del corazón humano, en este caso de la mujer. ¡Cuántos entresijos y facetas oscuras revelan las tácticas y artimañas de ambas!, como también las de Jacob con su hermano y su padre y las de Labán con Jacob. La historia de estos personajes es un auténtico mostrador de la realidad del corazón humano de todos los tiempos, aunque los contextos y las costumbres sean diversos.

Esto, que es verdad, no oculta la gran verdad: que en todo y a través de todo ello actúa Dios, pues los hijos son regalo suyo y de ellos nacerá el pueblo de Israel. Lo que el autor nos quiere decir con su relato es que este pueblo, querido por Dios, nace de las relaciones entre seres humanos, cada uno de ellos con sus más y sus menos: JACOB, sinvergüenza pero capaz de darlo todo por Rebeca, la mujer que ama; REBECA, una mujer bella y querida, pero estéril; LÍA, con una mirada triste pero fértil. Una y otra enfrascadas en complacer a su marido y realizarse como mujeres, usando para ello todo tipo de armas a su disposición.

Dios, perfecto conocedor de sus criaturas, se inserta en la vida real y va tejiendo la historia a través y en medio de lo humano.

6. El proceso de transformación de Jacob

Pero volvamos a Jacob. La vida, con sus vaivenes, ha desencadenado en él un proceso de transformación: de sentirse cómodo en la casa paterna, protegido por su madre, seguro y triunfante, exitoso y sin ninguna consideración hacia los derechos de su propio hermano, ha pasado a ser jornalero explotado, emigrante sin derechos,

a cuenta de un familiar que se aprovecha de él sin ningún escrúpulo ni problema de conciencia.

Paradójicamente, en estos años en apariencia nada positivos, Jacob ha ido desarrollando:

- SU AFECTIVIDAD, al pasar del amor envolvente de su madre al amor diferenciado de una mujer, por la que pone toda la carne en el asador.
- SU EXPERIENCIA DE LA VIDA, al pasar de hacer trapacerías a los suyos a padecerlas de un familiar de quien esperaba cosas mejores.
- SU CONCIENCIA MORAL, al pasar de ser injusto con su hermano a ser injustamente tratado por su tío. A partir de aquí, Jacob ya no utilizará sus habilidades para aprovecharse de los demás. Seguirá siendo sagaz y astuto, pero honrado.
- SU VIDA ESPIRITUAL Y SU RELACIÓN CON DIOS, al pasar de un tiempo en que no necesitaba de Dios o lo utilizaba en su provecho, a relacionarse con Él y a aprender a contar con Él sin manipularlo.

Con todo, no ha terminado aún su itinerario existencial ni su proceso de maduración humano-espiritual. Su relación con Dios necesita mayor purificación y calidad.

Jacob ha luchado y conseguido cubrir las dos necesidades básicas de todo hombre para realizarse: AMAR A UNA MUJER Y SALIR A FLOTE ECONÓMICA Y PROFESIONALMENTE. Le han valido para ello sus notables dotes personales y su Dios lo ha “acompañado y protegido” en su camino, aunque sin ahorrarle sinsabores y frustraciones (Gen 28,20-22). Ahora se siente sobradamente realizado en ambos ámbitos de la vida: su afectividad se ha visto colmada por el amor de una mujer y por hijos numerosos y posee, gracias a su trabajo y astucia, una gran fortuna en rebaños de ovejas.

7. En el éxito, el límite

Justo es reconocer que Jacob ha mostrado gran capacidad de capear los obstáculos y las zancadillas que le han ido poniendo en la vida (Gen 29-30), pero nada es completo. Siempre hay capítulos de la vida que desbordan a todo ser humano. En su caso:

- NO PUEDE COLMAR EL ANHELO DE RAQUEL, SU MUJER AMADA, DE DARLE UN HIJO, y ante su pedido vehemente: “Dame hijos, o si no me muero”, Jacob confiesa, herido, su impotencia: “¿acaso puedo hacer yo las veces de Dios contigo?” (Gen 30,2). Hasta en el éxito, el ser humano está forzado a reconocer sus límites. Solo Dios puede “hacer justicia”, llenando los huecos humanos (Gen 30, 1-23).
- TAMBIÉN SU RELACIÓN CON DIOS NECESITA MADURAR. Después del episodio de la escala ha vivido su relación con Dios como un pacto comercial: “te hago

un voto para ganar tu favor; si me realizas, si me sacas de apuros, lo cumpliré”, como la religión de muchos (Gen 28,20-22).

Jacob no conoce todavía suficientemente a Dios. Lo ha descubierto y ha tenido experiencia de Él, pero se relaciona con él de un modo todavía deficiente. ¿Podrá llegar a tener un trato con Dios de mayor calidad sin pasar por experiencias de una mayor indefensión y pobreza? Y cuando descubra su rostro, ¿podrá seguir teniendo el control de su vida, con sus astutas estrategias, o tendrá que dejarle el control a Dios?

A Jacob, querido lector, le falta todavía mucho camino que hacer.

Conclusión

Concluimos aquí nuestro comentario. Si deseas ampliar tu lectura, puedes hacerlo en “DRAMA Y ESPERANZA – I”, de José Luis Elorza (Ed. Frontera), pg. 224-227. Esta ha sido la fuente principal de donde he extraído, con otras aportaciones y algunas contribuciones propias, estas páginas.

Leído este comentario, es de fundamental importancia que leas directamente los textos bíblicos, en este caso, Gen 29-30. No hay nada, ni el mejor estudio o comentario, que pueda substituir la lectura de la Palabra de Dios.

El próximo estará centrado en algo que, dicho de sopetón, puede que te resulte extraño: la lucha a brazo partido de Jacob con Dios.

Que ¿cómo puede ser eso? Lee el próximo comentario y lo sabrás. A modo de aperitivo, una pregunta: ¿Quién no se ha peleado con Dios en algún momento de su vida? No te doy más pistas para no adelantar acontecimientos.

Que la paz del Señor esté contigo y te acompañe siempre.

EL ANAQUEL

El contraste paciente

Repensando la relación Iglesia-Mundo⁶⁸

Obispos del País Vasco y Navarra⁶⁹

Introducción (números 1-5)

La Cuaresma de 2025 se nos presenta como un momento especialmente significativo al desarrollarse dentro del Año Jubilar, acontecimiento que la Iglesia universal convoca cada veinticinco años como período extraordinario de gracia y renovación espiritual. Esta circunstancia privilegiada nos invita a un ejercicio profundo de conversión personal y comunitaria, examinando nuestra vida a la luz del Evangelio. La llamada jubilar a la peregrinación y a la reconciliación resuena con particular intensidad en este momento de profunda transformación cultural y social que afecta a la vida de la Iglesia. La progresiva secularización de la sociedad europea, especialmente marcada en las últimas décadas, plantea desafíos inéditos para la comunidad cristiana. Ya no es posible mantener los esquemas pastorales heredados de una época en la que el cristianismo conformaba mayoritariamente la cultura y la vida social. Esta nueva situación, lejos de paralizarnos, nos invita a repensar con creatividad y fidelidad nuestro modo de vivir y dar testimonio de Cristo, Palabra de Vida para el mundo.

El presente documento quiere contribuir a esa conversión pastoral y misionera desde la confianza en que el Espíritu Santo sigue guiando a su Iglesia en cada época histórica. Como los peregrinos que atraviesan la Puerta Santa, este tiempo cuaresmal nos invita a una renovación profunda que nos permita redescubrir lo esencial de nuestra fe. Nuestra propuesta se inspira en la Palabra de Dios que todo lo ilumina con una luz nueva, en la experiencia de los primeros cristianos que supieron dar un testimonio convincente en su entorno social y en las orientaciones del magisterio reciente que nos invitan a una conversión pastoral para responder a los desafíos actuales.

A lo largo de estas páginas exploraremos cómo el espíritu del Jubileo puede ayudarnos a transformar una «Iglesia de cristiandad» en una comunidad que, siendo minoritaria, puede ofrecer un testimonio significativo en el mundo contemporáneo. Este Año Santo nos recuerda que la esperanza cristiana se fundamenta en la fe y se expresa en el ejercicio de la

⁶⁸ Selección de la Carta pastoral de los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria para la Cuaresma-Pascua (5 de marzo de 2025).

⁶⁹ Florencio Roselló Avellanas, O. de M., arzobispo de Pamplona y obispo de Tudela; Joseba Segura Etxezarraga, obispo de Bilbao; Fernando Prado Ayuso, cmf, obispo de San Sebastián; y Juan Carlos Elizalde Espinal, obispo de Vitoria.

caridad, impulsándonos hacia una Iglesia más universal y con un gran deseo evangelizador. Examinaremos las claves de la notable expansión del cristianismo en sus primeros siglos, no para copiar métodos del pasado, sino para descubrir orientaciones que iluminen nuestro presente. De manera particular, profundizaremos en la importancia de forjar una identidad cristiana clara y significativa, capaz de inspirar comunidades vivas que encarnen las bienaventuranzas en medio del mundo. Esta renovación comunitaria que anhelamos hunde sus raíces en la conversión personal de cada creyente: las transformaciones que aquí se proponen solo serán posibles si las asumimos como invitación al cambio en su propia vida. Por ello, animamos a leer estas páginas en clave de conversión personal, permitiendo que el espíritu cuaresmal y la gracia del Año Jubilar nos ayuden a reconocer aquellos aspectos de nuestra vida que necesitan ser transformados para un seguimiento más auténtico de Cristo.

Esta invitación a la reflexión y conversión jubilar se construye en progresión. En primer lugar, nos referimos a la transición que estamos viviendo y sus implicaciones para la vida eclesial. Después desarrollamos algunas claves de interpretación bíblica que nos ayuden a preparar el futuro. Pasamos luego a examinar la experiencia de la Iglesia primitiva, especialmente lo que se refiere a su capacidad para formar comunidades con un estilo de vida atrayente, basada en la confianza de que Dios actúa a su modo y en sus tiempos. Estos elementos nos permitirán identificar las claves del testimonio cristiano que Cristo pide de su Iglesia y este mundo necesita. Finalmente, señalaremos algunos de los rasgos de una Iglesia renovada en los que queremos progresar para que nuestras comunidades puedan ser signos de la belleza y de esa mayor esperanza que llega con el Evangelio.

No pretendemos ofrecer recetas simples para problemas complejos, sino más bien proponer claves de discernimiento personal y comunitario que nos ayuden a vivir esta Cuaresma jubilar como una oportunidad única de renovación evangélica. Os invitamos a leer estas páginas con espíritu de apertura y esperanza, orando y confrontándonos desde ellas, confiando en que el mismo Señor que ha sostenido a su Iglesia a lo largo de la historia sigue actuando hoy en medio de nosotros, especialmente en este tiempo de particular bendición que representa el Año Santo 2025.

6. Vino nuevo en odres nuevos: las notas de una iglesia renovada (números 106- 184)

El testimonio cristiano en nuestro tiempo ha de ir de la mano de una profunda renovación de la Iglesia. No basta solo con constatar que el régimen de cristiandad es historia, ni de adaptarnos superficialmente a un contexto nuevo. El desafío es más radical: revivir la frescura original del Evangelio para ofrecer al mundo una propuesta que, siendo mansa, mantenga toda la fuerza transformadora de Cristo.

Esta renovación eclesial comienza en cada creyente y se expande hacia toda la comunidad. A nivel personal necesitamos repensar nuestras actitudes y comportamientos: el modo de relacionarnos con Dios y con los otros, la manera de afrontar los conflictos, nuestra forma de testimoniar la fe en la vida cotidiana. Como comunidad debemos volver a lo esencial, fortaleciendo una identidad evangélica que brille, no por el poder o la influencia, sino por la autenticidad del testimonio transmitido.

Las notas que siguen quieren ser una invitación a una conversión personal y misionera, una conversión integral. Cada aspecto de la renovación eclesial que presentamos pide una doble lectura: ¿qué significa este cambio para mi vida personal? ¿Cómo puedo contribuir, desde mi

realidad concreta, a una Iglesia más auténtica y evangélica? Confiamos en que una comunidad así renovada, aunque pequeña y aparentemente frágil, puede ser signo eficaz del reino de Dios.

Iglesia que vive en la confianza

Somos la comunidad del Resucitado, y el camino hacia la resurrección pasa por la cruz. Esta verdad marca nuestra identidad y forma de estar en el mundo. No buscamos aplausos ni éxitos visibles. El Señor nos invita a testimoniar con nuestra vida que es posible confiar incluso en medio de dudas y desconcierto.

Las dificultades no deben paralizarnos. Son oportunidades para crecer y fortalecer nuestra fe. ¿Cómo podría el discípulo esperar un camino diferente al del Maestro, quien nos mostró el valor de abrazar la cruz con esperanza? La cruz no es un obstáculo, sino el corazón de nuestra vida cristiana. En lugar de lamentos sobre la situación de la Iglesia o del mundo deseamos mirar con confianza a Aquel que ha vencido a la muerte, caminando con alegría y certeza en su victoria⁷⁰.

Tenemos motivos para confiar. No en nuestras fuerzas o planes, sino en la fidelidad de Dios que no abandona a su pueblo. El mismo Señor que transformó el fracaso aparente del Calvario en la victoria de la Pascua sigue actuando hoy. Como nos recuerda el papa Francisco no somos huérfanos perdidos en la historia, sino hijos amados que caminan con la certeza de que el Espíritu Santo guía a su Iglesia⁷¹. Vivamos, pues, con una mente abierta y un corazón confiado.

Esta confianza no es ingenuidad ni optimismo superficial. Es la convicción profunda de que Dios cumple sus promesas, aunque no siempre del modo que esperamos. En medio de los desafíos actuales la comunidad de Jesús irradia esperanza, no desde la seguridad de quien todo lo tiene resuelto, sino desde la paz de quienes saben que la historia humana, caminando entre tensiones y dificultades, avanza hacia ese día en que finalmente Dios será todo en todos (1 Cor 15, 28).

Iglesia que cultiva la experiencia de la fe

La evangelización auténtica brota de una fe viva y experimentada. Nadie puede dar lo que no tiene, y por ello el cultivo de la experiencia de la fe es condición indispensable para cualquier renovación eclesial. Como decía santa Teresa, *en tiempos recios, amigos fuertes de Dios*⁷². Esta expresión cobra especial relevancia en nuestro contexto actual.

Vivimos tiempos de profundos cambios donde ser cristiano requiere una opción personal sostenida frente a múltiples fuerzas capaces de debilitarla o relativizarla. Esta realidad exige creyentes que sean verdaderamente *amigos fuertes de Dios*, hombres y mujeres del Espíritu cuya fe se nutre de una profunda vida interior.

⁷⁰ *Vietato lamentarsi* (cartel del Papa Francisco en la entrada de su apartamento); *El «prohibido quejarse» del Papa Francisco*, en *Revista Alfa y Omega*, 20 de julio de 2017, 3.

⁷¹ FRANCISCO, *Homilía durante la Santa Misa*, Casa Santa Marta (22 de mayo de 2017).

⁷² Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 15, 5, en *Obras completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2017.

La renovación que necesitamos comienza en el corazón de cada creyente. Solo una conversión real, alimentada por la amistad con Dios y cultivada en la oración personal y comunitaria, puede sustentar cualquier tipo de renovación eclesial. Los espacios de silencio y oración, la participación en retiros y ejercicios espirituales, el acompañamiento espiritual, son medios que ayudan a profundizar esta experiencia vital de la fe.

En una cultura marcada por el activismo y la búsqueda de entretenimiento superficial, el testimonio de una fe profundamente vivida resulta especialmente significativo. No se trata solo de hacer cosas, sino de dejar que Dios se vaya haciendo fuerte en nuestras vidas. Esta transformación personal es el fundamento de toda evangelización auténtica: la fuente de un deseo de transmitir esa fe que brota espontáneamente de un encuentro con Cristo que sea auténtico.

La experiencia de fe que cultivamos personalmente encuentra su expresión plena en la celebración comunitaria de la liturgia, de la oración compartida, en la escucha de la Palabra y el discernimiento comunitario, experiencias donde la fe personal se enriquece y fortalece en el encuentro con los hermanos. Así, la experiencia de fe se convierte en fuente de renovación tanto personal como eclesial.

Iglesia que genera confianza

La credibilidad es uno de nuestros mayores desafíos. En muchos ambientes la institución eclesial genera más recelos que confianza. Esta situación tiene raíces complejas: el peso histórico de una Iglesia que durante siglos ha conformado el pensamiento y la cultura, crisis dolorosas como la de los abusos a menores y a personas vulnerables que han dañado nuestra credibilidad y una presencia pública que algunos perciben como excesiva y consideran resultado de una posición histórica dominante.

La tensión entre el Evangelio y el mundo es inevitable, pero sería un error atribuir todo este distanciamiento a la hostilidad secular. Como señala el papa Francisco debemos examinar con honestidad nuestras propias inconsistencias: *«reconozcamos que, a veces, nuestro modo de presentar las convicciones cristianas y la forma de tratar a las personas han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos»*⁷³.

La fe y el mensaje cristiano son contraculturales en muchos aspectos, pero esto no nos libera de la necesidad de cuidar nuestro lenguaje y modos de actuación.

El Evangelio nos llama a vivir en la verdad, y esta exigencia se aplica ante todo a la propia Iglesia. Como nos recuerda la *Carta a Diogneto*, los primeros cristianos no se distinguían por su poder, sino por *dar muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble*. Su credibilidad nacía de la coherencia entre su mensaje y su modo de vivir, dando razón de su esperanza, sí, *«pero con dulzura y respeto»* (1 Pe 3, 16).

Necesitamos recuperar esa coherencia. No se trata de buscar la perfección imposible, sino de caminar en una mayor autenticidad evangélica. Seremos dignos de confianza no por nuestra impecabilidad, sino por la autenticidad de nuestros mensajes y la verdad de nuestro compromiso con los pobres.

⁷³ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia* (19 de marzo de 2016), 36.

La confianza no se exige ni se impone: se gana día a día con un testimonio coherente y una vida comunitaria que refleje genuinamente el amor de Cristo. En este aspecto, una buena comunicación de lo que somos y hacemos es también importante.

Iglesia que camina en humildad

La humildad es la condición que hace posible todas las demás virtudes. Como lo manifestaba proféticamente Ratzinger, la renovación eclesial «no vendrá de aquellos que solo dan recetas... no vendrá de aquellos que se aceptan a sí mismos como norma infalible»⁷⁴. La arrogancia, sutil o manifiesta, es una tentación para la comunidad de fe que quiere defender la verdad.

La humildad es, ante todo, libertad: libertad para poder caminar en la verdad; libertad para reconocer errores sin sentirnos amenazados; libertad para admitir que el camino de conversión es largo y que no avanzaremos sin pedir con insistencia la ayuda de la gracia; libertad para no aparentar una perfección que no poseemos; libertad para el diálogo con el mundo, con mayor capacidad de escuchar y aprender. Como señala el papa Francisco, una Iglesia que reconoce sus heridas está más cerca del Evangelio que aquella que se esconde tras una imagen idealizada⁷⁵.

La *Carta a Diogneto* describe a los cristianos como personas que *son pobres y enriquecen a muchos; carecen de todo y abundan en todo. Sufren la deshonra y esto les sirve de gloria*. Esta paradoja sigue siendo actual: solo una Iglesia que acepta su pequeñez y contradicciones puede ser verdaderamente signo del Reino.

La historia nos enseña que cuando la Iglesia se siente fuerte y autosuficiente tiende a alejarse de su Señor y del mundo. Por el contrario, en los momentos de aparente debilidad, cuando abraza con humildad su condición sufriente, brilla con más fuerza el corazón del Evangelio. Porque «cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 10). No temamos sentirnos pequeños, porque es entonces cuando el Señor puede hacer cosas grandes con nosotros⁷⁶.

Iglesia que busca su orientación en la Palabra

La vida cristiana se fundamenta en la escucha atenta de la Palabra de Dios. Como afirmaba san Jerónimo, *ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo*. En la Palabra encontramos no solo el rostro divino revelado en Jesús, sino también la medida de nuestra propia existencia y el camino hacia la santidad que Dios nos propone a cada uno. Las comunidades cristianas contrastan constantemente su vida con la Palabra, encontrando en ella luz para el discernimiento y guía en sus decisiones. No es una referencia más entre otras, sino la orientación primaria que ilumina todo nuestro caminar como Iglesia.

La renovación eclesial que necesitamos pasa necesariamente por redescubrir la centralidad de la Palabra de Dios. Esto implica fortalecer la animación bíblica de toda la pastoral, dar mayor relevancia a la liturgia de la Palabra en nuestras celebraciones eucarísticas y

⁷⁴ RATZINGER, J., *Fe y futuro*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2017, p. 102-103.

⁷⁵ FRANCISCO, Reflexión en la *Vigilia penitencial* con motivo de la *XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (1 de octubre de 2024).

⁷⁶ Cfr. Salmo 125.

promover el acceso a los textos sagrados a través de diversos medios, incluyendo las nuevas tecnologías. El objetivo es que cada creyente pueda encontrar en la Palabra de Dios el alimento cotidiano para su vida espiritual y la comunidad eclesial la luz que oriente su misión en el mundo. Este acercamiento a la Escritura no debe reducirse a un estudio académico. Necesitamos entrar en diálogo vital con la Palabra viva que, si es auténtico, nos debe interpelar. Los grupos bíblicos, la *lectio divina* compartida y los momentos de oración con la Palabra son espacios privilegiados donde la comunidad aprende a escuchar lo que el Espíritu dice hoy a las Iglesias. En un mundo saturado de palabras vacías y mensajes efímeros la Palabra de Dios ofrece un fundamento sólido para construir vida personal y comunitaria. Su escucha atenta y orante nos ayuda a discernir los signos de los tiempos y a responder con fidelidad creativa a los desafíos que enfrentamos como Iglesia. Solo una comunidad que se deja moldear y orientar constantemente por la Palabra puede ofrecer un testimonio convincente del Evangelio en medio del mundo.

Iglesia que se alimenta de la Eucaristía

La espiritualidad no es un añadido opcional: es el núcleo vital de nuestra fe. En un mundo marcado por el activismo y la dispersión necesitamos anclar nuestra vida en lo esencial. La oración diaria, aunque sea breve, nos mantiene conectados con nuestra identidad cristiana. Pero es en la Eucaristía dominical donde nuestra vida espiritual alcanza su expresión más plena y transformadora.

Muchos creyentes, absorbidos por múltiples actividades, no valoran suficientemente la centralidad de la Eucaristía dominical. Como nos recuerda el papa Francisco *«la Eucaristía no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y alimento para los débiles»*⁷⁷. Pero es un alimento necesario para nuestro camino, un modo concreto e irrenunciable de alimentar nuestra unión con Cristo y nuestros vínculos comunitarios, una expresión de esa fe que es compartida y necesita del encuentro habitual, físico, con quienes creemos y nos sentimos unidos.

La Eucaristía dominical no es una mera obligación ritual: es el modo privilegiado de construir comunidad, alimentar nuestra fe y mantener la fuerza de la caridad: *«Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa –como hemos de considerar más detalladamente aún–, el “mandamiento” del amor es posible solo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser “mandado” porque antes es dado»*⁷⁸. Allí escuchamos juntos la Palabra, compartimos el pan que nos hace uno en Cristo y fortalecemos los vínculos que nos sostienen. Como nos muestra la historia de los primeros cristianos el culto comunitario era el «núcleo energizante» de su vida común, el espacio donde se forjaba ese *habitus* distintivo que los hacía diferentes y reconocibles.

Ciertamente, las capacidades del presbítero, el cuidado en la celebración y la belleza de la liturgia contribuyen a una experiencia más plena del misterio eucarístico. Ello, sin embargo, no puede hacer que olvidemos lo esencial: el centro de la Eucaristía es la presencia sacramental real, concreta y viva de Cristo que llega a su comunidad de un modo único e insustituible. Y sí, hace falta fe para creer esto. Cuando nos reunimos en torno a la mesa del Señor confesamos que Cristo mismo es el alimento necesario para nuestra vida. No son

⁷⁷ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 47.

⁷⁸ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), 14.

nuestros programas o recursos los que sostienen a la Iglesia, sino la presencia viva del Resucitado en la mesa compartida.

Como señalaba Ratzinger, la Iglesia del futuro «encontrará de nuevo... lo que es esencial para ella: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo... reconocerá en la fe y en la oración su verdadero centro y volverá a experimentar los sacramentos como celebración»⁷⁹. Renovemos nuestro compromiso con la Eucaristía dominical. Animemos a las hermanas y hermanos a participar en ella. Ahí encontraremos la luz y el alimento necesarios para ser testigos creíbles del Evangelio. Pero para conseguirlo debemos recuperar la fe en la presencia real e insustituible de Cristo en la celebración eucarística.

Iglesia que resiste a la mundanidad

Queremos servir al mundo sin ser del mundo (cfr. Jn 15, 19; 17, 16). Esta distinción marca la diferencia entre una Iglesia fiel a su identidad y otra que, en su afán por agradar, pierde su capacidad de ser significativa. No podemos mimetizarnos con el entorno, como un camaleón que se confunde con la pared. La tentación de diluir nuestra identidad para «encajar mejor» siempre está ahí, porque buscamos ser reconocidos y apreciados.

La mundanidad espiritual tiene múltiples rostros: un cristianismo que evita la cruz, una fe «a la carta» donde cada uno elige lo que le parece, una espiritualidad de «grupos estufa» donde me encuentro más seguro y cómodo, sin arriesgar, un quedarme con lo que no genera extrañeza o rechazo; en definitiva, una fe que se deja atrapar por lo que el mundo valora y reconoce. Como advierte el papa Francisco *si no damos la gloria a Dios, nos la terminamos dando unos a otros*⁸⁰.

El Evangelio es nuestro único tesoro y en él se nos predica a Cristo crucificado, «escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (1 Cor 1, 23). Esta tensión no cambiará. Intentar suavizar el mensaje para hacerlo más «aceptable» es un camino sin salida ya que perderemos nuestra identidad sin ganar la aceptación que buscamos.

La mundanidad es más profunda que la mera superficialidad. Es una dinámica que adopta múltiples formas, adaptándose a cada tiempo, pero manteniendo su esencia; se podría definir como una propuesta de vida que adormece la radicalidad del Evangelio. San Pablo nos advierte que no actuemos «como los que no tienen esperanza» (1 Tes 4, 13), adaptando nuestra fe a lo que el mundo quiere oír.

El antídoto es siempre volver a lo esencial: la centralidad de Cristo crucificado y resucitado. Una Iglesia arraigada en esta verdad puede resistir la tentación de diluirse en la cultura dominante. No necesitamos ser populares, sino fieles. Y es esa fidelidad, vivida con autenticidad y amor, la que hace nuestro testimonio significativo en un mundo que necesita oír hablar de Dios.

⁷⁹ RATZINGER, J., *Fe y futuro*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2017, p. 105.

⁸⁰ Cfr. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 93.

Iglesia que supera el acomplejamiento

El reto actual de la Iglesia en Europa no es solo la secularización. Existe un desafío más sutil y preocupante: la timidez y el complejo de muchos cristianos que, manteniendo su fe, parecen avergonzados de expresarla. Como si tuviéramos que pedir perdón por existir o justificarnos ante la mirada escéptica y a veces despreciativa de la sociedad.

No se trata de juzgar a nadie, ni de situarnos por encima de otros. La arrogancia nunca ha sido una buena compañera del Evangelio. Pero tampoco podemos caer en una falsa humildad que nos lleve a esconder nuestra identidad cristiana. Como aquellos primeros cristianos que describe la *Carta a Diogneto* podemos vivir nuestra fe con una seguridad serena, sin estridencias, pero también sin complejos.

El mensaje de Cristo es una propuesta valiosa y necesaria para la humanidad. No es una reliquia del pasado sino un tesoro vivo que abre caminos de futuro. En un mundo marcado por el individualismo y la fragmentación el Evangelio ofrece una visión que integra el desarrollo personal con el bien común, el progreso material con la profundidad espiritual, la libertad individual con la responsabilidad compartida.

La propuesta cristiana con su defensa de la dignidad humana, su visión de una comunidad basada en el amor y el servicio y su horizonte de esperanza trascendente, sigue siendo el fundamento sólido para construir una sociedad más justa y fraterna. Tenemos motivos para sentirnos orgullosos, en el mejor sentido de la palabra, de nuestra fe. Y no por méritos propios, sino más bien, a pesar de nuestras inconsecuencias, por la grandeza del don recibido.

Es hora de superar los complejos y asumir con naturalidad nuestra identidad cristiana. No para imponerla a nadie, sino para compartirla como lo que es: un don que hemos recibido y que queremos ofrecer a quienes buscan un sentido más profundo para sus vidas.

Iglesia que asume y desarrolla su dimensión sinodal

La sinodalidad no es una moda ni una novedad organizativa, sino un modo específico de ser y actuar de la Iglesia que expresa nuestra naturaleza más profunda como pueblo de Dios que camina en comunión, reflejando esa unidad en la diversidad a la que el Señor nos convoca. No es algo nuevo, sino una dimensión constitutiva que necesitamos desarrollar en un contexto social y cultural específico.

Este caminar juntos implica el reconocimiento activo de la dignidad que brota del bautismo en todos los miembros de la Iglesia. No hay cristianos de primera y de segunda: cada bautizado contribuye según sus dones y carismas específicos al desarrollo de la misión común. La corresponsabilidad diferenciada de todos los fieles no es una concesión, sino una exigencia que nace de nuestro ser creyente.

Una Iglesia sinodal escucha antes de hablar, dialoga en vez de imponer y, sin renunciar a su identidad y credo específicos, discierne en comunidad los caminos del Espíritu. Esta escucha y diálogo no debilitan la autoridad ni la comunión eclesial, sino que las fortalecen al permitir que se expresen de modo más evangélico y fructífero. La sinodalidad no cuestiona el ministerio ordenado, sino que lo resitúa más allá del clericalismo, afirmándolo como un don del Señor para su Iglesia y un servicio necesario que se armoniza naturalmente con la corresponsabilidad de todos los bautizados. La práctica humilde y auténtica de la sinodalidad convierte a la Iglesia en una voz profética para nuestro tiempo.

«Vivimos en una época marcada por el aumento de las desigualdades, la creciente desilusión con los modelos tradicionales de gobierno, el desencanto con el funcionamiento de la democracia, las crecientes tendencias autocráticas y dictatoriales, el dominio del modelo de mercado sin tener en cuenta la vulnerabilidad de las personas y la creación, y la tentación de resolver los conflictos por la fuerza en lugar del diálogo»⁸¹.

En un mundo así el estilo sinodal ofrece un testimonio alternativo. Frente a la tentación de resolver conflictos por la fuerza, la sinodalidad desarrolla una cultura del diálogo y el discernimiento compartido que puede inspirar respuestas nuevas a los desafíos contemporáneos.

La escucha paciente, la comunicación interna y el cuidado mutuo son pilares fundamentales de este modo de ser la comunidad de Cristo. Necesitamos crear y sostener espacios donde todas las voces puedan ser escuchadas, donde el «sensus fidei» del pueblo creyente pueda manifestarse, donde la acción de «un mismo Dios que obra todo en todos» (1 Cor 12, 6) ilumine nuestro camino común.

El desarrollo de la dimensión sinodal representa un aspecto esencial de la renovación eclesial a la que hoy nos llama el Señor. No se trata de adaptarnos a demandas externas, sino de ser más fieles a nuestra propia naturaleza como Iglesia, superando prácticas arbitrarias y reconociendo la presencia del Espíritu en cada bautizado y bautizada. Este testimonio de comunión en la diversidad puede convertirse en un signo de esperanza para sociedades que buscan formas más inclusivas y participativas de construir el bien común.

Iglesia que construye fraternidad desde los márgenes

La dignidad humana es un valor absoluto. No todos nacemos con las mismas posibilidades y recursos para que sea respetada y promovida. Como comunidad cristiana, nuestra preocupación debe centrarse menos en defender nuestros propios derechos y más en asegurar que todas las personas, especialmente las más vulnerables, tengan las condiciones necesarias para florecer y desarrollarse en plenitud.

Esta preocupación no es accidental en la vida cristiana, sino que refleja el corazón mismo de Dios que muestra una peculiar solicitud por los abandonados y oprimidos. No es casualidad que Jesús proclame bienaventurados a los que tienen hambre y sed de justicia (cfr. Mt 5, 6). La promesa de que quedarán saciados nos compromete a trabajar activamente, haciendo nuestra la causa de quienes sufren carencias.

La comunidad de Jesús no puede ignorar el mandato evangélico de atender a los hambrientos, acoger a los forasteros, vestir a los desnudos, visitar a los enfermos y acompañar a los presos (cfr. Mt 25, 31-46). No son acciones complementarias o convenientes, sino una dimensión esencial que, cuando existe, refleja la autenticidad de nuestra fe y, cuando falta, la cuestiona. Esta exigencia ética y espiritual nos llama a escuchar y responder al dolor de los más vulnerables, no solo mediante acciones inmediatas, sino como parte de una necesaria conversión personal y comunitaria.

La «opción preferencial por los pobres» no es una moda pasajera ni una estrategia pastoral, sino una exigencia que brota de la fe en Cristo. Benedicto XVI lo expresa de este modo: «La

⁸¹ FRANCISCO XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión* (24 de noviembre de 2024), 47.

opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza»⁸².

Transformar nuestras comunidades en espacios de acogida significa ir más allá de las palabras para convertir la fraternidad en práctica diaria. Implica crear espacios dignos donde todos sean escuchados y valorados, fomentar relaciones de solidaridad que superen el individualismo y promover activamente la inclusión de los marginados. La fraternidad no puede quedarse en un ideal abstracto, sino que debe manifestarse como una convicción central que moldea nuestra vida cotidiana. Dios, ha dicho el papa Francisco, no es un «spray», no es una idea que flota en el aire⁸³. Dios es amor concreto y personal.

Por ello, nuestro compromiso con los desfavorecidos debe traducirse en acciones igualmente concretas: programas de atención a necesidades básicas, iniciativas de promoción social, proyectos que generen oportunidades de desarrollo. Como señala el papa Francisco, «la necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar, no sólo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de una enfermedad que la vuelve frágil e indigna»⁸⁴. Pero más allá de las acciones puntuales necesitamos cultivar una sensibilidad permanente que nos permita ver en cada persona necesitada el rostro mismo de Cristo que nos interpela y nos llama a la conversión. Solo así podremos crear alternativas, pequeñas pero significativas, que den esperanza a quienes se sienten solos y abandonados.

Iglesia con un laicado que evangeliza

La transmisión de la fe no puede dejarse a las estructuras institucionales. Cuando los cristianos descubren el valor de la fe en sus vidas surge naturalmente el deseo de compartir esa experiencia. La parroquia seguirá siendo un punto de referencia y los procesos de iniciación cristiana mantendrán su importancia, pero ninguna estructura puede reemplazar el poder del testimonio personal y la invitación directa de los laicos en sus ambientes.

Los sacerdotes y diáconos, así como quienes ejercen ministerios laicales realizan una labor insustituible, pero su alcance tiene límites naturales: principalmente llegan a quienes ya participan en la comunidad o buscan activamente tomar contacto con ella. Hoy la mayoría de las personas vive alejada de las estructuras eclesiales. Sin embargo, muchas de ellas mantienen relaciones cotidianas con cristianos y cristianas laicos en sus trabajos, barrios y círculos sociales.

Como refleja la historia de los primeros cristianos la fe creció mediante conversiones graduales resultado de la comunicación de experiencias en redes familiares y de amistad. Este modo de «contagio» sigue siendo el más eficaz. Los laicos, inmersos en la vida secular, tienen oportunidades únicas para acompañar a personas en momentos de crisis, de búsqueda o necesitadas de apoyo y orientación. Una palabra oportuna, un testimonio coherente, una invitación sincera puede abrir corazones a la experiencia de la fe.

Esta evangelización laical no requiere estrategias complejas ni formación especializada. Se trata simplemente de compartir con naturalidad y alegría lo que da sentido a nuestras vidas.

⁸² BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de la «Aparecida»* (13 de mayo de 2007).

⁸³ FRANCISCO, *Homilía durante la Santa Misa, Casa Santa Marta* (9 de octu-bre de 2014).

⁸⁴ FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 202.

Los momentos de vulnerabilidad y búsqueda son ocasiones privilegiadas donde una propuesta de esperanza, hecha desde la cercanía y el afecto respetuoso, puede encontrar terreno fértil.

El futuro de la evangelización pasa por redescubrir esta vocación misionera del laicado. No como una tarea más, sino como una dimensión natural de la identidad cristiana vivida en medio del mundo.

Iglesia que prioriza el primer anuncio

La evangelización constituye la vocación esencial de la Iglesia. En un contexto de creciente secularización necesitamos redescubrir la centralidad del primer anuncio como motor de toda renovación eclesial. Llegar a quienes no han conocido la fe o la han perdido no es una tarea más, sino un elemento fundamental de nuestro afán pastoral.

Esta prioridad exige una profunda conversión. Actuamos como si la gente llegara a nuestras convocatorias y grupos de iniciación cristiana con una clara opción de fe o una mínima experiencia de encuentro con Jesús. Pero eso ya no está asegurado, incluso entre quienes han recibido los sacramentos. La sociedad se organiza y vive como si Dios no existiera. Por eso, necesitamos una estrategia de primer anuncio bien pensada y consistente, que comience proclamando que Dios existe y que, si le dejamos entrar en nuestra vida, va a poder transformarla.

El núcleo de este anuncio es una proclamación gozosa: *«Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte»*⁸⁵. Cuando este mensaje se torna experiencia tiene el poder de encender el deseo de Dios en quienes lo escuchan.

Para que este anuncio arraigue necesitamos desarrollar una «cultura de la invitación y la acogida» creando espacios donde las personas experimenten la calidez de la comunidad cristiana. La Iglesia debe mostrarse como una familia cercana que vive algo extraordinario. Esta pedagogía paciente, que respeta los ritmos personales, refleja el modo de actuar de Dios, que invita sin imponer.

San Pablo nos interpela: *«¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?; ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?»* (Rom 10, 14). Los agentes de este anuncio son las personas y grupos cristianos que han experimentado el encuentro con el amor transformador de Cristo y quieren que llegue a nueva gente. No requieren una preparación académica exhaustiva, sino la convicción contagiosa de quien ha encontrado algo que da sentido a su vida.

Esta prioridad debe reflejarse en la distribución de recursos humanos y materiales. Nuestras Iglesias diocesanas necesitan impulsar iniciativas específicas que faciliten el encuentro con Cristo. El catecumenado y la formación sistemática vendrán después para desarrollar un estilo de vida cristiano arraigado y coherente. La experiencia muestra que los grupos y comunidades que priorizan comunicar su fe recuperan la alegría del Evangelio y atraen naturalmente a otros.

⁸⁵ Ibid., 164.

El primer anuncio, vivido con autenticidad, genera un círculo virtuoso: quienes experimentan el amor de Dios desean profundizar en la fe y compartirla. Así, la Iglesia recupera su dinamismo misionero original y se convierte en signo creíble del Reino, en sacramento de salvación para el mundo actual.

Iglesia que anima a vivir y a transmitir la fe en la familia

No existe la neutralidad en la educación familiar. Los padres transmiten inevitablemente aquello que valoran, desde la importancia del estudio hasta las pasiones deportivas, desde el sentido de la responsabilidad hasta el modo de gestionar los afectos y las frustraciones. Esta realidad se aplica también a la dimensión religiosa de la vida.

En la familia se hace la persona y se nace a la fe con naturalidad. La familia es el espacio privilegiado donde se cultivan las virtudes esenciales: la paciencia, la esperanza, la confianza en Dios y en los demás. Los padres y madres creyentes pueden iniciar a sus hijos en la experiencia de la fe, no como imposición externa, sino como dimensión natural de la vida familiar. La oración compartida, las conversaciones respaldadas por prácticas consistentes que reflejan una cosmovisión evangélica, la asistencia a la Eucaristía dominical son elementos que van conformando una identidad cristiana desde la infancia.

Sería un error posponer la formación espiritual bajo el pretexto de una futura «libre elección» en materia religiosa. La fe se transmite en las relaciones cercanas, y ninguna es más cercana que la familiar. Esta transmisión se fortalece cuando la familia está integrada en una comunidad cristiana viva que ofrece apoyo y sostiene una narrativa alternativa a las concepciones culturales dominantes.

La visión cristiana de la familia contrasta con las ideas prevalentes en las sociedades modernas. Mientras estas enfatizan la autonomía individual y ven a los hijos como limitación a la libertad o mera carga económica, la perspectiva cristiana celebra cada nueva vida como don de Dios. Esta visión incluye una comprensión del matrimonio y la sexualidad que trasciende el disfrute personal, ofreciendo a los jóvenes un horizonte más significativo. La decisión de tener hijos y educarlos en la fe se convierte en sí misma en una toma de posición contracultural: una decisión que refleja la apuesta por un futuro más allá del individualismo, y una declaración de confianza en la providencia divina.

Los padres y madres cristianos necesitan redescubrir su papel como primeros evangelizadores. No están solos: la comunidad eclesial debe acompañarlos, proporcionando el contexto donde las prácticas y valores familiares cristianos cobran su sentido, pueden sostenerse y desarrollarse.

Iglesia que acoge a fuertes y débiles en la fe

Algunos planteamientos de reforma eclesial conciben la pertenencia requiriendo una fe ilustrada y un alto nivel de compromiso comunitario. Esta visión puede caer en la tentación de menospreciar las formas populares de religiosidad y los modos de pertenencia menos intensos.

¿Quién puede juzgar la calidad de la fe? ¿Con qué criterios mediremos la autenticidad del compromiso cristiano? No resuelven el problema los intentos de recrear una supuesta

pureza primitiva que en verdad nunca existió como tal. Si bien las comunidades cristianas de los tres primeros siglos se caracterizaban en general por una fuerte identidad, algunos «arqueologismos» pueden convertirse en críticas simplistas que olvidan las intuiciones valiosas desarrolladas posteriormente. Una de las más importantes es la capacidad del catolicismo para integrar diversos modos de pertenencia.

La parroquia católica nunca se ha basado en la fuerte afinidad de un grupo selecto, sino en un umbral de adhesión no excluyente. Esta apertura genera una comunidad de sujetos diferentes, con distintos niveles de compromiso. Aunque el núcleo de la comunidad creyente se construya sobre un catecumenado exigente, la Iglesia ha de estar abierta a diversos grados de identificación. Como en los primeros siglos, cuando el catecumenado fuerte convivía con formas más sencillas de acercamiento a la fe, también ahora debemos mantener esa apertura que permite diferentes niveles de respuesta.

La vida cotidiana impone sus exigencias. La atención a la familia, el trabajo y las responsabilidades civiles compiten con las propuestas en las comunidades cristianas. Muchos creyentes no viven en clave exclusivamente religiosa, sino que integran su fe con otras dimensiones legítimas de la existencia. No podemos pretender que todos mantengan un alto nivel de implicación eclesial.

La solución no es abandonar las intuiciones del catolicismo popular, sino adaptarlas a un contexto nuevo, predominantemente urbano, donde la gente busca sentido. En nuestras comunidades habrá como círculos concéntricos de adhesión: desde los más comprometidos hasta quienes, valorando la fe, la viven compatibilizándola con otras llamadas y actividades. Esta diversidad no es un defecto, sino una característica que refleja la universalidad de la Iglesia.

Iglesia que promueve la paz social y entre los pueblos

La fe en Jesús es una fuerza de paz y entendimiento en un mundo marcado por divisiones cada vez más profundas. En la Iglesia, esta fuerza se manifiesta primero como unidad en la diversidad: *«la Iglesia es católica porque es la ‘casa de la armonía’ donde unidad y diversidad saben conjugarse juntas para ser riqueza»*⁸⁶. Esta experiencia de comunión vivida internamente capacita a la comunidad cristiana para ser instrumento de reconciliación en medio de las fracturas sociales de nuestro tiempo.

El mundo actual experimenta tensiones crecientes: polarización política, conflictos étnicos, desigualdades económicas, crisis migratorias y guerras que amenazan la paz mundial. Frente a estas realidades, la Iglesia quiere ser signo de que es posible construir puentes de entendimiento y superar las dinámicas del conflicto y la exclusión. No se trata de ignorar las diferencias reales, sino de aprender a gestionarlas desde el diálogo y el respeto mutuo.

La comunidad cristiana aporta elementos valiosos a la construcción de la paz social: una visión de la persona humana que trasciende diferencias culturales y étnicas, una tradición de pensamiento social que equilibra derechos y deberes y, sobre todo, una experiencia milenaria en la gestión de la diversidad desde la búsqueda del bien común. La doctrina social de la Iglesia ofrece claros principios fundamentales para construir sociedades más justas y pacíficas.

⁸⁶ FRANCISCO, *Catequesis en la Audiencia General* (9 de octubre de 2013).

El diálogo interreligioso, impulsado decididamente por el papa Francisco, expresa esta vocación pacificadora: «*Las religiones, si no persiguen caminos de paz, se desmienten por sí solas*»⁸⁷. Las tradiciones religiosas pueden y deben ser puentes de entendimiento e inspiradoras de diálogo, rechazando con firmeza convertirse en fuente de división o legitimadoras de violencia. Este compromiso con la paz y el entendimiento mutuo no es una estrategia opcional sino una exigencia que brota del corazón mismo del Evangelio.

La Iglesia demuestra con su testimonio que es posible mantener convicciones firmes sin caer en el fundamentalismo, defender la verdad sin menospreciar al diferente y buscar la justicia sin alimentar el conflicto. En un mundo donde las fracturas sociales se profundizan este testimonio de reconciliación y paz resulta más necesario que nunca.

Conclusión: Palabra que inspira nuestra conversión cuaresmal (números 185-190)

«*En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*» (Jn 1, 1.14). Este prólogo del evangelio de Juan nos revela una verdad fundamental: las palabras que transforman son aquellas que se encarnan, que toman forma en la vida concreta, que se hacen historia y testimonio. La Cuaresma es precisamente ese tiempo privilegiado donde la Palabra busca encarnarse más profundamente en nuestras vidas, tanto personales como comunitarias.

Hay palabras que resuenan con fuerza en los altavoces del mundo, pero resultan huecas porque no brotan del corazón de nuestra humanidad. Y hay palabras aparentemente débiles que, sin embargo, contienen la fuerza transformadora de la autenticidad. Como aquella Palabra primera que se hizo carne en la fragilidad de un pesebre, las palabras verdaderas no necesitan imponerse: su poder reside en su capacidad para encarnarse en la vida cotidiana, para convertirse en hábitos que configuran una manera distinta de estar y sentir en el mundo. Cuando nuestra vida sostiene lo que dicen nuestras pobres palabras, el Evangelio se anuncia de forma creíble.

Las reflexiones que hemos compartido en estas páginas aspiran a ser palabras encarnadas que inspiren una auténtica conversión pastoral y misionera. No pretenden ofrecer recetas mágicas ni soluciones inmediatas a los desafíos que enfrenta la comunidad cristiana. Son más bien una invitación a redescubrir el poder del testimonio paciente, a confiar en que Dios sigue actuando en la historia, aunque no siempre del modo y en el tiempo que esperamos. Son palabras que quieren hacerse carne en la vida de nuestras comunidades, traducirse en actitudes concretas, inspirar conversiones personales y una renovación comunitaria.

Cada una de las consideraciones presentadas en este documento pastoral busca motivar un cambio real en nuestras vidas. La invitación a ser una Iglesia que vive en la confianza, que genera confianza, que camina en humildad, que se alimenta de la Eucaristía, que resiste la mundanidad, que supera el acomplejamiento, que asume su dimensión sinodal, que construye fraternidad desde los márgenes, que promueve la paz entre adversarios, todas estas llamadas requieren una conversión profunda y sostenida. No son meras sugerencias pastorales, sino expresiones concretas de esa conversión permanente que el Evangelio nos pide y que la Cuaresma nos ayuda a renovar.

⁸⁷ FRANCISCO, *Mensaje con motivo de la apertura del Encuentro interreligioso anual de Oración por la paz «Puentes de paz»* (Bologna, 14 de octubre de 2018).

La Iglesia que viene no se construirá con proclamas grandilocuentes ni estrategias mediáticas, sino con el testimonio humilde y perseverante de hombres y mujeres concretos que viven una vida cristiana sencilla pero coherente y comunidades que reflejan con autenticidad el Evangelio. Como aquellos primeros cristianos que transformaron el mundo no por su poder o influencia, sino por su gran fe en la Palabra de Dios, también nosotros queremos, en una situación muy distinta, ser testigos de esa Palabra que sigue haciéndose carne en medio de nosotros.

Nuestras palabras se saben provisionales y abiertas. Pero tal vez puedan convertirse en semillas de renovación, en impulso para la conversión personal y comunitaria que la Cuaresma nos pide, en horizonte para el camino. Este Año Jubilar que quiere alimentar nuestra esperanza nos recuerda que *«cada nuevo paso en la vida de la Iglesia es un regreso a la fuente, una experiencia renovada del encuentro con el Resucitado»*⁸⁸. Esta es nuestra esperanza y nuestra tarea: hacer que la Palabra siga haciéndose carne en la vida de la Iglesia, para que el mundo pueda ver y creer. Que este tiempo cuaresmal, vivido en el contexto privilegiado del Año Jubilar, sea verdaderamente un momento de gracia que nos ayude a encarnar más plenamente el Evangelio en nuestras vidas y comunidades.

⁸⁸ FRANCISCO XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión* (24 de noviembre de 2024), 1.

★ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Soy un hombre con suerte

**“El Señor es el lote de mi heredad...,
mi suerte está en su mano”... (Sal 16,5)**

Sigo fiel a mis viejas costumbres. Una mañana de trabajo exige un rato de dispersión, de recreo para estirar las piernas, la mente y el corazón. Todo nuestro ser corre el peligro de arrugarse por falta de acción, de movimiento. En una palabra, que a media mañana y a media tarde, arriesgando sol, lluvia o viento damos un paseo por la ciudad en la que las circunstancias nos han puesto. Vivimos cómo, por qué y para lo que se nos ha encomendado. Todo el conjunto señala y precisa nuestra realidad... Aquello de: “Soy yo y mis circunstancias”, aunque ahora, no creo que sea el caso, tal vez habría que corregir diciendo: “Soy yo y mis medicinas” (!).

Uno de esos lugares por los que cuento pasos es la calle de las Camelias de Vigo. Me ilusiona seguir el silencioso y lento proceso de este árbol del que hay más de cuatrocientos a lo largo de todo el trayecto. Observo su crecimiento, pero también los procesos que les acompañan. Me llama la atención cómo algún perro, a pata alzada, va contando los árboles de su propiedad, a la vez que acostumbra a borrar dueños mediante este habitual procedimiento genético... A mí me parece caminar algún día pisando camelias. Una flor que solo tiene peso y color. Su olor y sus espinas han desaparecido o no coinciden con nuestra acepción de estos conceptos.

Pues en uno de estos paseos vespertinos me ha sucedido algo inesperado que ha roto mis hábitos. Resulta que caminando cerca de uno de estos maravillosos árboles me ha caído en la cabeza un rotundo capullo de camelia. He sentido el golpe como un capón sin malicia y me ha venido a la mente por qué a mí, este día, esta tarde y a esta hora. Es verdad que pasaba por allí y eso no deja de tener su importancia. Pero me ha molestado, más que el golpe, la risa de unos

adolescentes, su maliciosa y mal disimulada carcajada. Alguno de ellos me es cara conocida por ser alumno del colegio.

- ¿De qué te ríes, amigo?

- De que eres un hombre con suerte. Lo que te ha ocurrido es la primera vez que lo veo. Eso no pasa a mucha gente. Quiere decir que eres un hombre con suerte.

- ¿De la buena o de la mala?

- La suerte es siempre buena, incluso aquella que denominamos “mala suerte”. Porque es un acontecimiento que llama a nuestra vida y la saca de lo desconocido y nos hace presentes. Es una prueba de existencia.

Me llama la atención el profundo razonamiento del adolescente e intuyo que es dado a filosofar con el móvil o sin el celular. En este caso acepto plenamente eso de que “soy un hombre con suerte”. Podría contar infinidad de circunstancias y de vivencias que lo demuestran.

Camino hacia mi residencia sabiendo que llevo un golpe de suerte en la cabeza. Menos más que fue un capullo de camelia y no una naranja o una de esas que en algunas partes se llama ‘fruta bomba’, que suele pesar unos novecientos gramos (!). Creo que la suerte no ha sido solo eso, sino que he podido conversar con este grupo de adolescentes y constatar su aplicación a mi persona. “Soy un hombre con suerte”.

Hoy la estrella en mi ventana iluminaba una camelia presente en mi paseo vespertino para mostrarme que soy un hombre con suerte, como ‘prueba de mi existencia’ en labios de un sabio adolescente.

Isidro Lozano

SOMOS

FUTURO



AGRADECIENDO



CONVIENDO



COMPARTIENDO



AGRADECIENDO



salesianos

Campana Pastoral 2024-25